

*Francisco Umbral*  
MEMORIAS  
EROTICAS



Francisco Umbral, quizás el escritor más confesional de su generación, relata en estas páginas, con pasión y todo lujo de detalles, su rica vida erótica. En cada episodio -real, aunque "mejorado" literariamente- puede el lector saborear la maestría de su prosa, dedicada esta vez a enaltecer los amores, los cuerpos gloriosos y el sexo de la mujer.

En palabras de su autor, este libro "con el que nunca me atreví (...) me ha llevado a un mundo de novedad narrativa, emocional, memorial y sentimental que no sospechaba ya en mí, cuando uno empieza a repetirse. Creo, realmente, que el tema del erotismo, y de la reconducción de la memoria a ese tema, me ha otorgado incluso una manera, nueva en mí, de contar".

Unas memorias deslumbrantes, que sin duda le fascinarán, de uno de los personajes más destacados de la actualidad.



Francisco Umbral

# Memorias eróticas

Los cuerpos gloriosos

ePub r1.0

Titivillus 25.02.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Memorias eróticas*  
Francisco Umbral, 1992  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

Por causa de las fornicaciones.

SAN PABLO

El pensamiento es una erección y yo todavía tengo pensamientos.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Los cuerpos son honrados.

MAX FRISCH

La carne, ese aliado.

CAMILO JOSÉ CELA

## Prólogo

Más de una vez me ha pasado por la cabeza la idea de escribir mis memorias eróticas, pero siempre la he desechado porque me parecía algo jactancioso y antiguo, como el centón de conquistas que se hace en el *Tenorio*.

A estas alturas de la vida y la profesión, Ymelda Navajo me propone escribir esas memorias, y lo acepto en el acto, en el fondo porque lo estaba deseando. ¿Tan mala y triste fama tiene uno que le llaman ya para estas cosas? Pero, puesto a la tarea, me encuentro con un material literario y humano riquísimo, inédito, valioso, cosa insólita en mí, que ya lo he contado todo de mi vida (aunque algunos digan que «no me confieso»). Creo ser el escritor más confesional de mi generación y de otras, y esto no es bueno ni malo, pero es así. Todo un arsenal de temas, paisajes, motivos, personajes, vida, en el que no había entrado casi nunca por los prejuicios que al principio he dicho.

Nunca se sabe si un libro va a funcionar o no (en el trabajo, me refiero) hasta que uno no se pone a ello. Todos los planes previos no sirven para nada. Y estas memorias eróticas, a mí me han funcionado mucho y bien como tema. Quiero decir que el pie forzado del erotismo ha traído tras de sí riquezas literarias que tenía olvidadas, enterradas, algunas cosas de las que nunca había escrito: esto se ve sobre todo en los capítulos «cosmopolitas» del libro. Mis viajes por el mundo sólo me habían dado periodismo, y ahora los trato literariamente, lo cual me ha rejuvenecido, por decirlo de alguna forma. No cree uno demasiado en la literatura «turística» (Hemingway, Blaise Cendrars, Paul Morand, etc.), sino más bien en la literatura «localista», de Cervantes a Faulkner pasando por Proust. Es decir, en los mundos cerrados; en los «climas», como diría Maurois. Uno quizá sea, ante todo, un creador de climas.

Por eso, a pesar de todo, los capítulos que más me gustan son los que ocurren en Madrid, aquel Madrid memorable de los sesenta, como «Madrid 650» (aparte del amor largo y profundo que le he tenido en esta vida a su protagonista).

Como por alguna parte había que acotar tan vasto tema, decidí escribir sólo de mi vida erótica (ahora que apenas tengo), dejando fuera lo demás. Opté por los amores olvidándome del amor, de acuerdo con el rótulo del libro y la colección. Pero luego esto no ha resultado del todo verdad, como verá el curioso lector. ¿Dónde empieza y acaba el amor en un cuerpo de mujer?

Le agradezco mucho a la editora y a la editorial este singular encargo, porque me ha permitido estructurar un libro con el que nunca me atreví y, mayormente, porque me ha llevado a un mundo de novedad narrativa, emocional, memorial y sentimental que no sospechaba ya en mí, cuando uno empieza a repetirse. Creo, realmente, que el tema del erotismo, y la reconducción de la memoria a ese tema, me ha otorgado incluso una manera, nueva en mí, de contar.

Aunque hay mucho erotismo en el libro, la serie de episodios (todos reales, aunque «mejorados» literariamente, como es obvio) podría seguir en un segundo tomo, y esto no es una sugerencia a la editorial, sino un melancólico repaso de mi vida, que sin duda he perdido por delicadeza, como dijo el poeta.

Como me ha comentado más de un crítico, a veces provengo de los libertinos franceses (el tema erótico tampoco es nuevo en mí, claro, aunque nunca único, como en este libro), y esto hace que mi prosa erótica no sea siempre «ereccional», como dice Luis Berlanga con acertadísimo neologismo; pero una erección tampoco es perpetua, y el error de los «profesionales» del género (cine porno, por ejemplo) es caer en la obscenidad y la monotonía. La obscenidad es monótona.

Ortega se lo dijo una vez a Octavio Paz: «El pensamiento es una erección y yo todavía tengo pensamientos.»

Esta frase es el mejor resumen de mis memorias. Si el libro huele un poco demasiado a coño, espero que esto no moleste, sino todo lo contrario, a los buenos «conocedores».

He escrito estas memorias eróticas en veinte días de agosto, con golpe ruso por medio, y esto prueba la riqueza, abundancia y novedad que el tema me ha aportado. No sé si es un libro bueno, malo o ereccional, pero es un libro que yo tenía que hacer y no lo sabía o lo dudaba. Yo, como Ortega, todavía tengo pensamientos.  
Y hasta alguna erección.

Francisco Umbral

La Dacha, 1991.

# CAPITULO UNO

## Teoría de Lola

El culo de Lola yo diría que era algo así como un culo cartaginés, y vaya usted a saber cómo tenían el culo las cartaginesas. Unos glúteos altos, resistentes, morenos, beligerantes, que se movían por bloques y sin ese flaneo sospechoso de las carnes que principian a rendirse.

Lola, Lola Machado y yo nos habíamos conocido en ese mundo del cine y la televisión, lleno de cables y choricillas, lleno de luces y señores con las gafas colgando sobre el pecho como la condecoración de su miopía intelectual. Yo estaba allí como reportero, claro, y ella como actricilla, me supongo. Tuvimos algunos escarceos que llegaron a poco, ya que ella buscaba al hombre importante y yo buscaba un polvo como fuese, y esto se me notaba demasiado. A las mujeres, como al whisky, hay que ir bien comido, que si no marean y hacen contigo lo que quieren. El culo de Lola, decía.

Lola Machado era como un cruce de guapa andaluza y madrileña ramoniana, algo así como La Nardo.

Y tenía salidas de La Nardo. Un día le dijo a un reportero que le preguntaba por su próxima película:

—Todavía no sé de qué va, pero el título me gusta mucho: *La momia que mascaba pan rallado*.

Y el reportero lo dio muy objetivamente en el periódico. El culo de Lola era uno de esos pocos culos con los que puedes dialogar. Hoy habríamos dicho que era un «cacao maravillao». Solíamos hacérselo yo debajo y ella encima. Aconsejo esta posición porque contribuye a erecciones más duraderas, permite tantear mejor a la hembra durante las copulaciones y, mayormente, les suprime a estas modernas de ahora el complejo de «ser poseídas», cosa que detestan y adoran. Lola Machado, que tenía respuesta para todo, lo explicaba así:

—A mí que no me digan que me han follado tantos tíos. Siempre me pongo encima y soy yo la que se los folla a ellos. Todo depende de la postura.

Efectivamente, todo depende de la postura. El problema del feminismo lo resuelvo yo en dos días aconsejando que las mujeres se pongan encima. Claro que hay la que se te pone encima como una morsa (y no digo como un delfín porque el delfín es más intelectual que cualquier señorita telefonista). No. No es eso. La que sabe sabe. Se pone de rodillas sobre uno, una rodilla a cada lado de tu escuálido cuerpo de funcionario, o el mío, y empieza a hacer su trabajo de lengua, besos, rozamientos y ese dulcísimo cepillo del pubis que te va pasando por el cuerpo y el glande como un estropajo de ternura.

De paso, uno tiene las manos libres para acariciar los pechos de la jai (Lola los tenía pequeños y como abandonados), los muslos, los glúteos:

—Todo tú hueles a sexo —me decía en cuanto yo me desnudaba.

A lo mejor es que yo no me había duchado aquel día. En cambio ella era muy relimpia, como todas las madrileñas. Como todas las cartaginesas. Se hincaba en mí y una y otra vez (tenía una vagina adolescente, impensable en una mujer tan profesional), se hincaba en mí con dulzura y cariño, con furia y desvarío, con rabia y odio, como si quisiera hacerse el haraquiri con mi picha, como los japoneses se lo hacen contra una espada.

Acababa gimiendo, derrumbándose sobre mí y llenándome los muslos de líquidos indescifrables. En este libro, donde cabrían tantas mujeres, me he propuesto hablar sólo, por limitaciones naturales, de mis experiencias sexuales más plenas y reveladoras, olvidándome de toda la charcutería sentimental de las enamoradas estrechas, frías o «interesadas», que son las más, y que a mí me producen impotencia. Las huelo, como Lola me olía a mí el sexo en cuanto me quitaba la corbata.

—Mátame, Umbrales, follame, destrózame, me quiero morir.

Como leía poco y era de natural inteligente, pero no intelectual, siempre me llamaba «Umbrales», que quizá le recordaba el «cortijo de los mimbrales» de la copla, mientras que Umbral no le sonaba a nada, ni siquiera a un escritor que empezaba a ser famosillo.

Así es como Lola Machado y el Umbrales conseguían unos orgasmos repetidos, profundos, gloriosos, grandiosos, donde ella sudaba y yo le lamía el sudor de las axilas, esos dos coños supernumerarios. Quizá conseguí que su cuerpo se enamorase del mío. «Los cuerpos son honrados», me dijo Max Frisch cuando le entrevisté en Suiza. Lola era una mujer compleja, como todas, pero tenía un cuerpo *honrado*. Eso es lo que hay que buscar en las jais: la honradez *equina* del cuerpo. El resto es literatura y propaganda. Como dice el gran Chumy Chúmez:

—Progre es la que, mientras se quita las bragas, te pregunta cómo va lo del Pakistán.

En vista de que aquello funcionaba, me la llevé a Ibiza como quien se la lleva al río. O primero fue lo de Ibiza, donde descubrimos mutuamente nuestros cuerpos, después de una larga y sosa amistad. Ya no me recuerdo. Quizá ha sido el verano más hermoso y violento de mi vida, y quiero que lo sepas, Lola, Lola Machado, si es que lees este libro. A pesar de Lauro Olmo.

—¿Y qué rayos pinta aquí Lauro Olmo?

Ya desde el avión nos había escoltado un viajante de comercio con su maletín, que le echaba miradas de amor puro y becqueriano a los glúteos de Lola, y que tenía el perfil infrecuente (como de boxeador de Vallecas) de mi entrañable amigo el gran escritor Lauro Olmo.

Y así es como le llamé. «Lauro Olmo». A ella, mujer del teatro, le hizo gracia el apodo y el parecido, que era tan real. Lauro Olmo aparecía y desaparecía en nuestra vida de islas y aviones como el misterioso amante de Lolita que va persiguiendo a la pareja de la novela por todos los Estados Unidos. En Ibiza alquilamos un descapotable rojo. Lola llevaba un sombrero claro, casi pamelita (le sentaban muy bien los sombreros a su perfil purísimo de Virgen de pueblo, tosca y fina, guapa y antigua). Yo se lo decía siempre:

—Con esa cara de Virgen de pueblo y eres la más puta de España, coño.

Y ella se reía, como cuando la llamaba «guerrero cartaginés».

—Echarte a ti un polvo, Lola, es como ganarle la batalla a un cartaginés. Eres agotadora y tienes cuerpo africano.

—Y tú una polla de oro que les voy a dar tu teléfono a todas mis amigas, que estos tesoros ya se van acabando. Ahora todos son unisex, o son maricones.

Entre maricones y reprimidos no gana una para gatillazos.

Lola Machado tenía un apartamento en un pueblo cercano a Madrid, en una ciudad/dormitorio, una cosa que habían hecho con más gracia de diseño que consistencia de materiales, de modo que nuestras fornicaciones domésticas siempre parecían un *sensurround* dentro del rascacielos. Pero luego, por la mañana, salíamos a desayunar café con churros, por aquel pueblo proletario, por aquel Madrid de inmigrantes, como un matrimonio joven (un poco descompensado) y feliz. Y una mierda.

El pelo de Lola, pelo de loba que se lo ha dejado crecer, con olor a monte y a crimen. Los ojos de Lola, puros e irónicos, ojos de cómica, muy pintados y muy grandes, negros, la nariz de Lola, perfecta, la boca, la lengua de Lola, que viajaba por mi cuerpo como Caperucita por el bosque (el lobo se supone que era la picha), dejándome un celestial rastro de saliva en el cuello, en el pecho, en el ombligo, en el culo, en el glande, en el forro de los cojones, que los canónigos llaman escroto, me parece.

Lola, Lola Machado, la mujer más dispuesta a ser feliz que he conocido en mi vida, lo tenía todo redondo: el culo, la cama y la bañera, de un oro sospechoso y que hacía agua. Vivíamos una sexualidad circular de la que el sesenta y nueve era una consecuencia natural. Sabores vegetales y animales de su sexo pequeño y rosado

(quién lo hubiera dicho), sexo donde yo hundía mi lengua, o mordía el clítoris, hasta llegar al canibalismo. Lola no era una de esas estrechas a las que les duele todo.

—Ay las uñas.

—Ay el coño.

—Ay el pelo.

Anda ahí y que te folie un pez, hija, que estará fresquito. Lauro Olmo, ya digo, con su maletín deslumbrante de bisuterías, ya que Lauro Olmo era viajante de joyas. Cuando lo abrió un día ante nosotros, ya en Ibiza, comprendí que el rival era muy fuerte y que lo más que podíamos hacer era repartirnos la presa. La mujer (síntoma último de su frigidez) se estremece más, sexualmente, al contacto de una gema fría que de una picha caliente. Lauro Olmo quería quitármela con joyas, de una manera escandalosa. A veces almorzábamos los tres juntos, en cualquier restaurante, y yo me dopaba de comida ibicenca, vinos incunables y ginebra clandestina y mala (aún no había entrado en la época del whisky, que es como cuando Picasso pasa de la época rosa a la época azul).

Después de las repetidas fornicaciones nocturnas, yo me quedaba hondamente dormido al alba, en mi cama, con todo el Mediterráneo y sus clásicos entrando en mi sueño. Es cuando Lola, supongo, aprovechaba para desaparecer y bajarse al piso de Lauro Olmo, donde echarían un casquete y ella se llevaría una sortijita, aunque nunca le vi sortijitas, claro, sabía mucho. A mí lo de Lauro Olmo más bien me complacía, pues que tener un suplente se agradece tanto en el amor como en el ciclismo. Aquel sueño fresco y rico del alba se lo debía yo al viajante joyas baratas. Sin ese sueño no habría podido soportar la marcha que llevábamos de vida.

O sea que yo me levantaba solo, me duchaba, me ponía cualquier cosa, que es lo que hay que ponerse en Ibiza, y me bajaba al bar a desayunar una ginebra con limón y ver, a través de la cristalera, a los gilipollas adolescentes que patinaban con auriculares para su música interior, propia, haciendo eses y ochos melódicos, silbando música con los pies.

Jamás he vivido mañanas tan claras, solitarias, felices, tranquilas, iluminadas e irreales como aquéllas. Luego llegaba Lola y yo ya pasaba de la lividez de lo lírico a los colores del mundo y de la carne. Lola, su cintura firme, su vientre duro y como de alfarería, su ombligo insolente, su pubis negro y salvaje, sus muslos hostiles y hermosísimos, sus pies grandes. Hice varios intentos de dibujarla, pero no me salía. De todos modos, ella se quedaba con los dibujos, más consciente que yo del posible valor de mi firma, quizá para venderlos algún día: Lola era impresentable. Una noche que la llevé a una fiesta muy fina, se me presentó de pantalón muy corto, como un pantalón de hombre cortado, hecha una hortera. Un día me lo dijo:

—A partir de ahora me dices tú cómo me visto. Ya sé que no te gusta cómo voy. ¿Empezamos de nuevo?

Era ya una propuesta de postrimerías y me dio mucha pena. Pero eso fue después de Ibiza. Mi glande, dentro de su boca, era una rosa que se abría a mil sensibilidades inéditas, a plurales disfrutes nunca conocidos; mi glande, en su boca, era el capullo de un ángel en la boca de una Virgen.

En esa cena ibicenca conocimos a Polanski que, como es sabido, frecuentaba mucho la isla. Su compañero de rodaje, quizá el cámara, que era un hombre grande, fabricaba graciosas pollas con las servilletas de la cena. Le brindó un fallo/servilleta a Lola. Todos lo pasamos muy bien. Yo a Polanski le daba clases de español, ya que le habían dicho que *Umbral is great writer spanish*, o algo así. El español que sabía Polanski, poco y malo, era aprendido en Méjico, de modo que no se aclaraba:

—¿Y cuál es la diferencia, Umbral, entre rojo y colorado?

—Rojo es lo rojo. Colorado viene de color. Es una simplificación de «coloreado», quizá por ser el rojo el rey de los colores.

Las mañanas las pasábamos en la piscina (el mar era una horterada), comiendo salchichas, metiéndonos mano y bañándonos. Las noches las pasábamos donde cayese, en esa ronda inactual, galáctica y griega de Ibiza. Yo meaba en el Mediterráneo desde los grandes acantilados.

En el hotel nos espiaba Pilar Narvi3n, una vieja reportera de Emilio Romero, pero no sé si llegó a sacar algo de nosotros. Por las tardes follábamos o Lola se iba a que le tatuasen la espalda y el culo, en el tatuador oficial, que era la moda de aquel año. Hasta la sacaron en una revista, tatuándose. El coño de Lola en mi boca era como el mejor marisco de la isla, un molusco celestial, una ostra de los mares del cielo, con la perla del clítoris, perla vibrátil, no como las perlas falsas de Lauro Olmo. Una noche, se me presentó en la discoteca una pequeñita catalana, una periodista que estaba «haciendo Ibiza» para los periódicos de Barcelona. Era adolescente y delgada. No tenía cuerpo, pero tenía mucha alma en la cara y los ojos. Siempre he sostenido que se folla con una cara. Si le tocas el culo a una tonta ya tienes tonta para toda la vida. Con un culo no se puede dialogar. (Otra cosa era la cara/culo de Lola.)

Yo bebía cocoloco y procuraba estar brillante con la periodista. Lola desapareció durante tres cuartos de hora y yo se lo agradecí, porque me apetecía ligarme aquel cuarto de kilo de mujer, después de las abundancias plurales de Lola. Polanski también había desaparecido. Jamás sabré si echaron un polvo, ni me importa. El director de fama universal era una tentación muy fuerte para una pequeña cómica madrileña. Por otra parte, yo la había abandonado largamente, por aquella joven muchacha en flor catalana que olía toda ella a Parque Güell. Después Lola me decía:

—No quiero que me folies. Quiero que me quieras.

Vaya usted a saber lo que quería decir con eso. Como para estropearse un verano en Ibiza dándole vueltas al tema. El cielo ardía en llamas azules, la noche se quemaba en el bisel rosa del tiempo, los cuerpos sabían a sal y eternidad. Eramos tan felices.

Nuestro amor siguió en Madrid, otoñal y cotidianizado. Pero yo sabía que la aventura de Ibiza era irreplicable. Que aquella implosión/explosión de sexo era irreplicable. Incluso Lauro Olmo era irreplicable, porque en Madrid, en el Gijón, estaba el de verdad.

Adiós, Lola, amor, iluminaste con tu cuerpo de lámpara y tu sexo de niña sabia el verano más verano de mi vida. Cuando te penetraba por el recto, era como si te estuviese asesinando. Te dolía y gritabas. La víctima feliz. (Pocas mujeres he conocido que se dejen hacer eso, aunque alguna.) Fuiste un hermosísimo cadáver en mis brazos, un guerrero cartaginés vencido, muerto y femenino.

En mis labios de decir versos y cosas eruditas, perfuma inesperadamente, en una noche culta y cualquiera, el sabor antropófago, caliente e infantil de tu irrecuperable vagina.

# CAPITULO DOS

## Licaria

El sexo de Licaria era infantil como una seta del bosque y sabio como una Celestina del otro bosque, el literario. El sexo de Licaria, quiero decir los grandes labios, se desplegaba en más y más pliegues, todo ello materia sensible y erotizable, de ahí el temperamento de la chica. Un día me lo dijo en su pequeño apartamento color rata, iluminándose el coño con un flexo:

—Mira, a mí me parece que esto es demasiado material. Y además tengo un bulto.

El bultito no era sino el granulado natural de la piel de los grandes labios. Rabindranath Tagore, Virginia Woolf, Mozart adolescente y el rockero desconocido asistían desde las paredes a aquella inspección minuciosa, científica, del coño de Licaria. En los sesenta y nueve, naturalmente, yo me metía en la boca todo aquel material del sexo, lo sorbía, absorbía, mordía, lengüeteaba, y es cuando Licaria, la malvada Licaria, entraba en éxtasis y toda su angeología, Tagore, la Woolf, Mozart, Rimbaud, un hindú que se había tirado en Madagascar y cuyas cartas tenía pegadas por las paredes, descendían sobre ella con unción, mientras los líquidos de sus orgasmos sucesivos, simultáneos, plurales y adolescentes me calmaban la sed de aquel verano madrileño.

—¿Y con la gata qué tal te llevas, Licaria?

—Con la gata hay tiranteces. Estos días no nos hablamos.

Una maricona, Pablito la Paulova, como luego supe, había estado llamándome mucho a casa, que había venido de su universidad norteña, Galicia o Asturias, el país de la lluvia, sólo por conocerme, pero uno ya conoce demasiados maricones en esta vida. Tengo agotado el cupo.

—Es que conmigo viene una chica, ¿sabes?

—Pues que se ponga la chica.

—Allí en la Universidad siempre discutimos si te gustan los chicos o las chicas. Así que ella y yo hemos decidido venirnos, para que tú elijas.

—Que se ponga, digo.

Y se puso. Tenía una voz que le salía del útero y de la pubertad, de modo que me cité con ella para el día siguiente. Licaria era una pepona con sexy y con sexo, una cara de muñeca ensombrecida prematuramente por todas las sabidurías de la mujer. Licaria era una nórdica morena que fumaba porros, no probaba el alcohol y estaba enamorada de Garcilaso de la Vega. El sitio donde habíamos quedado era el bar del Eurobuilding, donde yo tenía tertulia literaria todas las tardes, pero aquella tarde la cité sola. Tras varias horas de Garcilaso, cogí una habitación y echamos el primer polvo.

Licaria tenía el cuerpo blanco mate, como todas las morenas, el demonio en el cuerpo y una ausencia de pechos que me fascinó. Siempre he sentido, en una vida dedicada por entero a las mujeres (la literatura sólo es una segunda profesión), que las glándulas mamarias nos remiten directamente a la zoología, son dos herramientas que completan la reproducción con la alimentación del bebé. Cuando me encuentro con dos grandes tetas en las manos no sé qué hacer. Es como si me dieran dos maracas, a mí que no sé tocar las maracas, aunque trató de enseñarme mi viejo y memorable amigo Antonio Machín, en su estudio revoloteado de angelitos negros.

A Licaria, como era adolescente, le acomplejaba mucho eso de no tener tetas. La vida le habrá enseñado que es su mayor encanto, y si no que se joda. Hay que distinguir entre la homosexualidad y el efebismo (parcial) de una mujer. Su torso, el de Licaria, era liso, limpio, clásico, adorable, con dos pezones muy sensibles y muy vivos, siendo así que las grandes tetonas, por exceso de material, con frecuencia no sienten nada. Rabindranath Tagore, cuyo centenario, o cosa así, se cumple ahora, con mucho jaleo del *ABC*, fue algo así como la novia imposible, exótica y con faldamenta de Juan Ramón Jiménez.

—¿Es que a usted no le gusta Tagore, joven?

—Traducido del hindú al inglés por Zenobia, y del inglés al español por Juan Ramón, queda como una púber canéfora cursi y con testículos, lo cual siempre resulta incómodo.

Virginia Woolf, a falta de una habitación propia, vive en el armario ropero de Licaria, y cuando yo me marcho le come el coño a la niña, le come el culo, libera su homosexualidad exquisita de *my fair lady*, y tienen las dos unos orgasmos gloriosos con olor a naftalina del armario. Hasta el punto de que a veces, beneficiándome a Licaria, me siento Virginia Woolf. Mozart le echa a Licaria unos polvos fugaces y cretinos, porque Mozart, aparte la música (mucho se lo dejó escrito su padre), era un cretino, y se tira pedos a la hora del orgasmo. A Rimbaud es al que más temo, Rimbaud es mi enemigo real. Rimbaud puede ser Vicentito Molina Foix, Luis Alberto de Cuenca, Luis Antonio de Villena, Javier Marías y no sé si hasta Julián Marías.

Licaria realiza el mito de Rimbaud, sea como fuere, y contra un mito no se puede luchar.

—¿Pero lo tuyo no era Garcilaso?

—Garcilaso a ti te la suda. De la poesía sólo te llega la metáfora, la imagen, cabrón. Y cuando oímos música dices que estamos como en misa.

—Es que yo sólo he oído eso de la música en misa.

—Pues Garcilaso no es más que música.

—Prefiero la de Baudelaire.

Los narradores tradicionales dicen que no hay que explicar al personaje, sino dejar que se explique solo, por su conversación y su conducta. Esto es un convencionalismo como otros. Proust nos cuenta en seguida todo lo que sabe de un personaje, aunque luego lo corrobore con hechos. Además, esto no es una novela ni una narración, sino unas memorias eróticas, lo menos jactanciosas posibles, pues que con las mujeres no hay de qué jactarse, ya que son ellas la raza felina y cazadora. Licaria tenía el cuerpo delicado y gracioso, el culo pequeño y pugnaz, los ojos negros y traidores, la dentadura podrida y los andares trabados, femeninos, provocativos. Licaria era malvada, más por limitación intelectual que por exceso de intelecto. Lo digo así, directamente, sin andarme con esos rodeos que André Bretón y los surrealistas llamaban «la odiosa premeditación de la novela».

—Hazme lo que quieras, Paco, que todo me gusta.

Licaria era sabia en morderme los bordes del glande dulcemente, lo cual me gustaba mucho. Yo sabía que Licaria tenía sus noches locas, sus amores nocturnos, sus picados, colgados, borrachos, anfetamínicos, sus lesbianas y sus emporrados. Pero a media mañana, mientras yo estaba escribiendo, como ahora, me llegaba la llamada de Licaria, como desde un sueño infantil. Y quedábamos para la tarde. Si Lola Machado es quizá la más fuerte experiencia *hembra* que he tenido en mi vida, como queda explicado en este libro (del que excluyo por principio experiencias de pago, con putas), Licaria es la más fuerte experiencia andrógina, literaria, de mi ya larga vida. En los setenta/ochenta, uno aún vivía literariamente (hoy procuro vivir como un particular, que es más tranquilo), y me parecía que con Licaria estaba haciendo una verdadera «experiencia». Quizá era verdad, sólo que ya no me interesan las experiencias. Morder sus labios excesivos, de morisca, hasta la sangre, besar su coño populoso y sagrado, penetrarla levemente, superficialmente, trabajando sólo con el capullo sobre el clítoris, eso le producía unos orgasmos finos y líricos, ay Paco, ay Paco.

Una mañana se levantó en clase, en la Universitaria, contra el profesor que explicaba Garcilaso. El profesor era poeta nombrado, hombre grande y flojón, hombre bueno y dentón. Licaria fue y le dijo:

—Usted no tiene ni puta idea de Garcilaso. No está usted diciendo más que tonterías de diccionario. Usted no ha entendido a Garcilaso, o no lo ha leído.

Al profesor, premio Adonais en su juventud, se le paró el corazón y la expulsó de clase

por una semana. A la semana volvió y se sentó en primera fila, con minifalda. Debajo no llevaba nada, sino el coño al aire. Cuando el profesor/poeta, a través de su miopía, empezó a entrever el pubis de sombra de la niña, le fallaron las lecciones, le falló la vida y le falló el corazón. Licaria, según me contó, ensayaba toda clase de posturas con las piernas abiertas o cruzadas, para que el tipo se enterase bien.

Finalmente, en la tartamudeante clase, al profesor le dio el aviso de infarto y dejó caer la cabeza grande y calva sobre el secante de la carpeta. Licaria se había propuesto matarle, pero la cosa quedó a medias.

A fin de curso tuvo un notable general en todo. Había ganado por el terror sexual. Era una bruja. Cuando ya tenía un novio/caballo blanco que le pagaba todo, y mayormente sus carísimos porros de has/ca-lité, me la llevé un día a Barcelona, en el puente aéreo y con destino indefinido. Quizá Ibiza, quizá las islas griegas. Me dijo que cuando le miraba el cogote le odiaba y por qué no echábamos un polvo bajo el Viaducto (estábamos en la terraza del Café de Oriente, muy cerca). Le dije que no, pero me la llevé a Barcelona, ya digo, y de vuelta de uno de esos barrocos y rojizos restaurantes catalanes, como ruta del marisco, le propuse echar un polvo en el barrio gótico, a aquella hora solitario. Le encantó la idea y buscamos el sitio adecuado.

—Te voy a desgarrar la braga.

—Lo que quieras amor.

Me la follé contra una esquina gótica mientras un hombre maduro y solitario (era nuestro único testigo) paseaba un perro. Le rasgué la braga, roja de menstruación, y tuvo el suspiro exigente y duro de la ninfómana, allí de pie, disfrutando el polvo gótico bajo la noche catalana, que dijo el gran Paul Morand.

De vuelta al hotel, el Alcalá Palace, llamó a su elefante blanco y le dijo que estaba en Santiago de Compostela terminando una tesina. Yo, mientras, le ponía rabo dentro de la cama. Él le debió pedir el teléfono del Hostal de los Reyes Católicos, y entonces ella le dijo que aquello era muy caro y se mudaba en seguida a casa de unas amigas galleguñas que no tenían teléfono.

—Ya te llamaré, amor.

Como eso de ser el tercer hombre es el papel que siempre me ha gustado más en mi vida (en todo matrimonio hay un tercero, incluso en el de la Virgen María, que es el ángel), aquel collar de mentiras me gustó y me excitó. Si en toda pareja es inevitable que aparezca siempre el tercero, yo he elegido ese papel, que es el más cómodo y el menos ridículo. Lo que pasa es que esto de ser el tercero exige paciencia, no descomponer la figura, ni siquiera ante el marido, y un cierto buen pulso. O sea que me la volví a follar, estimulado por mi protagonismo clandestino, y a la mañana siguiente, sobre las ocho, ya estaba en la máquina portátil que había traído, la de toda la vida, haciendo una columna para *El País*. Una vez comprobado que la tenía en mi poder, que me comía en la mano, como las palomas de la Plaza Real de las Ramblas (adonde íbamos mucho por el asunto del camelleo), dejó de interesarme, me olvidé de Ibiza y las islas griegas y volvimos a Madrid directamente en el puente aéreo.

Es lo que se llama una conducta machista.

La adolescente Licaria era una sabia natural en las artes de cama. Hacía con una picha todo lo que se puede hacer, desde mamarla pacientemente hasta dejarse follar por las orejas. Estuvimos en Baleares, en Canarias, en Barcelona con Modesto Cuixart, el gran pintor amigo mío, de quien ella se enamoró un poco (pero eso no me molestaba: ¿secreta homosexualidad masculina expresada a través de un cuerpo femenino?).

—Que digo que nos vamos a París. Yo me meto a puta y tú escribes tus cosas.

—No sé escribir en francés.

—Pues friego escaleras.

—No sé escribir en francés.

—Que te den un puesto de corresponsal.

—No quiero irme de Madrid.

—Hijo, qué manía.

—Tu única salida es el caballo blanco, Licaria. Me parece que ya tienes uno, o sea que olvídate.

—Él va a la oficina todas las tardes. En esas horas podíamos vernos.

—Es que cada día le pegas más al porro.

—Eso no es cosa tuya.

En un anochecer de otoño me llevó a casa de los grandes camellos, en la Cuesta de San Vicente. Se había puesto unas innecesarias gafas negras que, más que esconderla, la delataban. La esperé en un portal grande y casi lujoso. Al final bajó con la mercancía:

—Yo ya voy a fumar toda la vida. Y de lo mejor.

Sentí que lo que me apartaba de ella no eran otros hombres (yo tenía otras mujeres), sino ese abismo de la droga que despersonaliza a las personas. Decidí dejarla.

El sexo de Licaria era negro como una pesadilla infantil y sensible como un arpa de cuerdas de mujer.

—¿Cuántas veces te masturbas al día, Licaria?

—Yo qué sé. Quince o veinte. Lo que me pide el cuerpo.

Era la niña ninfómana, la insaciable. Y en Madrid, además, había aprendido a sacar partido de los hombres. Imagino a Licaria en su cama estrecha, desnuda y niña, con sus manos liliales de uñas mordidas masturbándose sabiamente en las madrugadas de porro y literatura. Luego se quedaba dormida, faltaba a clase y me llamaba a mediodía. Cuánto hubiera dado por fijar la instantánea de sus dedos párvulos jugando en el coño profundo, como los siete enanitos en el sexo de Blancanieves.

Comí durante unos cuatro años de aquella seta venenosa de su sexo. Llegué a estar envenenado, pero me curé a tiempo. Cuando quería llegar al secreto último de la niña, le ponía el flexo en la vagina. Algo parecido me parece que hace Henry Miller. A Tagore le habíamos abierto la ventana y habíamos conseguido espantarlo, como un pájaro variopinto de juventud.

Virginia Woolf seguía trajelándose por las noches en el armario, y ahí los caballeros no tenemos nada que hacer, pues las mujeres comen el coño mejor que los hombres, como mujeres que son. Mozart se había quedado en un músico, pero a Rimbaud, en cuanto yo me iba, le daba por cofa o retambufa con mucha pericia (ya le había dado a Verlaine), y entonces me apliqué a esta actividad, no por nada, sino por ser un Rimbaud intestinal, y comprobé que a la moza le gustaba mucho. A la moza le gustaba todo, incluso las mozas. Cuando conocimos a Rosalía me dijo, deslumbrada:

—Es maravillosa. O te la tiras tú o me la tiro yo.

Ya ni recuerdo quién se la tiró, si es que se la tiró alguno de los dos.

# CAPITULO TRES

## Alma

La vagina de Alma era como la de una camella, como la de una grande, distinguida y amantísima camella. Vagina de vertiginosas profundidades y silenciosos gritos de la carne, de la entraña femenina. Yo nunca he sentido mi picha tan pequeña como en la vagina de Alma. Claro que la moza, tan alta como yo y de fina apostura germánica (hay una delicadeza alemana y sutil que poco tiene que ver con el mito dúplice y bicéfalo de la walkiria/káiser), era de fácil y múltiple respuesta sexual, todo le servía, así da gusto y uno siempre queda como un caballero. Aparte que yo recurría a toda clase de intendencias para tenerla servida: le metía el puño entero hasta el útero (el límite era mi reloj de pulsera), le metía botellas de coca-cola recién abiertas, con toda la espuma saliéndose como una sonrisa vertical del coño, por meterle le metía, ya digo, hasta mi pequeña picha de latino, aunque tampoco soy muy latino.

—¿Y tú por qué le das tanto al piano, Alma?

—Ya ves. Algo tiene que hacer una.

—No puede ser bueno eso de tocar tanto el piano. Chopin acabó tísico. Y Bécquer.

—Bécquer no tocaba el piano. Era poeta.

—Bueno, pero acabó tísico, que es a lo que iba.

Conocí a Alma en el bar del Ateneo de Madrid, un bar con olor a peluquería y Derecho Administrativo, que es lo que estudiaban los jóvenes ateneístas, o sea oposiciones. Alma estaba tomándose un café antes de entrar al concierto de los jueves. Era una rubia un poco sosa, de tan perfecta, y su estatura, igual a la mía, nos permitía un tú a tú que creaba mucha intimidad. Llevaba la melena larga y oro y una gabardinilla más bien pobre (era otoño). La saqué de allí, se olvidó del concierto y nos fuimos a Jota/Jota, un sitio muy yeyé que había en Callao, en un subterráneo, a bailar un poco y meternos mano.

—¿Y a ti por qué te pusieron Alma? Es bonito, pero raro.

—Verás, en mi familia, en mi raza, hay una tradición musical. Y Alma se llamaba la mujer de Mahler.

—¿De quién?

—De Mahler, el compositor.

—Yo sólo oigo música de madrugada en Bourbon Street, en Diego de León, que es un club de jazz. Echan muy buen jazz, Armstrong y eso, pero ése que dices no me suena.

—Ya te sonará.

Y cómo. Llevan veinte años sin hablar de otra cosa. Alma vivía en un piso antiguo y suntuoso de por ahí por el Retiro, que era como de su familia. Un piso abandonado, caótico, una prendería de oros y joyas, platas y mierda, braseros de cobre macizo y relojes que daban horas muy antiguas. A todo aquello sólo le faltaba un poco de orden. El lujo del lujo es el orden. El lujo desordenado es la revolución. La casa la tenía en venta la familia y, mientras la vendían o no, Alma vivía allí con su piano y con su cuerpo, porque su cuerpo era una cosa y ella era otra. Alma era toda alma. Un alma que tocaba el piano, leía a los poetas franceses en francés, estudiaba alguna vaga carrera científica e iba a los conciertos del Ateneo.

Su cuerpo funcionaba por libre, ya digo. Su cuerpo era un Leonardo de tamaño natural que se paseaba desnudo/desnuda por las habitaciones, todas con hermoso balcón al Retiro, y cada balcón le iba poniendo un matiz distinto a aquella carne renacentista y libre: azul madrugada, verde Retiro, oro mediodía, lívido noche, morado atardecer. Sus amigos y sus amantes la emparentaban fácilmente con un Botticelli.

—Ni Botticelli ni hostias, Alma. Tú eres un Leonardo. Leonardo. La gente es que no sabe ver en lo que es, como decía Stendhal.

—Bueno, pues Leonardo, tampoco vamos a reñir por eso.

—Yo es que riño por todo.

—Espera que te hago un café.

Y se iba a los fondos oscuros de la cocina con su cuerpo grande, armonioso, dibujadísimo, blanco y frágil. Tomábamos café, yo la estaba mirando a los ojos, más inteligentes que deslumbrantes, a la nariz perfecta de perfil, un poco ancha de frente, a las palabras que decía, siempre pocas, delicadas y lúcidas. O sea que nos cogía el anochecer hablando de Restif de la Bretonne y, mientras tanto, su cuerpo museal y desnudo había vagabundeadó toda la tarde por los balcones, las amplias estancias, que eran cada una como un palacio después del paso de la horda, mirándose a los espejos rotos o masturbándose delicadísimamente con sus manos grandes, bellas y pianísticas, como tocando el arpa, las arpas interiores de su alma.

—¿Y Restif de la Bretonne fue realmente amigo de Casanova?

—No recuerdo, tengo que mirarlo en las *Memorias* de Casanova.

Pero allí estaba su cuerpo, en el quicio de una puerta, como una escayola lírica olvidada en un taller, y yo comprendí pronto que la única manera de reunir su alma con su cuerpo, su inteligencia con su sexo, su sensibilidad pianísima con su coño, era hacer el amor. En la cama, efectivamente, en una de las plurales, altas, doradas y deshechas camas de la casa volvía a tenerla reunida consigo misma, y era, quizá, la mujer más adorable, sabia, falsa y quebradiza que he conocido en mi vida. A veces, cuando pienso en ella, me parece que todas las demás mujeres no han sido sino rodeos y aproximaciones a esta criatura dúplice con la que había que follar muchas veces para devolverle su unidad, su unicidad de Leonardo vivo. Las camas, ya digo, estaban como si el señorito de la casa, ya extinto, se hubiese acostado allí con la cocinera media hora antes.

—Decía yo que Restif de la Bretonne...

Y su cuerpo ya se había ido a tocar el piano. Tenía una transparente capacidad de ausencia. La primera vez me sorprendió comprobar que era virgen, y hasta le dolió un poco. Pocas vírgenes ha cazado uno en esta vida, pero un Leonardo virgo es ya como demasiado. Alma, Alma.

Me tendía boca abajo y besaba minuciosamente todo mi cuerpo, como haciendo un mapa de besos para no perderse. Me metía la lengua en el culo. Era mujer activa que necesitaba un largo rato de caricias al macho, un prólogo/epílogo lleno de lentitudes, demoraciones y ternuras. Alguna vez le decía yo, suspicaz:

—Mucho sabes tú de todo esto, oyes.

—He tenido un buen maestro.

Se suponía que el buen maestro era yo, pero la respuesta le salía demasiado fácil como para ser verdad. Desde aquella tarde lluviosa y musical del Ateneo, en su vida ha habido mucho fragor de matrimonios, carreras aprobadas, carreras sin aprobar, enfermedades, pianos abiertos, familias, muertos, notarios, guitarristas y automóviles. La recuerdo atravesando Madrid en moto, toda de cuero negro, a la grupa de una Harley, a la grupa de un hijoputa, y comprendo que la amaba hasta el crimen. La recuerdo en su primer embarazo de casada, con bello blusón, y entonces tuve la experiencia de reposar sobre un vientre abultado y dulce, de penetrar una vagina que ya tenía inquilino, de encontrarme unos pechos grandes, lechosos, premamá, habituado como estaba a sus pechos dibujados y breves (Leonardo otra vez, sí, qué pasa, coño).

—¿Y esto de los embarazos dura mucho, oyes?

—Nueve meses, es la costumbre.

—¿Y no se te hace largo?

—No creas. De embarazada tampoco se está mal.

Yo, siempre en mi papel de tercer hombre, ocurre que tenía unos celos furiosos de ella, de él, del niño venidero y hasta del médico que la atendía.

—Cómo has podido hacerme esto.

—Qué.

—Casarte.

—Las mujeres tendemos al matrimonio como los barcos al puerto.

—Sí, y como las ardillas a la nuez.

La nuez inmensa, nuez palpitante y dulce, era aquello que llevaba bajo el delantalón de florecitas. Se me escapaba, se me había escapado, la había dejado perder, como otras veces. Quizá estaba enamorado, pero como no conocía el amor, ni lo admitía, me rebelaba contra él y hacía chorradas.

—Las chorradas se pagan, Paco.

—Qué dura eres, Alma.

Y en seguida encontré la frase ridícula y como televisiva. Ha estado siempre al fondo de mi vida, tocando el piano desnuda, alejándome con su música, con su Bach y su Mozart que yo no entiendo ni me importan. La música es la distancia que ponía entre nosotros, involuntariamente, y que me dejaba arrinconado en el suelo de la gran casa *for sale*, como el prendero de aquella prendería deslumbrante y triste.

—La música ha estado siempre entre nosotros, Alma, separándonos.

—Te encanta hacer frases. Siempre estás haciendo frases.

—Soy escritor como tu padre es banquero.

(Porque encima tenía un padre banquero.)

Alma fumaba rubio y esto le daba siempre a su boca, pálida y sensual, un sabor de camionero hembra, un perfume de bosque y oro. Ha estado siempre al fondo de mi vida, o en primer plano, tocando el piano desnuda, con su cara de santa boba (y era tan lista, y nada santa), con sus manos que ni Leonardo habría sabido dibujar, con sus hombres en penumbra, con su rubio germánico, su francés baudeleriano y su música de funeral. Ah el oro levísimo de su pubis, el pubis menos obsceno que uno haya visto jamás, pero muy levantado por el bulto del hueso, mujer de esquelatura grande y flexible, como una camella, ya digo, transformada por Leonardo en mujer.

—Los tíos te dicen que eres un Botticelli porque son unos gilipollas. Botticelli pinta mucho más simple. Lo que eres es un Leonardo.

—De eso me parece que ya hemos hablado otras veces.

—Pero son unos gilipollas, insisto.

Fumaba y callaba. Después de hacer el amor, se levantaba desnuda a buscar tabaco por la habitación (nunca sabía dónde lo había dejado, adorable desorden femenino), y ése era para mí el mejor momento del polvo, el instante en que tanta mitología se volvía cotidiana y su cuerpo grandioso tomaba actitudes hacendosas de mujer/mujer, cuando yo estaba convencido de que no era una mujer, sino un ángel caído del cielo con virgo y todo (hasta que se lo quité, pero eso ya lo he contado).

Me pongo insistente y eso debe ser que todavía la amo.

Los enamorados somos tan coñazos como los ciegos del cupón. No hay nada tan pelma como un enamorado, salvo la ONCE.

—Estás escribiendo una cosa muy hortera sobre mí. Tú eres un lírico. A ver cuándo te olvidas del costumbrismo.

—Perdona, Alma, pero las leyes de la literatura sí las conozco mejor que tú. Sobre todo de la mía.

—Tengo derecho a opinar, ¿no? Soy la protagonista.

—Absoluta.

—Y encima que no me llamo Alma.

—¿Tampoco te gusta el nombre que te he puesto?

—Es como de hija bastarda de Alfonso Guerra.

—Yo pensaba en Mahler.

—Cómo coños vas a pensar en Mahler, si no lo conoces.

—Bueno, la película *Muerte en Venecia*, Thomas Mann, todo eso, ya sabes.

Enciende otro cigarrillo o bebe Fanta. Nunca toma alcohol. Tiene múltiples casas en Madrid, en otros sitios. Estamos tendidos en una de sus camas, en una de sus casas. Qué lejos quedan los tiempos tristes y fecundos de aquel caserón frente al Retiro. Alma tiene tardes/noches de amor urgente, violento, anhelante, cuando follamos a medio vestir, a medio desnudar. Alma tiene otros días de amor demorado, dulce, contemplativo, como si me viera desde muy lejos. La alternancia de unos días con otros es deliciosa y siempre me coge por sorpresa. A veces montamos en su auto y le damos la vuelta a la provincia. Le gusta conducir. Sus manos de pianista, bailarinas del teclado (qué cursi me parece que queda esto), se vuelven manos precisas y preciosas al volante. Creo que nunca me he acostado tantas veces con una mujer. Y eso se nota, claro.

—¿Es que ahora lo vas a contar aquí todo por vanidad?

—Por vanidad y por una pasta.

—A mí la pasta me sobra.

—Es que yo no estoy en venta, *amore*. Vivo de mi trabajo.

—Pues escribe de otras. De esas choricillas que andan por tu vida de ligón en las freidurías de bocatas de calamares.

—Ya no como bocatas de calamares. No me sientan.

—Pero las choricillas te siguen sentando de maravilla.

—Soy de origen humilde, compréndelo. El pueblo con el pueblo.

—Ni pueblo ni nada. Tú vives como un señor. Lo del populismo es un esnobismo.

—Venga, déjalo ya, ponte las bragas y vamos a merendamos unos bocatas de calamares, Alma.

Siempre ha sido plural en los hombres y en las casas. Mi amor la ha perseguido por residencias de monjas, apartamentos en rascacielos, domicilios como el que he descrito, del Retiro (el fundamental en nuestra vida), clínicas psiquiátricas, clínicas de maternidad, colegios mayores, residencias universitarias, señas familiares y señas de separada. Me gustaría, ahora, hacer sobre el mapa de Madrid el mapa de mis itinerarios tras ella, con tinta roja, malva, fucsia, como la geografía de mi vida.

Qué apasionante geometría, qué Mondrian enamorado, qué plano vivo del tesoro de tu oro, ese dibujo. Mañana me compro un mapa de Madrid y lo hago. Yo, cronista oficioso de la Villa, tengo la casa invadida de planos madrileños, pero el alegre desorden de la vida me impide catalogarlos ni encontrarlos. Sobre ese mapa/plano podría escribir mi mejor novela, Alma, amor.

—Oiga, señor Umbral, que usted nos prometió unas memorias eróticas, libres de sentimentalismos, y ahora se está saliendo por Corín Tellado.

—Usted disimule, señora, y razón que le sobra. Pero Corín Tellado es notable escritora (los latinochés le hacen muchas entrevistas) y, en cuanto a la memoria de este amor *fou*, usted disculpe si se me ha ido la mano, pero creo que el cuerpo de Alma está aquí presente, recorrido en toda su geografía rosa, dorada y adúltera: la boca intensa, los pechos ingenuos, el vientre purísimo, el sexo rubio, los muslos con larga curvatura de violín, muslos/estravariados, los pies grandes, las manos/Leonardo, en fin. Por no hablar de esa Oceanía armoniosa, amplia y caliente de su espalda sensible, que a veces recorro con la seda enamorada de mi capullo. Dudo de que hombre y mujer hayan follado nunca tanto y tan bien. Y perdone el párrafo, si me he pasado.

A punto de terminar este capítulo, cojo el teléfono y la llamo. Su voz congelada por un contestador. O sea que encima se ha comprado un contestador. Pero se oye muy mal, debe ser malo y barato. Le dejo el recado:

—Tu contestador es una mierda, pero te quiero.

## CAPITULO CUATRO

### El arcángel San Gabriel usa pestañas postizas

Georgia era de Georgia. Allá por el norte de los Estados Unidos, donde ya todo es nieve, casi en la frontera con Canadá, cuando alguien se muere lo entierran bajo la nieve, bajo la tierra cubierta de nieve, y durante unos días la tumba echa humo. Es la materia orgánica, que se está descomponiendo, el último calor que da la vida a la frigidez de la tierra, serán ceniza, mas tendrán sentido, polvo serán, mas polvo enamorado, o quizá sea el alma del difunto, que asciende como un vaho hacia el cielo protestante y piadoso de Georgia.

—Que a ver si te vienes una noche a verme a Pasapoga. Después del pase, nos vamos a tomar una copa.

Georgia era de Georgia y había encontrado el mejor empleo de su carrera de yanqui madrileña en Pasapoga, que una compañía internacional había traído *Crazy Horse*, un espectáculo que tuvo mucha fuerza en el mundo durante los ochenta o así, con mujeres desnudas de todas las razas, dentro de un erotismo violento, joven y nuevo. Todo venía a ser como un partido de rugby jugado rudamente por chicas desnudas, o sea en bolas. El arcángel San Gabriel sale mucho en la Historia Sagrada, en el Evangelio, donde sea. Es un arcángel que da mucho juego a los evangelistas. Lo mismo sirve para una cosa que para otra. Por salir, el arcángel San Gabriel hasta salía en *Crazy Horse*, se llamaba Georgia y yo diría que era el verdadero caballo loco de la función: «Creici Jors», que es como hay que decirlo.

—Allá en mi pueblo, que siempre nieva, cuando alguien muere...

—¿Me dejas que te quite las bragas, Georgia?

Ya la primera noche descubrí que Georgia, como casi todas las yanquis que he conocido, excepción hecha de Cherryl Gallan, de Boston, era más bien un poco frígida, o sea que le gustaba el tema, pero tenía dificultades técnicas para llegar al orgasmo. Y a mí que no me vengán con psicologías. De Cherryl Gallan hablaré en otro momento de estas memorias, o de Jane Lynch, que a lo mejor era sobrina/nieta del capitán Lynch, el que inventó la ley y práctica del linchamiento, tan útil en Estados Unidos para adecentar el panorama de negros, ladrones de caballos, forasteros, cuatrerros y *sheriffs* demasiado adheridos a su estrella. Albert Ellis y otros grandes especialistas han estudiado eso que ellos llaman «la tragedia sexual norteamericana». Y esta tragedia no es otra que la frigidez, psicológica, fisiológica o lo que sea. Como Georgia, en su buhardilla de la Gran Vía, no tenía un solo mueble, le puse las guías de teléfonos debajo del culo por levantarle un poco las partes. Así hicimos el amor en la tarima, carismatizados por los anuncios cambiantes de la calle, que nos ponían verdes, azules, amarillos, rojos. No estuvimos muy brillantes ninguno de los dos.

La Compañía Telefónica Nacional de España no es nacional ni de España, pero funciona lo mismo de mal. En cambio, suministra a sus abonados unas suculentas guías de Madrid donde lo mismo puedes encontrar a un académico que a una puta, sabiendo buscar.

Georgia era un *fax* de Charlotte Rampling, sólo que en mejor. Georgia era el arcángel San Gabriel con pestañas postizas. Nos habíamos conocido en un cóctel y me invitó a verla en *Crazy Horse*. Ella no era precisamente un caballo loco, sino más bien una yegua sentimental y rubia de la América nevada. Acudí a Pasapoga una noche, por la puerta de artistas, y el portero, que era un joven comunista que me tenía por coleguilla, me bajó a los camerinos, donde ella me estaba esperando, completamente desnuda y con el cuerpo pintado de rojo. Ahora parecía el Angel Caído. Era el maquillaje que les daban para luchar contra las luces inesperadas del espectáculo, y que hacían de ellas unos cuerpos irreales, unos desnudos submarinos o celestiales, una sexualidad infernal con batería de rock.

—Que gracias por haberme invitado.

—Quería que vieses el espectáculo.

—Yo sólo he venido a verte a ti.

—Hay un ilusionista que saca un anillo de dentro de una naranja, la naranja del postre de cualquier espectadora.

—Que se meta el anillo por el culo. Yo he venido a verte a ti —insistí.

En aquel cuerpo rojo y perfecto lucían las dos llamas verdes de sus ojos largos y vivos, pero estaba como tímida, y no por la desnudez, sino por el encuentro. Otras muchas noches acudiría a charlar con ella entre número y número. Paseábamos por los lóbregos pasillos del sótano, ella desnuda y tatuada en rojo, quizá fumando, aunque fumaba poco, y yo con mi abrigo de Pierre Cardin.

—Allá en Georgia, cuando alguien se muere en invierno y hay que enterrarle bajo la nieve...

—Señorita Georgia, su número.

Yo pasaba a la sala, me sentaba en una de las primeras mesas y veía el número de Georgia, que, aparte los colectivos, tenía uno para ella sola. Era un desnudo blanco y pelirrojo, con el gran incendio del pelo hermozeando su cabeza de ángel/Ramplimg y la llama dulcemente roja y breve del pubis encendida entre sus muslos hermosos, muslos de americana bien criada, dos muslos como dos cosechas, dos muslos hechos de maíz americano, cinco cereales, leche pura, nata de leche de cabra y mucha gimnasia para modelar todo aquello y darle esbeltez. Sus pechos eran más bien dos graneros repletos y nevados, con la gracia pálida y rosa de los pezones. Yo la miraba y no podía acabar de creerme que aquel cuerpo fuese mío.

Pasapoga responde al sentido religioso del pecado que ha tenido siempre España. Es lo más parecido a una catedral sumergida, con sus interminables escalinatas, sus cortinones morados, sus sucesivos vestíbulos, que suceden a otros vestíbulos, su penumbra de iglesia y sus palcos como capillas o confesionarios. Nuestros padres, el pecado lo entendían así: monumental y sagrado como la religión misma. El número de Georgia tenía algo de eucarístico y, siendo ella tan pura, se volvía obsceno por esta exhibición gimnástica y armónica de un ángel sin plumas entre putas y provincianos.

Después del espectáculo, tomábamos un café y un bollo en el último sitio abierto de Madrid, yo compraba la prensa del día siguiente y nos íbamos a su buhardilla, Gran Vía abajo. Desde aquellas alturas descubrí los techos barrocos, precatálogo y años treinta de los pequeños rascacielos de Madrid. Parecía una vista aérea de Chicago.

—¿Te ha gustado esta noche?

—Me has gustado tú.

—Pues pienso dejarlo. No me gusta exhibirme así.

—Debieras quedarte fija en la compañía y seguir con ellos por todo el mundo.

—O sea que no me quieres.

Su castellano era casi perfecto, sobre todo cuando tenía que reaccionar rápidamente. Ya había metido yo un pie, como de costumbre. Ocurre que la criatura pensaba en quedarse conmigo en Madrid para siempre.

—Me gusta mucho Madrid.

Pronto comprendí que la única manera de hacer que funcionase aquel cuerpo absolutamente celestial y frígido era comerle el coño, trabajarle el clítoris con la lengua durante mucho tiempo, para, al fin, conseguir de ella un orgasmo débil, infantil y agradecido. Luego la penetraba y así nos dormíamos en el ballet de las luces y los anuncios, que parpadean toda la noche. Debíamos ser, desnudos y tendidos uno sobre otro, como dos bailarines de *La muerte del cisne* bajo los focos cambiantes. Un día compré unos almohadones y una estufilla, como gran confort de la casa, y cuando estábamos jodiendo más amorosamente, vi en sus ojos verdes un resplandor grandioso. Pensé que los anunciantes de la Gran Vía se estaban pasando, pero lo que ardía eran los almohadones (habíamos dejado puesta la estufilla para calentarnos el

culo), de modo que saltamos, gritamos, reímos y anduvimos desnudos por los tejados y terrazas de la gran calle, más en el cielo negro que en la tierra, apagando almohadones contra las chimeneas, añadiendo estrellas de llama roja a las estrellas de llama blanca del firmamento.

Georgia, desnuda y ágil, saltando tejados con una antorcha en la mano, es el Magritte más hermoso que he contemplado en mi vida, sólo que un Magritte vivo, alegre y divertido. Esto de la publicidad luminosa ha prosperado mucho y cada vez está más aparente Madrid. Se ve que los concejales y los anunciantes se van esmerando.

Dentro de la compañía del caballo loco tenía yo una rival, una alemana rectangular, visiblemente bellacón, que era la más artista del espectáculo, pero también la más vieja y la más peligrosa. Se llamaba Hanka o así.

—Me parece que la alemana te lleva a la cama un día de éstos.

—No hay peligro. Ya me ha llevado.

—¿Y qué?

—Nada, que no me gusta. Pero es que esa noche estaba yo muy sola.

—Es lo que decís siempre las mujeres para justificar la caída.

(Hay que joderse, qué frases me salen cuando me pongo celoso. Podría escribir con ellas un culebrón.)

—¿Es que vas a estar celoso de Hanka?

Bajábamos por la Gran Vía, en el tramo que va hacia la plaza de España, tramo en que estaba la buhardilla de Georgia. El cierzo de enero nos venía directamente de la Moncloa y de la sierra. Discutí contra ella y contra el cierzo:

—Ni celoso ni leches. Es que yo no vuelvo a acostarme con una tía bollaca como tú. Ella se lo hace mejor que yo, ¿no?

—Pareces un niño. Ella no hace nada. Y yo te quiero.

—Me quieres a mí y te acuestas con ella.

La conversación se iba haciendo cada vez más vulgar, hasta que llegamos a su casa. Lo que tenía muy fácil, grato, accesible y gimnástico Georgia era el recto. De modo que aquella noche la penetré por el recto, de frente y por detrás, a modo de castigo, castigo que a ella se le hacía delicioso. Entre follar o no follar, siempre queda el camino de en medio, la vía intermedia del culo. Las plantas eran hermosas y los pájaros no callaban. La gata era siamesa (lo siento, si en este libro salen demasiados gatos y gatas, pero son los rigores de la estadística, y uno es tan realista como el señor Clarín). Y en este plan. Quiero decir que Georgia hizo una serie de compras para ir convirtiendo aquello en nuestro hogar, sin duda por borrarle la imagen de la lesbiana germánica, a quien yo tenía que soportar todas las noches en el espectáculo, con su desnudo de hombre, su casco de rugby y sus bíceps. Era como un nazi en bolas y con silicona. Me odiaba, claro, porque le había quitado a Georgia.

A veces pienso que este libro debiera haberlo escrito como un tratado de geografía. Los textos de geografía ilustrada son muy sorprendentes y didácticos. O sea, las yanquis con las yanquis, las holandesas con las holandesas, las filipinas con las filipinas, las nórdicas con las nórdicas, las nacionales con las nacionales, las pieles rojas con las pieles rojas (bueno, pieles rojas sólo ha habido una en mi vida, Bárbara Logsdon, oscura, delgada y dulce, de quien escribiré más adelante). En el colegio nos explicaban así, más o menos, las razas humanas: blancos, negros, rojos, cobrizos, amarillos y aceitunados, y no sé si algún otro. Esto parece superado, pero Baudrillard, el filósofo de la posmodernidad, dice todos los días que hay que cultivar la diferencia, respetar la otredad del Otro, o sea que no andaban tan equivocadas nuestras enciclopedias Luis Vives.

Lo que pasa es que como todas no van a caber aquí (ya se lo dije a Ymelda Navajo cuando me encargó el libro), uno ha tenido que ser drástico, que no sé lo que es. Georgia había trabajado en un circo que pasó por su pueblo, en Georgia, porque se

enamoró de Picasso (no Picasso, claro), un atleta español que era la estrella de la compañía. Picasso, mítico de apellido y actuaciones, tenía señora en Valencia, España, y unos niños muy monos, de modo que un día, a resultas de un accidente, se retiró del circo y de Georgia, pero a Georgia le quedó la natural nostalgia de España, que él le había enseñado a amar, y por eso estaba en Madrid.

Esta historia me desanimó bastante, pues parecía claro que yo estaba haciendo el papel de un segundo Picasso y, como ya se ha dicho aquí, a uno le gusta ir de tercer hombre, pero no de segundón de nadie. Y qué difícil es ser el primero en la vida de una mujer, Alma, Alma.

Una noche que tuve un éxito en el periódico, compré un gran ramo de flores (esto de la interflora conmueve mucho a las mujeres) y las deshojé sobre el cuerpo desnudo de Georgia, que previamente había bañado en whisky. Ella reía con esa risa niña de los yanquis, de las yanquis, que todo lo que se salga de la Constitución lo encuentran infantil, pero la follé bien follada, ebrio de mi reciente éxito (no aconsejo follar deprimido: la mujer no es un consuelo, como se dice, sino una fiesta). Y cuando saqué mi picha, del coño rubio le salían rosas y whisky. A Georgia la había visto primero en un papel fugaz de una película de Delibes, donde ya lucía sus grandezas. Luego, yendo yo con Nadiuska y el difunto Damián Rabal a un café/teatro de la plaza de Santa Ana, tuve la sorpresa de que allí aparecía aquella hermosa desconocida, completamente desnuda, entre otras chicas. A mi querido Antonio Olano, autor de la obra, le pedí que me la presentase, y lo hizo, pero la yanqui pasaba mucho. En el periódico, entre la correspondencia, empecé a recibir notas femeninas, en inglés, con una letra preciosa. Notas que hablaban de gatos azules y otros lirismos. Nunca se me ocurrió relacionar aquello con la poderosa yanqui, hasta el cóctel y la invitación a que ya he aludido.

Georgia, hoy esmerilada por el tiempo y los viajes, era unos ojos de pantera buena, unos pechos de granjera joven, unos muslos de *majorette* presidencial y un clítoris muy pequeño, como el de tantas mujeres grandes. Era tierna, inteligente y nada intelectual. Se la fui pasando a los que venían detrás, los de moda, como les he pasado tantas (siempre era el primero en verlas venir), y Georgia era como estar tirándose a América del Norte, a la Estatua de la Libertad, algo grandioso y distante.

Empecé a fallar algunas noches en Pasapoga y no sé si me suplía con Hanka, la bollacona nazi, ni me preocupa. Georgia tenía un padre italiano y artista del que estaba enamorada, lo comprendí una vez que vino a verla y me lo presentó. El viejo cada vez aparecía con una esposa nueva, pero todas iguales. Lo que hoy llamaríamos una Nancy Reagan. Picasso había hecho de padre y yo había hecho de Picasso, mientras el señor Freud nos cobraba la consulta a todos. De Georgia me queda el sabor frío y soso de su coño, su ternura de granjera y alguna postal que me envía cada año desde América.

Allá por Georgia, cuando alguien se muere en invierno, lo entierran bajo la nieve y la tumba echa humo...

# CAPITULO CINCO

## La cherokee

Los cherokees o cheroquis son una tribu de amerindios del pueblo iroqués, establecidos originariamente al este de Tennessee y al oeste de los Estados de Carolina del Norte y del Sur. Pero la mayor concentración de cherokees la he conocido yo en la plaza de Santa Ana, Madrid, años sesenta, como una reserva india que ellos se habían creado.

—¿Quiere usted que le encante la serpiente, joven?

—Prefiero que me encante la polla, a ver qué pasa.

Entre los cherokees, como entre los *brokers* de Wall Street, hay clases. Aquí tuvimos los cherokees de pensión (todas las casas de la plaza se volvieron pensiones para los que traían *dollars*) y los cherokees de calle, o sea que se pasaban el día y la noche, el invierno y el verano, sentados en el asfalto municipal, en corro o solitarios. Hasta encendían fogatas.

—¿Busca usted un amuleto cherokee, caballero?

—Busco un encendedor que perdí aquí mismo el año pasado. De todos modos, gracias, señor indio.

Los cherokees se extendieron más tarde hacia el sur por los Estados de Alabama y Georgia. Para que luego digan de don Francisco Franco, que estaba con todo el poder y consentía estas cosas. El concejal Matanzo ya habría echado a los cherokees y sus serpientes con zotal y agua bendita.

También llegan los cherokees, por el oeste, hasta Tejas y Oklahoma (no escriban ni digan Texas, por favor, que queda entre maricón y mariachi). Bárbara Logsdon era cherokee de pensión, con apellido inglés que suponía una pequeña renta en *travellers*. Algunos pieles rojas hasta han hecho carrera. Los holandeses/irlandeses que hoy se llaman americanos, o yanquis, para mayor confusión, mataron a todos los americanos (o sea indios) necesarios, entre Bucéfalo Bill y John Wayne, pero tampoco se pasaron, como nosotros los españoles en el Cono Sur. Bárbara Logsdon tenía el pelo muy negro y largo, en bandos, la juventud triste, el rostro bellísimo, la sonrisa iroquesa, las trenzas como nudos de marinero y un gato llamado Timoteo (otro gato en este libro, ya digo que es mera estadística).

—Lo de Timoteo es en recuerdo de mi hermano Teo, muerto en Vietnam.

De modo que los indios, los negros, los gitanos, los amerindios, los mestizos y los cuarterones son meras reses en sus reservas, bajo la sombra alargada de Lincoln, pero cuando llega el alistamiento para la guerra, para morir en la guerra, recobran todos sus derechos democráticos de ciudadanos de la América libre. El gato era lo que se define en las enciclopedias como gato común europeo (ustedes es que no saben nada de gatos), gris, joven y guapo. Bárbara Logsdon iba de túnica sagrada, collares como colmillos, un angloespañol dulcísimo que nos servía para entendernos y una pintura abstracta que no era sino los tatuajes de su tribu, de su raza, trasladados al lienzo.

El Diccionario Espasa es herramienta muy útil para quienes no saben nada de los cherokees, o del cherrión, un suponer, o chirrión, carro que chirría, porque no engrasa los ejes me llaman abandonao, si a mí me gusta que suenen, pá qué los quiero engrasar. Quienes nos hemos beneficiado largamente a una cherokee, pocos rostros pálidos, ésa es la verdad, y menos en Europa, el Diccionario Espasa está de más, porque de cherokees lo sabemos todo. A Bárbara Logsdon, naturalmente, la conocí en la Cervecería Alemana, centro de reunión de los amerindios, los cherokees y los de Ponferrada que están de paso.

—Me he enamorado de ti antes de conocerte.

—Me llamo Bárbara Logsdon. Encantada.

—Con eso no vamos a sorprender al lector, querida, llevo media hora escribiéndolo. Cuéntame algo más original.

—Ah, *españolito malísima*.

—Malísimo. En masculino.

—*Who?*

—Es igual, déjalo.

Ocurre que las cherokees también folian, pero folian a su manera, claro, delgadísimas de alma, con el cuerpo seco y tatuado, con el gemido en secuoya, que es su idioma, o sea que no hay manera de saber si se corren o no se corren. Lo de Bárbara Logsdon quizá vaya a quedar más exótico que erótico, pero en unas memorias como éstas no puedo saltarme a la única piel roja de mi vida.

Los cherokees son altos, de color claro y nariz aguileña. Bueno, Bárbara era oscura y de nariz recta, como una venus negra, por eso no conviene consultar diccionarios. A los escritores de diccionario es que se les nota mucho.

Ahora todos viven de la Enciclopedia Británica. Lo aprendieron de Borges. Sacas una ficha de la Enciclopedia Británica y haces un poema griego o un ensayo posmoderno. Los pequeñitos es que no dejan de ordeñar la Enciclopedia Británica. Nosotros, los de mi generación, ordeñábamos el Petit Larousse, pero yo creo que se nos notaba menos, no sé, o sea. Después de emborracharnos de cerveza y vino tinto y coca-cola en la Cervecería Alemana (que antes había sido refugio de Hemingway y los banderilleros devenidos limpiabotas, y que luego sería nido de fascistas violentos, cuando la Santa Transición), Bárbara y yo subíamos a su cuarto de la pensión, que estaba encima, a hacer el amor. Ya he dicho que BL era delgadísima, bellísima, dulcísima. BL era un puro y mero superlativo, aunque no sé si en el secuoya existen los superlativos. Yo me sentía con aquella mujer como Baudelaire debía sentirse con la judía Louchette, seca y enferma. Aquel era un amor baudeleriano con folclore hippy. Aprendí que los verdaderos hippies naturales eran los indios. Los blancos no hacían más que imitarles en una versión pálida y triste.

—¿Tú no tendrás serpientes en el dormitorio, Bárbara?

Y sonreía dulcísima, volviéndose hacia mí en la escalera:

—No me gustan las serpientes. Sólo tengo el gato Timoteo, que tampoco le gustan.

Nos unió, entre otras cosas, nuestra común veneración religiosa por los gatos. Si en el Universo hay un ser sobrenatural, es el gato. En algún libro tengo leído que son la única raza superior. Follar con la cherokee era follar con una esbeltísima esquelatura, con un rostro bello y remoto, con unos pechos inexistentes, con unas manos viejas y esbeltas, con un vientre moreno como una hoz de pan, con un coño negro, negrísimo, sabio, acogedor, ni grande ni pequeño, pero preciso y precioso. Recuperé en la cherokee la sabiduría perdida y los tristes trópicos (va por Levi-Strauss) de las razas primeras, que no eran elementales en el sexo, como creemos, sino cultísimas y delicadas.

Los gemidos de BL en el orgasmo eran como los signos de sus tatuajes y su pintura, de modo que uno, acostumbrado al «sigue, sigue, amor, aprieta, aprieta más», tan vulgar, uno, digo, se dejaba llevar en una corriente de semen y sangre, de música —qué música— y mujer, hasta la matriz caliente y oscura, delicada y violenta, de las madres terribles de la humanidad. Los cherokees estaban organizados en una confederación y alcanzaron un gran desarrollo cultural, mayormente desde que uno de sus jefes, Secuoya (de donde el nombre del idioma), inventara un alfabeto silábico de setenta y ocho signos. La habitación olía a selva en llamas, a bosque matinal, a cera virgen y miel sexual. Bárbara había puesto pebeteros, velas, cosas, por toda la estancia. Luego he vuelto a vivir eso, mal imitado por los jóvenes rostros pálidos, pero ya no es lo mismo. Es un exotismo de droguería.

Después de joder de aquella forma inédita, demorada, como dejando el falo navegable —falo, falúa— en las corrientes interiores de una india, de una raza, de una prehistoria, ella se tendía boca arriba y fumaba cigarros puros hechos en su tribu, que olían a otoño

y luna llena. Hoy por hoy, se calculan unos cuarenta mil cherokees en Estados Unidos. ¿Cómo la raza que ha dado tal cultura, tal sensibilidad, tanta paz al mundo, ha podido ser exterminada por unos horteras de *western*? Henry Miller es autor muy casto y didáctico que conviene releer de vez en cuando. Por entonces lo estábamos descubriendo, padre de los *beatniks*, y, en su *Pesadilla de aire acondicionado*, dice que, tras recorrer toda América, toda su patria, encuentra que lo único digno y hermoso son los pieles rojas, o sea los verdaderos americanos, y no los europeos degenerados que hicieron aquel país de rascacielos y *A sangre fría*.

—¿Eres feliz, amor?

—No soy feliz, Bárbara: es que estoy como en otro mundo. No sé.

Aquello no era un polvo, sino una lección de religiones comparadas, pero en la práctica. Abajo, en la calle, a cualquier hora del día o de la noche, los cherokees hacían hogueras, música, corros, canciones, encantamiento de serpientes y mendicidad.

Habrán reparado ustedes en que mi amor con la piel roja es así como el revés de mi amor con la yanqui Georgia. Georgia era la América criminal e inocente, niña y culpable, sin pasado ni futuro. La india era el otro lado de la trama, la América profunda, el paraíso terrenal a la sombra de las inmensas secoueyas, de las que sin duda tomó el nombre el alfabetizador y el alfabeto. Secoueyas o secoueias.

Por eso pongo estas dos historias seguidas, porque esto no es un libro de cuentos porno, sino unas memorias eróticas con toda la trabazón interior que exigen las memorias, más que la novela, y que el lector ignora y no debe revelársele. Para conocer América hay que estar casi al mismo tiempo en Nueva York y en Nicaragua, como he estado yo. Hay que follar simultáneamente con una yanqui, pura raza impura, y con una piel roja.

Sigo estando del lado de los pieles rojas, y de ahí mi antiamericanismo periodístico. Bárbara tenía el cuarto lleno de cuadros abstractos y se movía por Madrid buscando el sitio donde hacer una exposición. Andaba perdida, como yo lo hubiera estado en Manhattan, y esto me movió a ayudarla un poco.

En unos días le monté una exposición en una galería de tercer orden, adonde yo mismo llevé al público (entre el público, el gran poeta Manuel Álvarez Ortega, que ahí está para dar fe). Pero a Bárbara le hicieron más reportajes periodísticos, sensacionalistas, una india americana que expone en Madrid, todo eso, que críticas serias de su pintura. De su pintura, ya he dicho, que no eran sino los signos, los ritmos de la tribu trasladados al lienzo desde su propio cuerpo tatuado y moreno, armonioso y delgado como una melodía del *apartheid* piel roja tocada al atardecer, con toda la nostalgia de la tierra perdida y el búfalo asesinado. Bárbara Logsdon, ahora que caigo, olía a búfalo hembra, sobre todo por la parte del coño (nada que ver con los mentirosos perfumes orientales). Mi amor se había criado y crecido en una reserva dentro de una empalizada, y eso había dado en ella una concentración de mujer muy intensa, pese a su levedad.

Paseé a la piel roja por todo Madrid, me hice lotos con ella, la utilicé para crearme imagen, no vamos ahora a engañarnos, como ella me utilizó para hacer una exposición. Los cherokees son una tribu amerindia que todas las enciclopedias describen mal. Los cherokees son iroqueses y se visten, ellos, como gitanos, con muchos colorines, y ellas como diosas pobres, con túnicas y flores. Encontrar aquella vulva, aquel sexo, aquella matriz, aquel coño entre los muslos delgadísimos de Bárbara Logsdon, era como encontrar el coño de una cabra egipcia o de una diosa persa.

—Has sido muy bueno conmigo, Umbral.

—Nada de eso. Lo que pasa es que te amo.

(Yo estaba empezando y me venía muy bien un amor piel roja.)

Los cherokees proceden del este de Tennessee y esto les emparenta vagamente con Tennessee Williams, un autor que me gusta mucho. A veces he empezado a traducirlo,

pero en seguida me canso y lo dejo. Con el mismo esfuerzo, o con menos, puedes hacer una cosa propia. Los yanquis odian a los negros, pero no saben qué hacer con los indios. Además, los yanquis tienen la conciencia profunda de que los indios son el origen y la verdad del país, los dueños desposeídos, los mitológicos hermanos del bisonte y el búfalo, en la ruda y hermosa mitología americana. Por eso Estados Unidos es una farsa, porque es un país montado sobre italianos mañosos e irlandeses borrachos. La conciencia pura y pacífica de América son los indios (los negros llegan mucho más tarde).

Follando, fornifollando con Bárbara Logsdon, en tardes de pensión, en noches de perfume salvaje y música de serpientes que subía de la calle, creo que penetré no sólo un desmedrado y adorable cuerpo de mujer (con sus trenzas negras de nudo marinero, ya digo), sino incluso la verdad protohistórica de la Atlántida (la Atlántida es América, a ver si nos enteramos), bajo la sombra noble y proxeneta de Platón.

Gracias a Bárbara supe, en plena juventud, cómo era el amor de los primitivos, el sexo de las madres primeras, el orgasmo realísimo e incomprensible de la heredera directa del homínido o el primate. Y sus suspiros me sonaban como los signos esbeltos de su tatuaje, de su pintura, que tan poco éxito artístico había tenido en Madrid, a cambio de un éxito «espectacular» que ella no buscaba. Quizá Bárbara no tenía más que un lenguaje, que era siempre el mismo, en palabras, tatuajes, lienzos y suspiros. El señor Secuoya, el hombre, no había llegado a más.

La plaza de Santa Ana, que hoy es zoco de barateros, fue entonces, por esos descuidos de la dictadura, de las Dictaduras, reserva libre de cherokees, con sus guitarras, sus serpientes y sus hogueras, borrachos todos de cerveza de la Cervecería Alemana. BL era un poco pasiva en el amor. Se conoce que los pieles rojas las educan así. Ella se tiende y participa, pero jamás toma la iniciativa. Lo que nuestras follaciones tenían de monótonas, se compensa por lo que tenían de exóticas.

El gato Timoteo, joven, gris y guapo, seguía viajando en su hombro izquierdo, sobre una de las duras y brillantes trenzas negras, sin mayor problema, leo, el hermano de Bárbara, quizá su amor, había muerto en Vietnam.

En la gran Norteamérica, los que no son rubios o tienen cuatro abuelos irlandeses no adquieren personalidad cívica hasta después de muertos (en la guerra).

Después de muertos en la guerra se convierten en ciudadanos de pleno derecho y héroes por un día. Es lo que se llama la patria de la democracia. Mi picha, en la vagina de Bárbara Logsdon, se movía contra dulces y delgados huesos de momia precolombina. Esto era mucho más excitante que las propicias vaginas occidentales. Fornifollar con una europea o una yanqui es una cosa gimnástica. Fornifollar con una piel roja es dejarse ir espermáticamente entre las corrientes profundas de los grandes ríos de América, llenos de rápidos y cataratas, como mis orgasmos.

Timoteo, el gato, un día se fue detrás de una gata y no volvimos a verlo. En la Cervecería Alemana nos emborrachábamos dulcemente de cerveza y alternábamos con limpiabotas que habían conocido a Hemingway, cosa que a ella le fascinaba, con banderilleros fondones y retirados, de madrugada, hasta que ella se me dormía en un hombro, bajo un cartel taurino de El Litri, y todas las culebras y serpientes de la plaza dibujaban su interrogación de música y veneno en el agosto caliente y beodo de Madrid.

## CAPITULO SEIS

### A la sombra de las muchachas rojas

*La Nueva Gaceta Renana* es periódico decimonónico y centroeuropeo donde colabora, escribe (no recuerdo ahora si llega incluso a director), don Carlos Marx, un hombre leonado que entiende de economía, de Balzac y de Wagner. También le gusta Beethoven, e incluso canta a Beethoven cuando lleva a su hija pequeña a hombros, los domingos, de excursión. Juana Gualberta era como de Algeciras o por ahí, adolescente y medio gitana, pero con un fondo de niña bien del Hondo Sur, que venía a verme a casa, cuando la Santa Transición, para colocarme todo el rollo de los nuevos, minutísimos y atomizados partidos comunistas que alegraron la segunda mitad de los setenta como petardos (en las dos acepciones de la palabra: la pirotécnica y la psicodélica). Juana Gualberta fumaba petardos de todo, le daba igual, lo mismo se lo hacía de amapolas (opiáceas), coca, has, plátano, maría y mierda que de lo que le echases.

—Los petardos es que me dan esta marcha que tengo.

Ella creía que la marcha se la daban los petardos, pero la marcha la tenía de nacimiento, por andaluza, por lista, por guapa y por cachonda. En *La Nueva Gaceta Renana* se encuentran textos muy curiosos e instructivos de don Carlos Marx. Hoy los hubiera adoptado la democracia cristiana de mi querido y entrañable Javier Rupérez. Juana Gualberta tenía un joder impaciente, nervioso, acelerado, delicioso y un poco loco:

—Venga, sácatela ya, que te la voy a mamar.

—Mujer, espera que acabe de hojear el *Mundo Obrero*.

—Hijo, cómo sois los hombres.

La Santa Transición fue una cosa revuelta, fecunda, una romería política llena de palabras y sangre, de pactos y libertad, de oro de Moscú y mierda. Era cuando el pecé organizaba aquellas verbenas grandiosas en la Casa de Campo (que don Manuel Azaña, que en paz descansa, había devuelto al pueblo de Madrid). Por la mañana nos emborrachábamos con Alberti en el Pabellón de los Hexágonos y por la tarde paseábamos con Buero Vallejo, entre pitos y flautas, discutiendo a Brecht y la cosa aquella del «distanciamiento», tan coñazo. Juana Gualberta (creo que ya he escrito de ella en algún otro libro), se me acercó un día en una de aquellas verbenas, que eran la Revolución (pero la Revolución, ay, nunca salió de la Casa de Campo), cuando yo me estaba metiendo un cocido y un paellómetro, simultáneamente, por la unidad de los pueblos del Estado español.

—Umbral, tú eres el mito erótico del partido.

—Ni soy del partido ni soy un mito erótico.

Yo la recordaba vagamente de sus visitas a mi casa, cuando se me presentaba, como tanta gente joven, con panfletos, revistas, cuestaciones, pliegos de firmas y cosas. Gualberta (empecé a llamarla Gualberta para abreviar y porque esto me recordaba a Gilberta, el gran amor infantil de Proust) vivía por la Fuente del Berro, el parque más recoleto de Madrid, una cosa entre monjil y adúltera, hoy orilla de la M-30, que no ha conseguido meter su estruendo en tan sosegado rincón.

Lo que tenía Gualberta en la Fuente del Berro era una buhardilla con mucha luz, muchas corrientes de aire y mucho marxismo/leninismo de izquierda, «que el otro es conservador y burgués», como decía ella, luego ha resultado que tenía razón. Gualberta era más judía que mora, más árabe que judía, y tenía la parla andaluza, el pelo en tirabuzones naturales y sucios, y era toda ella como un Romero de Torres politizado, manchado, urgente y violento.

—¿Me dejas que te baje los pantalones?

—Mujer, vamos al dormitorio.

Gualberta llevaba siempre muchas bufandas, sueters, botas, botines, calcetines,

guantes de lana rojos o botitas rojas de Caperucita, porque vivía a la intemperie, pero en cambio iba siempre sin bragas. En aquella buhardilla había posters de Ho Chi Minh, libros de Cortázar, toda la colección de *Mundo Obrero* y los periodiquitos dispersos y crispados que ella misma iba sacando, más una *underwood* alta, negra, hermosa y desdentada donde Gualberta iba redactando sus panfletos.

Por los ventanos de la buharda se veía un panorama de tejas y tejados, y algún vecino en camiseta que había subido a reparar la antena de la tele. Cuando Gualberta y yo nos dábamos un paseo por los tejados, ella descalza, como por un campo ameno y cuidado (el pelo se le aureolaba de polvillo azul del cielo), nos saludábamos con los vecinos como unos campesinos que se encuentran paseando por los trigales.

Santiago Carrillo le enseñaría muchas cosas a Suárez. Más cosas que Fernández Miranda y Herrero Tejedor. Carrillo sabía más por viejo que por diablo.

El dormitorio de Gualberta era sombrío, con un ventano que daba al norte y una arpillera en el ventano, que volaba mucho con el viento, como la bandera de esparto de los pobres. Allí jodíamos de una manera desconsiderada. Gualberta también era un Leonardo, como Alma, pero en remorena, con un pubis cenceño, unos pechos algo caídos para su poca edad y unos muslos largos y dibujados que eran una obra de arte. Tras unos apresurados trámites de mamada y besos «tipo lengua», como decía ella, se montaba encima de mí y me follaba sin compasión ni caridad, hasta el fondo seco y masculino de mi sexo. Con su impaciencia y su ciencia, Gualberta podía sacar de un hombre, en un cuarto de hora, todo lo que el hombre llevase dentro de virilidad y lujuria. Luego se tendía a mi lado, desnuda y sudorosa (las corrientes de la casa la secaban en seguida, y a mí me enfriaban), y se hacía un porro de materiales inesperados, llenándose los pulmones de droga, humo y mierda.

—Que ha estado muy bien, Umbral. Qué ganas tenía.

Uno, la verdad, es más demorado en el trance, pero hay que saber ajustarse a la velocidad o lentitud de las mujeres. Ya se ha contado en estas memorias que Georgia era lentísima, por ejemplo. Bueno, pues Gualberta era celérica, impaciente, voraz. Nunca me he sentido tan devorado por una mujer, tan rebañado de polla, semen, amor y deseo, todo en diez minutos. Gualberta empezaba a quejarse del hígado.

Criatura velocísima, muchacha en flor de la revolución imposible, chica roja y andaluza con clase, de noche me llevaba a pasear por la Fuente del Berro (los tejados hubieran sido peligrosos a esa hora), y desvariábamos entre senderos blancos de luna, lagos breves que la noche hacía inmensos, escalinatas en abanico de piedra y cisnes dormidos con el pico bajo un ala.

Alberti me lo decía todas las tardes:

—Este no es mi Madrid, Umbral, no me encuentro.

Era el mal del exiliado, que se había quedado sin patria, y yo recordaba los cantos que me había hecho a España cuando le visitaba en Roma. Incluso tuvo una temporada, después de venir, que pensó en volver a Roma para siempre. Santiago Carrillo, menos sentimental y más ocupacional, sabía que su última oportunidad estaba aquí, y lanzó el eurocomunismo en un salón doble de un hotel, con marquesas rojas y maricones de izquierdas, a tope de público.

Tierno Galván ascendía todos los atardeceres a los cielos, y luego volvía a bajar para cenar conmigo en Los Porches, Parque del Oeste, cuando todos le creían muerto y enterrado.

—Es que me vuelves loca, Umbral.

—Mujer, no te pongas así.

En la cama, sobre sábanas de lienzo moreno, tendidos y relajados, Gualberta divagaba sobre la Revolución pendiente/inminente. Ella era un submarino de izquierdas dentro del «conservador y burgués pecé». La verdad es que viví unos años fascinantes a la sombra de las muchachas rojas. Estaba despidiendo mi juventud, entre algaradas de

sexo y política, y no lo sabía. Gualberta tenía unas manos morenas, largas y callosas, como de árabe que trabajase la tierra.

Los callos de sus manos eran unas dulces durezas que mejoraban mucho mi orgasmo cuando ella me hacía una gayola. Gualberta, como te digo una cosa te digo otra, hacía las gayolas o gallardas con dedicación, pulcritud, amor y buen pulso, que es lo principal<sup>[1]</sup>.

—Tú eres un reaccionario, tú eres de Carrillo.

—No empecemos, Gualberta.

—Carrillo ha pactado con Suárez. Y para eso veinte años de clandestinidad.

—Cuarenta.

—Eso. Cuarenta. Los que sean.

—Colaboro en vuestro movimiento todo lo que puedo.

—Pero te dejas ver demasiado con Carrillo.

—¿Qué tiene de malo?

—El pecé no es más que un submarino para ir a otro sitio.

—Yo voy contigo adonde tú quieras, Gualberta.

—Pues entonces vamos a echar otro polvo.

Era insaciable.

Gualberta tenía una urgencia vital que sin duda era un desarreglo psíquico, pero ella no lo sabía. No sé cuánto tiempo pude seguir aquella urgencia, aquella prisa existencial, que era su mayor encanto, aparte lo enamorado que estuve de su cuerpo. En cualquier caso, sería ella quien cortase la relación.

*La Nueva Gaceta Renana* es periódico difícil de encontrar. Yo tengo algunos ejemplares, con artículos de Marx. Don Carlos Marx, cuando pasa a residir en London, England, yo creo que va huyendo un poco de los socialismos reformistas que le proliferan en torno y que él detesta, como detesta el aventurerismo revolucionario. Lasalle y todo eso, los padres del actual socialismo conservador de España y Europa. Don Carlos Marx tiene colaboraciones en Estados Unidos, pero se las escribe Engels, pues que el filósofo no quiere abandonar la redacción de *El Capital* ni por un día.

Engels escribe y Marx cobra, aparte los muchos préstamos a fondo perdido que Engels le hace a su maestro. Lo que me ponía más excitado de Gualberta era saber que en pleno invierno, con todo su ajuar de bufandas, sueters, faldumentas y cosas, no llevaba bragas, sino sólo unas sandalias y unos calcetinitos, rojos o blancos, que no le pasaban del tobillo. La disponibilidad absoluta de la mujer es lo que más mueve al hombre, contra lo que se viene diciendo (teoría de los siete velos, asiatoide y estúpida), y de aquí la fascinación de la meretriz, siempre aseQUIBLE y dispuesta. De modo que a veces follábamos en cualquier sitio, un autobús, un metro, un ascensor, un tramo de su escalera, pues nada me excitaba como subirle la larga falda de gitana hippy y encontrar en seguida el calor moreno de su sexo.

—Qué loca me pones, oye.

—Ha sido un repente, mujer.

La Santa Transición desató las pasiones. Yo viví algunas pasiones desatadas, y mayormente recuerdo la de Juana Gualberta. De noche, en un banco del parque de la Fuente del Berro, cogidas las manos, oíamos como muy lejano el fragor de la M-30, que era como la velocidad del mundo, y nos llegaba el rafagueo de sus luces, pero los cisnes, los peces y los pájaros seguían durmiendo en aquel paraíso terrenal/municipal.

—Un día me tienes que llevar al Planetario, oyes.

—Bueno, mujer, yo te llevaré al Planetario.

—Es que no salimos de este parque.

—¿Y para qué queremos más?

—También tienes razón. Yo lo que quiero es que te quedes a dormir conmigo.

—Me das muchas patadas dormida.

—Perdona. Soy muy burra.

Lo malo de dormir con una serrana toda la noche es que a lo mejor te despierta a las cinco de la mañana porque el cuerpo le pide zafarrancho (a las mujeres, el cuerpo siempre les pide zafarrancho), y ya te han jodido la noche, y a ver quién escribe una columna brillante al día siguiente, como no sea a base de whisky malo: el bueno no lo aconsejo a mis queridos colegas, ya que está tan bueno que acabas emporrándote, y así no hay un dios que escriba nada coherente. Don Johnnie Walker, *established 1820*, se sacó el *red label*, con su firma, según la fecha que consta, *Kilmarnock Scotland, by appointment to her majesty the queen scotch whisky, distillers John Walker and sons limited London, old scotch whisky, distilled, blended and bottled in Scotland, highest awards, melbourne 1881, adelaide 1887, sidney 1880, paris 1885, 1892 kimberley, 1887 brisbane, 1890 dunedin, 1891 jamaica, Johnnie Walker established 1820, bottled in Scotland, John Walker and sons Kilmarnock Scotland*, y la firma del jefe, no digo que este whisky sea bueno ni malo, más bien bueno, sino el que más se consume a nivel doméstico, y el que yo uso para trabajar (el Chivas queda para alternar, aunque ahora está de moda el Ballantine's: las hay que prefieren estos viejos whiskies y las hay tan modernas y desinformadas que prefieren un bourbon americano. Gualberta sólo bebía vino tinto).

Gualberta con sus petardos y su vino tinto, yo con mi whisky y mi rollo, vivimos la revolución a tope y nos comimos mucho los órganos sexuales, respectivamente; pero la revolución no llegó, sino un socialismo reformista, conservador, costista, ganivetiano, heredero de Prieto y Besteiro, los dos grandes cobardes del PSOE (Prieto subsistió en el exilio y a Besteiro lo asesinan los fascistas, no sin antes quitarle el reloj, como los rojos a Muñoz Seca). Juana Gualberta tenía a veces el detalle, ya doméstico y matrimonial, de subir, entre la cesta de la compra, puerros, lechugas, latas, friskies, salchichas de pollo y grasa de carro, una botella de JW para mí:

—He notado que con esto te salen mejor los artículos, y más rápido.

—Gracias, amor, estás en todo.

Y yo, con el whisky a punto, iba escribiendo mis columnas en su vieja *underwood* de El Rastro. Pero aquello iba tomando una coloración de *marriage* que me asustaba un poco, de modo que fui pensando en la idea de acabar. Un día, después de una tarde gloriosa de sus muslos largos y abiertos, de mi picha valiente y cumplidora, cuando su coño negro había iluminado mi penúltima juventud como una estrella nova, cuando sus pechos Leonardo se me habían entregado con una generosidad de madre o de puta, decidí decírselo, pero luego, por timidez, no le dije nada. Uno siempre ha sido tímido con las mujeres. Pasaron varios días sin recibir su llamada, y pasé del alivio a la impaciencia, hasta que llamé yo.

—Umbral, hijo, estoy con una hepatitis B, inmóvil en la cama. No vengas que te lo pego.

Los grandes amores siempre han terminado en una hepatitis B.

Real o fingida.

# CAPITULO SIETE

## Jovellanos

Don Gaspar Melchor de Jovellanos y Ramírez gasta una prosa ilustrada, cursiva, pedagógica y pedante. Don Gaspar Melchor de Jovellanos y Ramírez es un ilustrado de derechas que va de peluca rubia y rizada, conjunto rojo y negro y gorro napoleónico que casi nunca se pone. Donde más se le encuentra, o sea donde para frecuentemente, es en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid. Atanasia era bella, morena, menuda y secretamente cachonda, aunque siempre andaba revestida de cultura. Tenía una belleza de pájaro bello y breve, y uno, con su intuición (llamémoslo «oficio», no sé si más modestamente) para esto del ligue, le tenía echado el ojo de tiempo atrás. Jovellanos es literato, economista y político. Nace en Gijón a mediados del XVIII y muere casi a principios del XIX. Es alcalde del crimen y oidor de la Audiencia de Sevilla.

—Me gustas, me gustas más que tu sobrino, que es tonto, Umbral, pero no me voy a acostar contigo.

A uno, en esta vida, es que le ha pasado de todo, hasta tener que competir con un sobrino segundo y bastardo. En 1778, Jovellanos se traslada a Madrid como alcalde de corte, y dos años más tarde es consejero de órdenes:

—¿O sea que nunca vamos a ser novios, Atanasia?

—Tengo novio formal. A lo mejor cuando me case.

Me pareció una de sus finísimas ironías, ya que la inteligencia de Atanasia era aguda, segura y heridora. Atanasia, claro, estaba haciendo una tesis o tesina sobre Jovellanos.

—¿Y por qué Jovellanos, que era un reaccionario?

—Por eso mismo. Porque está poco estudiado. Es la versión conservadora y española de la Ilustración francesa.

Atanasia era menuda y morena, quizá ya se ha dicho, bellísima y seductora, pequeña y adorable. La naturaleza había hecho con Atanasia lo que Benvenuto Cellini hacía con una gran obra de arte: dejarla en miniatura.

Pero también hay que follarse miniaturas.

Jovellanos ingresa en las Academias de la Historia y de San Fernando, y la Española le nombra supernumerario, a pesar de su prosa cursiva, cuidada y coñazo. Jovellanos escribe numerosos discursos, dictámenes, informes, etc. Con Atanasia (que no Anastasia, no me vaya a fallar la memoria), nos veíamos una tarde sí y otra no. La tarde que no, quedaba con mi sobrino, con quien yo apenas tenía trato, que era envidiosillo de mi incipiente fama y que no tenía nada que hacer con la ninfa.

Nos citábamos en cafés como el Nacional de Atocha, ya desaparecido, tabernones de Antón Martín o directamente en el Retiro. Atanasia vivía por el barrio del Retiro y una noche entera, de verano, estuvimos sentados en un banco, frente a los Jerónimos, discurrendo sobre la belleza fina y caediza de la fachada, hasta que pasó el camión de la basura, con sus luces, su ruido y sus hombres amarillos de ciencia ficción. Era como una película dentro de otra película, lo que hoy hubiéramos llamado *zapping*.

La inteligencia de Atanasia era hermética, de buen tono, y su familia era clase media alta venida a menos, que se mantenía en aquel barrio, el mejor de Madrid, el del Prado, no sé con cuántos sacrificios.

—Lo de la basura ha sido un alucine, Umbral...

—Esto no se les ocurre en las pelis españolas. La portalada de los Jerónimos borrada por el camión de la basura.

—A los directores españoles es que no se les ocurre nada, Umbral. Si no, ya te habrían llevado al cine.

—Alguna propuesta he tenido, pero siempre me niego, porque no creo en la integración de las artes, aquel invento wagneriano y operístico. Un libro es un libro y ya está.

Atanasia iba de pelo recogido, negrísimo, como un punto más allá de todos los matices

del negro. Atanasia iba de camisa abierta y suéter de estudiante, vaqueros o un pantalón rojo que tenía, ceñido a su culito pequeño, alto y ágil. Don Melchor Gaspar de Jovellanos escribe un informe sobre la Ley Agraria, que es la obra más importante que se le ocurriera (sin ser para nada una revolución agraria), y el Reglamento del Colegio Imperial de Calatrava, que nos parece lo más ocioso, impensado e inútil que se haya escrito nunca sobre nada, aunque hay quien lo considera el plan de enseñanza más completo de Europa, para aquel tiempo. Cada uno es cada uno. Don Melchor Gaspar de Jovellanos y Ramírez lameronea un poco con Godoy, hasta que Godoy le nombra secretario o ministro de Gracia y Justicia, título que conserva ese ministerio hasta la Guerra Civil del 36. Es lo que iba buscando Godoy: un ilustrado de derechas. Godoy sabía lo suyo, que un valido nunca se mantiene sólo por la picha o el culo. Todo esto lo voy tomando de un cuaderno de apuntes de Atanasia, que le robé un día y que hoy tiene para mí el perfume y la gracia de un diario amoroso. Hasta Jovellanos puede volverse lírico cuando uno quiere de verdad, y yo a esta niña la quise.

—Tengo novio formal para casarme. Se llama Jesús Gil, tú le conoces. Estoy enamorada y nos entendemos muy bien. No tienes nada que hacer, Umbral.

—O sea que si no fuese por el novio...

—No insistas, que soy fiel a Jesús porque me sale del coño, y no por prejuicios burgueses.

—Tú eres una niña del barrio del Prado. Los prejuicios burgueses han hecho su rehén de ti aunque no te des cuenta. Como eres lista y tienes cultura, los transformas en otra cosa.

—Es tarde. Tengo que irme.

Y me dejaba en la espantosa soledad de los cafés, el invierno y la media tarde.

Lo de Atanasia, sea como fuere, iba para largo. Pero hay inversiones de tiempo que valen la pena, por si un día resulta, y lo que hace falta es distinguir el tiempo fecundo del tiempo perdido. En algunas mujeres, en el cuerpo de algunas mujeres, el tiempo va haciendo su labor como dulcísimo arado, como punzón de oro, como nocturna siembra que acabará por entornar y florecer.

Más tarde, como Godoy es un patán, destierra a Jovellanos a Gijón. En 1801 se le detiene y traslada a Palma de Mallorca. En el Romanticismo, por unas razones o por otras, todo el mundo acaba en Palma de Mallorca y, concretamente en Valldemosa, o sea la cartuja, donde estuvo preso Jovellanos, así como en el castillo de Bellver, como reo de algún delito de Estado.

—Godoy es que era un garañón, Atanasia.

—Como tú.

—Y tú qué sabes.

—Ni quiero saberlo. Pero eso se nota.

—¿Se huele?

—Puede que sí. Las mujeres lo olemos.

Atanasia fumaba como un chico, con sus manos breves y bellas, nada ojivales, con su boca de un erotismo hermético, fino e irónico.

A los románticos, ya digo, todo les pasa en Valldemosa o por ahí. Chopin y George Sand, Jovellanos, que era un romántico reprimido, Rubén Darío, que es el último romántico. Y en este plan. Incluso el romántico Stendhal se inventa otra cartuja, la de Parma, para hacer una novela. Los románticos es que eran cartujanos, como algunas yeguas.

—Lo nuestro es muy fuerte, amor. No puede terminar así.

—Cualquiera sabe cómo terminan las cosas, Umbral.

Pero yo la adivinaba follatriz, encaprichada, incluso un poco desconcertada por aquel garañón/godoy que se había cruzado en los dos raíles de su camino recto: la tesina y el matrimonio. Y, sobre todo, que mi remoto sobrino me había ayudado mucho, sin

saberlo, ya que Atanasia no dejaba de establecer comparaciones.

—En tu familia, la raza va degenerando, Umbral.

—Pues deja en paz al sobrino y decídetelo por el tío.

—Veremos.

Lo que más perfuma mi recuerdo de aquel amor es la estación de Atocha, rubeniana, modernista, la estación más bella de Madrid (alcaldillo ha habido que ha pretendido cargársela, ya con el escalextric de Arias Navarro la tacharon del paisaje, como con una gigantesca equis de cemento: menos mal que vino Tierno y quitó la equis).

Fernando VII, en 1808, perdona a Jovellanos su sedicente delito. El rey José, Pepe Botella para la afición, y Murat, intentaban en vano atraerlo a su causa. Jovellanos no se entera, como la mayoría de los españoles, de que Napoleón era Europa, y aquí nos cerramos y encerramos con nuestro casticismo, como luego en el 98. Jovellanos representa a Asturias en la Junta Central y, constituida la Regencia, que la sustituyó, se traslada de Cádiz a Gijón. Todo por la independencia de España, 1811. En su patria chica se le recibe triunfalmente y poco después muere. Atanasia tenía un joder ardiente, de morena reconcentrada, un cuerpo menudo y abarcable, perfecto, una sexualidad inteligente, un coño infantil y una gran movilidad en la cama, daba gusto con ella.

—¿Y tú cómo sabes tantas cosas sobre ese señor, Atanasia?

—Porque estoy haciendo la tesina sobre él.

—¿Y por qué sobre él?

—Eso me parece que ya lo hemos hablado.

Jovellanos tenía una escritura didáctica, caligráfica, ilustrada y moderada, con mucho ringorrango de mayúsculas. Atanasia tenía un fornifollar intenso, dramático (ah, el dramatismo de las morenas), valiente y entregado.

Jovellanos, más que una puerta que se abre, es una puerta que se cierra. Que el pueblo no entienda la revolución, la libertad y la Europa que trae Napoleón es una cosa que se comprende. Que no lo entienda Jovellanos es algo que sólo se explica por una razón: porque él es profundamente católico y la revolución es laica.

El catolicismo, una vez más, frena la expansión europea de España.

—¿No lo ves tú así, Atanasia?

—Es el punto central de mi tesina.

Después de follar, Atanasia se pegaba unas duchas Irías, en pleno invierno, que le dejaban a uno tieso sólo de verlo. Tenía el cuerpo perfecto (los pornos de los veinte hubieran dicho una tanagra), era absoluta en su menudencia y yo miraba aquel pubis negro renegro, donde el agua brillaba como en una tormenta nocturna del bosque.

Don Melchor Gaspar de Jovellanos y Ramírez, más que la Ilustración española, es la contrailustración. Pero tenía muy buena letra, no sé si esto se ha dicho ya, a cada uno lo suyo. La profunda ironía que era el alma misma de Atanasia le había llevado a escribir sobre aquel señor, más que las razones de economía académica que ella me explicaba. El cuaderno que le robé un día en el Nacional, mientras iba a comprar tabaco, quedó enterrado entre otros cuadernos, en el archivo caótico de mi vida, y una mañana, mientras yo le daba a la máquina, como ahora mismo, sonó su voz al teléfono. Era siempre una voz de discreción y sugerencia.

—Umbral.

—Qué.

—¿Sabes quién soy?

—Sí.

—¿Sabes que me he casado?

—Lo único que no leo de la prensa son los ecos de sociedad.

—¿Y sabes con quién?

—Con Jesús Gil.

—Claro. Pero es que nos hemos separado por una temporada.  
—Uno se separa hasta la muerte, como se casa hasta la muerte.  
—No sé. De momento estoy libre.  
Tenía la virtud de decirlo todo sin salirse de su laconismo.  
—Entonces nos vemos esta tarde.  
—Si tú puedes...  
—En el Nacional, como siempre.  
—Como antaño.  
—Eso.

Estaba igual. El matrimonio había pasado por ella sin romperla ni mancharla. Seguía siendo una estudiante bella y morena que hacía una tesis sobre Jovellanos. El Nacional amenazaba ruina, tanto el café como el hotel (donde tuve otros amores que se contarán en este libro), como el edificio todo, éstas, Fabio, ay dolor, que ves ahora. El Nacional era un café de tratantes manchegos, poetas de provincias y gente de paso. Un café triangular, agrandado por los espejos y con los cruasanes secos.

—¿Has terminado ya con ese coñazo de Jovellanos?  
—Sí, y me han dado nota.

Como no conozco bien el mundo universitario, no le pregunté si eso de la nota era importante o no. La única manera de pasar por culto es no preguntar cuando se ignora algo. Nuestro amor fue un amor de motel y carretera. Después de la separación, ella se había quedado en el piso (Paseo de la Castellana), pero no quería profanarlo, de momento, con nuevos amores, quizá por si él volvía, supongo. Las mujeres es que le dan como mucha importancia a eso de los pisos, los convierten en santuarios.

De modo que yo iba a buscarla al piso, pero luego, después de un café, partíamos en su Volkswagen rojo en cualquier dirección, por cualquier carretera, a la busca de un motel propicio, que ya empezaba a haberlos. Una noche, después de tres polvos gloriosos, rabiosos, furiosos, me decía, de vuelta a Madrid, al volante de su coche (se ponía gafas para conducir, unas gafas/Lennon):

—No sé por qué estoy perdiendo mi vida en estudiar y enseñar. A mí lo único que me interesa de verdad es follar. Follar, follar y follar.

La confesión era insólita en ella, mujer de gran introversión, de modo que me quedé callado, dentro de mi bufanda, a ver si seguía. Pero no siguió. Ya lo había dicho todo. Consideré, mientras volvíamos a Madrid por carreteras desconocidas y oscuras, que aún estaba bajo los efectos del orgasmo, que se prolonga en una mujer indefinidamente. Quizá, al día siguiente vería las cosas de otra forma. Un día le robé una carta del marido: «Lo único que quiero es gozarte.» Volvería con él, sin duda, para alivio mío.

Es curioso cómo una mujer que se ha negado toda la vida, en función de su virginidad o de lo que sea, se desmadra después del matrimonio. Cuando descubre que el matrimonio es una trampa y un aburrimiento. Siempre he sostenido que es mucho más fácil una casada que una soltera. Atanasia, pese a su inteligencia, tenía mitificado el matrimonio, como todas las españolas, y luego descubrió (creo que era virgen) que eso de follar no tiene ningún misterio y que la convivencia es un rollo. Mi primo aleatorio había sido destinado por entonces, como profesor de matemáticas de conjuntos, a una universidad laboral.

Esto que digo del matrimonio (este libro quisiera tener algo de sociología amena del sexo) les pasa a muchas, listas o tontas. Una vez roto el precinto, ya no hay quien las pare. De modo que Atanasia y yo anduvimos, en su Volkswagen rojo y viejo, por todos los hoteles y puticlubs de la provincia, y, como era menuda y ágil, yo disponía de su cuerpo en todas las posturas, y lo mismo follábamos de pie que contra un radiador o una consola. Y luego sus maravillosas duchas frías, negro de las axilas y del coño sobre el moreno natural y obstinado de su piel. Mi picha, que es normal, se hacía

inmensa dentro de aquella mínima vagina. Godoy nombra a Jovellanos secretario de Gracia y Justicia en 1797, nombre ministerial que perdura hasta la Guerra Civil del 36 y que incluso da título a una revista satírica. Don Pascual Melchor de Jovellanos, etc.

# CAPITULO OCHO

## Amsterdam

Después de haber recorrido las grandes e higiénicas salas del Museo de Arte Moderno de Amsterdam, o Museo Municipal o como rayos se llame eso, después de haber comprobado que tras la tormenta Van Gogh ha venido una calma de rayas a cordel, una calma geométrica, decorativa, aburrida, busco el bar para reponerme un poco de la larga y erudita aventura a través de las vanguardias del siglo, que ya son museo y por tanto ya no son vanguardia. El bar me es fácil localizarlo por el verbeneo de máquinas tragaperras, máquinas de discos y camareros a gritos que me llega en determinada dirección. Este bar tiene una puerta estrecha, una luz baja, como de un rojo caído, y mucho humo. Hojeo el catálogo, los catálogos que he ido recogiendo, a la espera de que me sirvan, pero nadie me sirve. Miro en torno, me fijo un poco y descubro que todos están muertos. Muertos de pie, muertos sonrientes, muertos que fuman, muertos que beben, muertos y muertas, muertos y quietos. Este bar, compruebo en seguida en el catálogo, es una obra pop de un joven artista holandés. Ah.

—Todos los turistas contáis lo mismo, amor.

—Como todas las turistas en España contáis lo de las castañuelas, y esto a mí me parece que tiene más mérito que las castañuelas.

—Pues yo las tocaba ya muy bien, ¿te acuerdas?

—No me acuerdo. No soy un español de castañuela. En realidad los españoles odiamos la castañuela. Es una falsa industria para vender a la holandesa boba como tú.

Y la besé en su gran boca, en su larga y profunda boca, con labios siempre frescos y dientes como de un pescado hermoso, femenino y sonriente. Kitty K. y yo nos habíamos conocido en España, en la Menéndez, en un verano nublado y joven. Kitty K. era una belleza destañada y apasionante, toda ella de un rubio lavado, de unos colores rebajados, delicadísimos, yo creo que nórdicos. Kitty K. era como una europea de diseño, puro perfil, perfil de ave bellísima, de consagrado pájaro, y tenía la piel como finamente curtida por su duro país, un curtido adorable y rubio que sólo cedía un poco, pálidamente, en sus estilizadas nalgas, en el rosa inédito y tenue de su coño. Así que, en mi primer viaje a Amsterdam, busqué su apellido en la guía y, naturalmente, no lo encontré. Esperaba encontrarlo muy repetido, ya que era un apellido judío no demasiado original, aunque largo, el problema va a ser dar con ella y no con otra, me dije, pero no, no había nadie que se llamase así en la prometedora y traicionera guía de Amsterdam.

«Se habrá casado y vendrá a nombre del marido.»

Hasta que se me ocurrió lo obvio, que es lo que más tarda en ocurrírsele siempre a uno: Kitty K., aparte de estudiante de verano, había sido modelo una temporada en Madrid, dada la esquelatura fina y fuerte de su cuerpo. De modo que busqué por ahí y fue más fácil. Amsterdam tiene mucho de todo, Amsterdam tiene flores, viejos hippies parados en el tiempo, barcazas con droga, otras barcazas donde florece el pecado o el sueño, paraísos artificiales navegables hasta el mar, puentes y bicicletas, muchas bicicletas, en enjambres cansados, caídas unas sobre otras en cualquier parte, como muertas, como en un *western* de bicicletas, y bicicletas vivas, que corrían solas llevando muchachas de audaces y belicosos muslos desnudos de acá para allá, llevando ancianas de optimista y lento pedalear, o ejecutivos que en París o Madrid sólo se desplazarían en Rolls. Amsterdam tiene de todo, tiene muchos colores y muchas putas, pero tiene poca industria de la moda, poca modistería, o sea que di en seguida con la niña:

—¿Y de qué trabajas tú aquí?

—Soy modelo de sostenes.

—¿Y qué hace una modelo de sostenes sin tetas?

—¿Es que yo no tengo tetas?

—Cuando fuiste a España, no las llevaste.

—Mira.

Estábamos en una cafetería enfrente de la casa de modas. Se abrió la camisa y efectivamente seguía sin tener tetas, sino unos grandes, pálidos, familiares pezones malva, que yo había amado mucho en España.

—Una mujer con pechos no sirve para modelo de sostenes —me dijo mientras se abrochaba de nuevo la blusa. Aquella cafetería era de verdad y allí las chicas se abrían el pecho.

—Ah —dije, nada iniciado en los secretos de la alta costura y la lencería fina.

—Pero es lógico, amor —insistía, con un sentido común que empezaba a resultarme erasmista, mientras desayunaba su menú de modelo, que era sopa. En España también pedía siempre sopa, tomaba sopa a media tarde o a media noche. Y lo explicaba como lo de las tetas, con la misma lógica que gobierna Europa desde que subes un poco más arriba de París:

—La sopa es un alimento, ¿no? Y a mí me gusta.

—Creí que te gustaba la sopa de ajo española —dije, un poco decepcionado en mi orgullo patrio.

—Me gusta la sopa y basta.

Me había recibido con mucho amor y mucha sorpresa, le parecía mágico que yo la hubiera encontrado en Amsterdam sin tener su teléfono. Por cosas así me había admirado ella siempre. Por pijadas. Mis libros, claro, no los había leído, aunque en la Menéndez le dediqué alguno, después de haber hecho el amor toda la noche en la playa extensa y fría, junto a un mar negro, rizado de luna, por donde cruzaba, lejana, alguna vela de pescador, amarilla a la luz de no sé qué astro. Siempre he estado seguro de que otros astros, y no las consabidas estrellas (nubladas en Santander), iluminan algunas noches una flor que se abre, un pescador que se ahoga, el cuerpo desnudo de una mujer que fornicaba con delicadeza, sumisión y entrega casi gimnástica. Porque Kitty K. se entregaba al sexo como otras al tenis o la natación: de una manera enérgica, pero ordenada, como cumpliendo un regla-1 mentó. Y el reglamento funcionaba y nuestras cópulas eran satisfactorias e higiénicas, un poco como de manual. Yo hubiera preferido un algo más de ludibrio y promiscuidad, pero a lo mejor eso iba contra el derecho internacional. En cualquier caso, el cuerpo de Kitty K., iluminado, ya digo, por un astro desconocido, brillaba en los puntos más agudos de hueso, como el hombro o la cadera, hacía más rubio el vello de sus muslos y sus antebrazos, más encendida en blanco su sonrisa, más secretamente fucsia su sexo, que por la noche cambiaba de color, como el de toda mujer hermosa.

—¿Y por qué no tienes teléfono, Kitty?

—Para qué.

No era ni siquiera una pregunta. Era una negativa a mi pregunta. Kitty K. era lacónica y cariñosa. Amsterdam es la plaza del Dam, con drogas tirados a la puerta de la comisaría (los guardias tienen que pedirles permiso para pasar), la geometría apasionada de los museos, la hoguera de Van Gogh ardiendo siempre en un punto remoto de la ciudad, como el fuego de una fábrica (alto homo de la pintura), las casas pintadas de verde, amarillo, rosa, crema, rojo, café, etc., y las gaviotas, las gaviotas, grises y grandes, ciudadanas, en una complicación de ciudad y puerto que era Amsterdam mismo.

Kitty K. se había casado y separado varias veces. En su pequeño y pulcro apartamento había ese miniaturismo que se va acentuando a medida que subes Europa arriba, y que llega a su delirio minutísimo en los iconos rusos. Europa es una progresión hacia lo muy grande (la catedral de Colonia) o lo muy pequeño, según. Hicimos el amor como en España, sólo que mejor. Se la notaba más arropada por su país, por su ciudad, más

segura, un poco como maternal con el viajero, y su cuerpo se me hizo más hospitalario en Holanda, sobre sábanas que no sé si son las que llaman de *holanda*, ni lo pregunté. Para escenificar lo que de su familia me había contado en España, se puso, desnuda, hermosas pamelas negras, o se vistió de Lou Andreas Salomé (de quien seguramente no sabía nada), o puso un disco cantado como por una puta de puerto, y lo bailó muy mal, desnuda otra vez, sólo con unas medias y un liguero y unos zapatos altos y anchos, como sus pies, y una luz muy hogareña iluminaba su cabeza de prodigioso halcón femenino, la simetría de sus pezones, ahora más oscuros, o de sus glúteos, ahora más cálidos.

Quizá estaba haciendo para mí una mala parodia del Angel Azul, pero ni siquiera me enteré, y ya digo que yo preguntar no pregunto. Kitty K. pidió unos días de vacaciones para sus inexistentes tetas, en la casa de modas, y pasábamos los días paseando por la ciudad, quizá la más bella de Europa (y a la que tanto he vuelto, ya sin llamar a Kitty, ay), hasta ese límite de Amsterdam que es el puerto y el mar, un puerto de empedrado y un mar alto, de un verde/dragón, donde se vive la consciencia y la emoción de estar en el borde, en el límite norte de Europa.

Yo había ido a Amsterdam con el pintor catalán Cuixart y su mujer, a inaugurar una exposición del amigo. Con nosotros, un grupo de periodistas. Pero los cuadros estaban detenidos siempre en alguna aduana, según me comunicaba puntualmente el Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, llamándome a las siete de la mañana (cuando dormía en el hotel), aunque yo les explicaba que eso a mí me daba igual, aun apreciando mucho el arte de Cuixart, pero que era cosa de éste o de su marchante, que también estaba con nosotros.

Mi estancia en Amsterdam, pues, se iba demorando, y cuando me quedé a vivir y dormir en el apartamento de Kitty K., imagino que el melancólico funcionario madrileño debió llorar sobre el secante de su carpeta la ausencia del famoso señor Umbral.

—Que te lo haces mejor que en España, Kitty.

—No sé de qué hablas.

—Estamos jodiendo, coño. Pues hablo de joder.

—En España lo decíais con una palabra muy graciosa. ¿Cómo era?

—En España lo decimos de muchas maneras. ¿Follar?

—Eso, follar. Me encanta follar.

(No sé si se refería al infinitivo o al acto mismo.)

Y se incorporó en la cama palmoteando como una niña que ha aprendido algo nuevo y maravilloso. Lo que sí es cierto es que se le hacía muy difícil la dura jota española. Prefería «follar». De modo que seguimos follando y luego se vino conmigo al baño a cumplir un rito que ella misma había iniciado en España:

—¿Me dejas que te lave la polla? Como en España.

—Eso, como en España. Me parece que lo estamos haciendo todo como en España. Estamos viviendo el pasado, Kitty K. (me gustaba llamarla Kitty K.).

Yo de pie ante el lavabo, ella cogió mi cosa entre sus manos fuertes de mujer que le ha arrancado tierra al mar, calculó la temperatura templada del agua y me descapullaba lentamente, lavando mi miembro con una meticulosidad que no sé si era higiene o lujuria. De vez en cuando se metía el capullo en la boca y me hacía una mamada llena de naturalidad y puede que hasta de indiferencia. Y volvía a lavar. Yo creo que a sus ojos de halcón nórdico les fascinaban los órganos masculinos, y hasta el último momento parecía como dispuesta a volver con la boca sobre ellos. La primera vez que estuve con una mujer, una puta, en la adolescencia, también me lavó la polla, como a un niño, maternal, lo cual recuerdo que me avergonzó mucho. Pero lo de Kitty K. era otra cosa. En cambio ella no se lavaba la vagina, sin duda porque le gustaba mantener el semen muy dentro de sí, largamente, como una estrella o una flor alojada en sus entrañas.

Amsterdam es una ciudad donde siempre coges los tranvías en dirección contraria. Esto a Kitty K. le daba mucha risa, cuando se lo contaba, pero a mí me era igual, pues de lo que trata uno es de ver una ciudad, y es lo mismo empezar por una punta que por otra. Mi turismo ha sido siempre un poco anárquico, o sea que no ha sido turismo. Amsterdam es una ciudad que los holandeses reprodujeron minuciosamente casa por casa, después de la guerra, e incluso los colores de las casas, que ya he enumerado, son los mismos de antes. Amsterdam es una abierta y desgonzada ciudad, una barcaza que pasa lenta bajo los puentes, cargada de colores opiáceos y de flores, y donde vive una familia fluvial como en el Arca de Noé. Amsterdam es ese Nacimiento, esa construcción de paciencia infantil que los holandeses levantaron, reja a reja, cristal a cristal, después de la guerra. Amsterdam huele a puerto, marihuana, dinero y mantequilla. El sexo de Kitty K. huele (olía) a tulipán aún no abierto, a jabón de olor, a mujer sola y espermicida perfumado.

Una tarde me llevó a pasear por el barrio de las putas, que estaba a la orilla del río. Las putas, a las puertas de sus casas, como en Andalucía, esperaban la noche, el trabajo. Se me ocurrió hacerle una foto a una puta gorda, que corrió gritando cosas, hacia el puente, para pasar a la otra orilla, donde estábamos nosotros, sin duda para arrancarme la cámara y comerme los ojos. Cogimos un tranvía que pasaba y veíamos por las ventanillas cómo una legión de putas nos amenazaba con los puños y los gestos. No parecían holandesas. Parecían putas zaragozanas.

—Ha sido divertido, ¿no?

—Oh, sí.

Pero Kitty K. se iba poniendo seria.

Sentados al fin en una cafetería, Kitty K. pidió sopa a deshora, lo cual sabía yo desde España que era una manera de afirmar sus derechos (todo el mundo estaba merendando té con tostadas).

—Hemos hecho mal, Paco. Esa mujer tiene sus derechos, está haciendo su trabajo, hay que respetarla, a mí no me gustaría que me hicieran una foto por sorpresa.

Aunque sabía que todo era inútil, perdí un rato de charla latina en explicarle que aquello era inocente, divertido, pintoresco, y de hecho saqué el carrete y se lo puse al lado de la sopa, que Kitty K. ya estaba terminando. Nos levantamos y nos fuimos en silencio. Allí quedaba el carrete. En la puerta nos llamó una camarera. «Que se dejan esto.» Era el carrete, claro. Kitty K. dudó un momento y luego lo cogió, guardándolo en su bolso. Había decidido recuperar un valioso fragmento de su reconstruida Amsterdam. «Así se hace una ciudad», pensé.

Los cuadros, al fin, habían llegado. El grupo, mi grupo, pasaba el día emborrachándose y charlando en el hotel. Llevé a Kitty K. a la inauguración. Iba ceñida y elegante. Todos la encontraron maravillosa y ella encontró maravillosos a mis amigos. La inauguración le pareció deslumbrante, así como la fiesta posterior. Se estaba reencontrando de golpe con toda su amada España, y yo me sentía sólo una astilla de España. Me contó de pronto que había tenido abortos y cosas, no sé por qué. Supongo que le venía la tristeza por mi inminente marcha.

—Mañana vuelvo al trabajo —me dijo.

Se me ocurrió el sitio perfecto para nuestra despedida. El bar/pop, automático, falso, muerto y bullicioso del museo. Allí, entre aquellos jueguistas electrónicos, hicimos la parodia de beber y fumar, y el ruido de la falsa fiesta cubría su tristeza y mi silencio.

—Mañana vuelvo al trabajo —dijo.

—A vender sostenes sin tener tetas.

# CAPITULO NUEVE

## Madrid 650

El Baile Bolera Club Stella estaba en la calle Arlabán, por detrás de Alcalá, frente a la oficina de las quinielas, y supongo que algo tenía que ver la empresa con la piscina Stella, adonde también iba yo mucho en verano, aquellos veranos de los sesenta, con los primeros biquinis, la rica molienda, los incendios forestales, que siguen (aunque hoy se han perfeccionado y ampliado mucho, todo mejora), la pachanga y mucho Paseo del Prado chachá, Madrid florido chachachá. Éramos franquistas, jóvenes, pobres y ruinmente felices. María del Té tenía así como unos diecinueve años, había empezado Letras en la Universidad y sólo follaba con vino tinto.

—Si antes no le doy un poco al alpiste o la priva, yo es que no sé follar así en seco.

—Pues dale, mujer, dale.

Y nos poníamos ciegos de tinto malo y patatas bravas, por ahí por los mesones de Echegaray, que tampoco quedan tan lejos del sitio que venía diciendo, o sea el Baile Bolera Club Stella, que era nuestro objetivo final. Porque María del Té también le daba a todo. Como ya se ha dicho, éramos franquistas jóvenes, pobres y ruinmente felices, de modo que los polvos los echábamos en el Parque del Oeste, en el Retiro, en las orillas del Manzanares, en la noria gigante de las verbenas y en los pueblos de la sierra, que algunos domingos cogíamos un tren de cercanías, entre familiones y soldados, y nos íbamos a Cercedilla o a Chavela de la Sierra, o a El Escorial:

—No, a El Escorial no, que está mi familia veraneando, loco.

La familia de María del Té era de veranear en El Escorial, tomar el té en Embassy, en invierno, y pasear por Serrano los domingos por la mañana, a la salida de misa. O sea lo que se dice una familia bien de las que ganaron la guerra o Glorioso Alzamiento Nacional, que los curas en el púlpito, y precisamente en misa de doce, los domingos, seguían llamando Cruzada, los curas es que han cambiado mucho, como todo, a ver, y han ido a más, como los incendios forestales, que la Iglesia no es sino una piromancia a lo divino, y cómo les gustaba socarrar herejillos cuando España era suya, hasta que don Manuel Azaña dijo aquello de que «España ha dejado de ser católica». O sea.

María del Té era alta, adolescente (ya se ha dicho), morena, con la melenita corta, el perfil de chico, los pechos grandes, las manos grandes, la estatura hermosa y los muslos atléticos y dispuestos, aunque ella no era de hacer atletismo, puach, la Sección Femenina, Lula de Lara y todas esas tortilleras, calla, calla, que en cuanto te descuidas te están tocando las tetas, «para medirte el perímetro», dicen ellas, como si nos estuvieran tallando para ir a quintas.

Hacer el amor en el Parque del Oeste, de madrugada, cuando los guardas jurados duermen bajo un gran sauce, después de haberse hecho una gayola de pueblo, quedaba casi hasta fino. Era como follar en el propio jardín, si es que tuviéramos jardín, por gusto de no hacerlo en la alcoba.

María del Té era muy activa en esto del amor. Le gustaba ponerse encima, jugar con la picha de los hombres, poseerle a uno con sus manos de hombre, su boca de niña de tabaco y coca-cola, sus muslos olímpicos y su vulva jovencísima y poderosa, crispada e impaciente, con su coño estrecho e invasivo, inquieto y autónomo. Con María del Té más valía relajarse y disfrutar. Era una violadora de hombres que había nacido en una familia bien, como nace un pato entre la familia real de los cisnes.

Nos habíamos conocido en Teide, el café/sotanillo de Recoletos (entonces se decía Calvo Sotelo), esquina a Bárbara de Braganza, adonde iban los escritores sobrantes del Gijón, Federico Carlos Sainz de Robles, Pepote Altabella, Tomás Borrás, Jesús Juan Garcés, González-Ruano y su tertulia, y por supuesto yo mismo. Pero esto que digo era por las mañanas. Las tardes eran más tranquilas e iban chicas a estudiar en grupo, mejor en parejas, que se estudia más, fumando mucho y con una mirinda para las dos, muy seriecitas. Ruano les hizo un artículo definiéndolas como «muchachas

herméticas», y una de esas muchachas herméticas era María del Té.

María del Té leía mucho los griegos y los latinos, o sea que sí era una muchacha hermética, pero luego se desmadraba y aquella primera tarde, un suponer, me llevó al Baile Bolera Club Stella, en Arlabán, detrás de Alcalá, mismo enfrente de la oficina de las quinielas. Yo creía que íbamos a trabajarnos el taller en aquel baile populoso, apretado y juvenil, todo de dependientes y cajeras de Galerías Preciados, pero resulta que íbamos a jugar a los bolos.

—¿Y a ti por qué te pusieron María del Té?

—Es un apodo familiar, claro. Los jueves, cuando sale la criada, me quedo yo en casa para servir el té a las visitas de mi madre, que son unas cotorronas de mierda, y la vieja está todo el tiempo «María, el té, María, el té», se ponen cegueronas de té, las tías.

Por el barrio de Salamanca pasan muchos tranvías. Por el barrio de Salamanca viven ilustres familias, abogados y notarios que hicieron de fiscales de Franco, en la inmediata posguerra, le estoy hablando a usted de los años cuarenta, cuarenta y uno y subsiguientes, caballero, trabajando en la cosa de la represión con gran responsabilidad y eficacia, también con alguna crueldad, pero la Justicia a veces ha de ser cruel, qué le vamos a hacer. Por el barrio de Salamanca estaba la cárcel de Porlier, luego Hermanos Miralles, los valientes y románticos falangistas que defendieron las llanadas de Burgos (murieron los cuatro asesinados por la horda), y en la cárcel de Porlier estuvo Zugazagoitia, que salió de allí para el fusilamiento, y estuvo el poeta José Hierro, que salió de allí de milagro y vivo.

—¿Y papá trabajaba en eso de la Justicia, María?

—Yo creo que un poco. Digamos que colaboraba.

Unas cosas traen otras. Unas cosas explican otras. María del Té había salido platónica (platónica de leer a Platón, no del tópico), fumadora, folladora, bebedora, malvada y alegre, y la hermosa boca de niña le sabía siempre a regaliz, aunque nunca tomaba regaliz. A lo mejor era todavía el regaliz de la infancia. Un día le dejé un libro, *El concepto de la angustia*, de Kierkegaard, que había comprado yo en una papelería, debajo de mi pensión, adonde iba a comprar sobres y papel, Colección Austral, unas dieciséis pesetas con cincuenta céntimos, el libro me había fascinado por la ideación y la escritura, aunque el chepudito danés se pone un poco pesado con eso de Dios:

—Toma, María, déjate ya de tanto Platón y lee a los modernos, que tampoco están mal.

—Bueno, lo leeré a trozos, en el metro.

María del Té viajaba mucho en metro, «lo prefiero al tranvía, se lee mejor, más tranquila, aunque siempre me paso de estación». Hacer el amor en la Casa de Campo era jugarse la vida, porque aquello estaba muy vigilado y el guarda te podía matar de un tiro como salía de noche a matar conejos. Cuando entonces, o sea con Franco, esto de follar estaba como más épico, emocionante y difícil, y cada polvo era una batalla ganada al enemigo común. Me lo dijo ella un día:

—Lo que hacemos es joder contra Franco.

—¿Y qué tal en tu casa, María?

—Estás loco, hijo, somos familia numerosa con diploma.

—Pues en mi pensión tampoco tragan, aunque luego viven varios maricones y nadie les dice nada.

A los bolos jugaba yo con los poetas Manuel Alcántara y Luis López Anglada, maestros y amigos, por ahí por las boleras de la glorieta de Bilbao y de Fuencarral, que entonces había muchas. Alcántara me inició en la coca-cola con whisky o ginebra, según. También me inició en algunos poetas y prosistas, pero eso ya lo sabe él. A los bolos yo no jugaba mal, tenía días, como todo el mundo, supongo. En la bolera de Arlabán jugaban muchas chicas, entre ellas María del Té, que como era fuerte y tenía cabeza (pese a no valorar la eficiente formación física de la Sección Femenina y los Coros y Danzas), pues solía acertarlas todas.

—Que lo hace usted muy bien, señorita.

—Que les vayan dando a usted y a su santa madre, caballero.

Me gustaba verla con su melena corta, el cigarrillo en la boca, muy concentrada en el juego, con su falda larga y sus grandes pechos (se veía que se le iban a caer en seguida), sueltos y beligerantes. Un espectáculo para los mirones. Me ganaba siempre, claro.

—Si es que eres un mierda y estás muy delgado, pero me gustas así, oyes. Hale, vamos a echarnos un baile ahí arriba.

El baile estaba arriba y era con discos. Bailábamos la rica molienda, sabor a ti, twist y otras cosas yeyés, lo yeyé para mover el esqueleto y los boleros para trabajar el taller, ya digo, lento, muy lento, olía a desinfectante y a sobaco, moliendo café, moliendo café. María, a veces, tenía orgasmos moliendo café. Olía sobre todo a juventud, que es un olor selvático, triunfal e irrepetible.

Madrid es una ciudad situada a 650 metros sobre el nivel del mar, según Montero Alonso, Montero Padilla y otros queridos cronistas. Esta altura parece que es buena para el corazón, para los pulmones y hasta para los nervios. Hay quien dice que el madrileño es vivaz, locuaz y mendaz porque vive en el clima y la altura justos. Arlabán es una calle que va de Sevilla a Cedaceros. Fue primitivamente callejón de gitanos. El nombre de la calle alude a la batalla que se dio en el monte vasco de Arlabán en 1835, entre cristinos y carlistas (cristinos de doña Cristina, no «cristianos», aunque también, *please*). Arlabán ha sido calle de colmaos, tertulias de pie, que son las que más le gustan al madrileño, y cómicos alegres y ruidosos (aquí está la puerta trasera del Alcázar). También tuvo restaurantes y cafés famosos, librerías y otras industrias. Toda la populosidad de ese tramo de Alcalá, tan frecuentado por el 98. Todo aquello tuvo un aire muy 98 que hoy se va trocando sutilmente en un ominoso y museal clima Wall Street, con bancos que son como los Museos del Dinero.

Estas erudiciones y otras le explicaba yo a María del Té cuando, cansados del baile y de los bolos, nos sentábamos en un rincón a beber una mirinda para los dos, que era escasez y era amor, afán de compartir cosas. Echar un polvo nocturno en el Retiro estaba como más difícil, porque entonces cerraban la verja a las siete, siete y media en verano, y los guardas nos iban empujando con gestos a las parejas, como si fuéramos ganado.

—Tú es que no conoces Madrid, Umbral. El sitio es el Jardín Botánico.

—Qué ideaza, oyes.

Y en seguida me mordieron los celos de pensar a cuántos compañeros de asignatura se habría beneficiado María del Té en el Jardín Botánico. Pero los celos se quitan jodiendo, de modo que nos fuimos al Botánico, pagamos la entrada, que era muy modesta, y paseamos al atardecer por ese jardín culto, melancólico, ilustrado y hasta un poco babilónico. Lo que más nos gustaba del Botánico eran los olmos campestres, el olmo de Siberia, el pinsapo japonés y el ciprés calvo. La verdad es que don Carlos III hizo mucho por la botánica, la arquitectura y la jodienda de Madrid. Hay reyes que salen muy imaginativos y clementes para el pueblo, aunque generalmente el pueblo no los entiende: entiende mejor a los déspotas e ignorantes. En seguida decidimos que el mejor sitio para esconderse era el herbolario, y en el herbolario pasamos bastantes noches jodiendo. Al final, a María del Té le sabía el coño a tomillo.

Unas veces entrábamos juntos y otras separados, por no despertar sospechas. Como el Botánico tiene varias puertas, tampoco podían llevar la cuenta de los que entraban y salían, aunque eran pocos. De todos modos, María del Té le dijo al tío de la taquilla que ella era estudiante de botánica y que si le dejaba tomar algunas notas.

—No hay inconveniente, señorita. Muy gentil al preguntarlo. Y además que es usted muy guapa.

En el herbolario, por fin, pudimos follar completamente desnudos, cosa que no

habíamos logrado hasta entonces. María del Té era grande y atlética, con los hombros rectos y el cuello largo. Sus grandes pechos infantiles se veía que se le caerían pronto, como ya se ha dicho; no se afeitaba las axilas ni el coño, como otras, que se lo recortan (aunque esa moda ha venido después), ofreciendo un triángulo perfecto, un coño de diseño. María del Té se conservaba en estado salvaje, entre las tetas olía a Nenuco y entre las piernas a las hierbas del herbolario, ya digo.

Era aquél un joder enamorado, silencioso, un joder con mordiscos más que con palabras, un follar joven, inaugural (aunque María del Té estaba ya muy inaugurada) y feliz. Nunca nos cogieron, pero el peligro estaba en el aire, así que un día dejamos de ir. Hacia las cinco de la mañana saltábamos la verja por la Cuesta de Moyano, entre las casetas de los libreros de viejo, que era la zona menos vista.

—¿Y a ti cómo te dejan llegar a casa tan tarde, María?

—Mi hermana Sabela tiene la misma voz que yo, se queda toda la noche estudiando, con la luz encendida, y si mi madre pregunta desde el pasillo, le dice: «Estoy estudiando, mañana tengo un examen, pero no metas ruido que vamos a despertar a María del Té.» Otras veces lo hago yo por ella, claro. Dormimos juntas.

Lo nuestro tenía un futuro tan largo, tan ancho y tan libre que estábamos ebrios de lo venidero. No sabíamos ya qué hacer con nuestra libertad y con nuestro amor. Un día me devolvió el libro de Kierkegaard.

—Toma. No está mal el romántico, aunque te da mucho la barrila con Dios. Me gusta eso de que «la angustia es el vértigo de la libertad».

Una tarde me citó en un viejo cafetón de Santa Bárbara, hoy desaparecido. Me extrañó un poco el lugar, porque no estaba en nuestros itinerarios, pero pedí un café y escribí un rato (todavía escribía uno en los cafés), mientras ella llegaba. No llegó jamás. Han pasado veinte años, como en los tangos, y no he vuelto a saber de María. Tardé mucho en curarme de aquel cáncer incurable. Sólo la olvidé escribiendo un libro sobre ella, una novela.

Cinco o diez años más tarde de la última y fallida cita, releendo a Kierkegaard, encontré entre las páginas un billete de metro que sin duda había hecho de señal de lectura (yo doblo el pico de la página). El itinerario del billete también era el de ella. Era como una última, mínima e involuntaria carta de amor que me había dejado dentro del libro. El billete lo conservo, dice así:

METRO 121

Sirve para cualquier trayecto desde la estación indicada. Será intervenido en la Revisión de Entrada, conservado a disposición de los empleados y entregado a la SALIDA.

# CAPITULO DIEZ

## Theotokópoulos

Doménikos Theotokópoulos, pintor español de origen griego, más conocido por El Greco, nace en Creta y muere en Toledo, todo entre los siglos XVI y XVII. Don José Camón Aznar, que fue muy amigo mío, tiene, entre otras cosas sobre El Greco un catálogo o localización de casi todos los cuadros de este pintor, trabajo de mucho mérito, dado que el artista anda disperso por el mundo entero (España no cuida mucho su patrimonio artístico ni el tráfico de arte). Uno de los sitios más humildes y entrañables donde se puede encontrar a El Greco, en contraste con los grandes museos, es el pueblo de Illescas. Los Grecos de Illescas son pocos, pero muy buenos, y están en una iglesia de monjas. A don José Martínez Ruiz le gustaban mucho los Grecos de Illescas. Mafalda no se llamaba Mafalda, claro, sino que yo la llamaba Mafalda porque se parecía un poco a la muñeca argentina, pero en tía buena de dieciocho años, y porque tenía las mismas salidas irónicas, progres, cortantes, feministas, infantiles y perversas del famoso personaje del *comic*. Mafalda tenía una alegre y clara inteligencia, unas tetas importantes, un mejari rojo de segunda mano (entonces estaban de moda) y una tesis a medio terminar sobre El Greco, de modo que un día nos fuimos a Illescas a comer en el parador y ver los Grecos en la capilla. Era verano.

—¿Te vienes conmigo a ver los Grecos de Illescas?

—Nunca he viajado en mejari.

—Tampoco es una epopeya del espacio.

—Es que vas como Fraga.

—Venga, sube, Umbralillo.

(Esta me llamaba Umbralillo, así como Lola Machado, ya se ha dicho en estas memorias, me llamaba Umbrales: a las mujeres también se las conoce un poco por la manera de joderle a uno el nombre o el apellido.)

En el mejari de Mafalda se iba alto, veloz, inseguro, alegre, charlatán, con la camisa hinchada por el viento como una vela de barco y el miedo en el epigastrio. Era una hermosa manera de atravesar los sucesivos veranos que constituyen un verano.

—Aquí en invierno tienes que pasar un frío de la hostia.

—No creas. Lo cierro todo y me pongo dos vaqueros, uno encima de otro.

Lo primero que hicimos en Illescas fue ver los Grecos, naturalmente. La capilla era pequeña y los cuadros no muy grandes, creo recordar, pero interesantísimos, como todo lo que hiciera este pintor, para mí el primero del mundo, y desde luego el que inaugura la modernidad. Pero a mitad de la visita se nos acercó una monja débil y enérgica:

—Señorita, ¿no le da vergüenza entrar así en una iglesia? A tanto no se atreven ni las extranjeras. Y menos debiera atreverse una española católica.

—Es que no soy católica.

—Pues entonces ¿qué hacen ustedes en una iglesia?

—Hemos venido a ver los cuadros, no a rezar. Como viene tanta gente.

Mafalda, la verdad, en invierno como en verano, era dada a enseñar mucho sus gloriosas, jóvenes y excesivas anatomías.

—Póngase algo por los hombros —decía la monja.

Yo le ofrecí a Mafalda un suéter que llevaba atado a la cintura.

—No, deja. Nos vamos ahora mismo. Los Grecos se ven mejor en una enciclopedia.

Almorzando en el parador y comentando el incidente, unas cosas traen otras, la Iglesia y el sexo, etc., Mafalda me confesó que era virgo. Hubo unos años en que las mujeres se avergonzaban de ser virgo, de conservar el virgo, como antes se habían avergonzado de no serlo. Ahora, en el momento de escribir, ya no sé muy bien por dónde andan.

—Es que lo he intentado varias veces y los tíos se lo hacen fatal. La trauman a una.  
—No se dice trauman, sino traumatizan, aunque también esta palabra es ya un tópico freudiano.

—Vale, Umbralillo, contigo siempre estoy aprendiendo. Tú me alfabetizas.

Aquel hablar de «los tíos» en tercera persona del plural, como dejándome fuera y por encima, me halagó un poco. Mafalda le ponía limón a todo, así como Kitty K. tomaba siempre sopa, según creo haber contado. Mafalda le ponía limón al pescado, a la carne, al vino, a las patatas fritas, al melón e incluso a la limonada y a la fanta, de modo que en Illescas le compré media docena de limones y se los di envueltos en *El País* como un ramo de flores. Esto parece que la conmovió un poco.

—Ves, los tíos no tienen estos detalles. ¿Cómo te has fijado en que tomo tanto limón?

—No sé. Uno se fija en cosas. El limón será que te lo pide el organismo, o sea los cítricos.

Pero la verdad es que las tías son muy imprevisibles y maniáticas, y más vale dejarlas con sus manías, que si no se te van. Que si el limón, que si la sopa. Habiendo whisky escocés.

—He pensado que ha llegado la hora de que yo me olvide del virgo, o sea lo pierda.

—A mí también me parece que estás en la edad.

—Y he pensado que podría ser contigo.

El Greco hizo sus estudios en Venecia y trabajó algún tiempo en Roma. Don Manuel Bartolomé Cossío, en un libro de mucho mérito que tiene sobre El Greco, explica todo esto más y mejor. Ramón Gómez de la Serna, en su biografía de El Greco, sostiene que *El caballero de la mano al pecho* (o en el pecho) no es sino su autorretrato. En Italia fue donde le pusieron El Greco, por griego o cretense, no sé. Mi tenedor, que iba a por la patata frita, me tembló en la mano, de modo que lo posé en el plato para que no se me notase el temblor. Cogí la servilleta y me froté mucho la cara, que era una manera de hacer algo y de no tener que hablar. Me llegaba el olor de los limones, que estaban sobre la mesa, junto con el olor de la tinta de *El País*. Cuando uno tiene una impresión fuerte las cosas empiezan a oler más.

—Claro que si no te apetece nada...

—Sí, claro que me apetece, podemos pensarlo, un día lo hablamos, tenemos que vernos.

—O si quieres esta tarde, aquí mismo, en el parador.

Iba a ser sacrificado durante la siesta, a las cinco en punto de la tarde, eran las cinco en todos los relojes, como los buenos toros sementales. De modo que huí hacia adelante, con la boca llena de patatas fritas:

—Voy a pedir una habitación ahora mismo —y me levanté y me fui.

—Hijo, qué prisas.

—Ya está.

Y dejé la gran llave medieval sobre la mesa, con su hierro y número, como si fuera el cinturón de castidad que acababa de quitarle a ella.

—No serás tú un salido como los otros.

Están adorablemente locas. Tienen tres corazones con freno y marcha atrás. Mientras seguía comiendo patatas fritas con aceite de soja, recé interiormente por todos aquellos tíos que se lo habían montado fatal. Hijos míos.

Mafalda era hija de un viejo entrenador de un equipo de fútbol de barrio, antes de la guerra. Había salido lista, estudiosa, viajera, dada a la maría (fumaba bastante) y a El Greco, o sea la carrera que estudiase, que no sé cuál era. Seguramente nos conocíamos de copas, por ahí, que es como se conoce la gente, y siempre me habían llamado la atención en ella dos cosas: que estaba muy buena y que se parecía graciosamente a Mafalda, aunque a veces se ponía las gafas de John Lennon, que todavía sigue haciendo moderno. El Greco llega a España, se establece en Toledo, que

era el Nueva York de entonces, y empieza a pintar como los italianos, pero ya en *El martirio de San Mauricio* principia a hacérselo a su manera. A Felipe II no le gustaba nada ni le entendía, pero decide protegerle porque lo encuentra un pintor muy piadoso, que hace los santos y los apóstoles con mucha unción (los modelos de sus ángeles solían ser las criadas que se tiraba por Toledo).

Ella con su brazada de limones, como el bebé que ya hubiéramos tenido, y yo con la llave del toril, como los correllaves o alguacilillos de la fiesta, subimos aquellas grandes escaleras de iglesia, más que de mesón, todo aquel maderamen de sacristía de catedral. Mafalda iba chupándose un limón, de modo que cuando la besé en la cama la boca le sabía a cítrico, una cosa muy fresca y agradable. En cambio el coño le sabía a barniz de muebles marrones, de modo que dejé de trabajar ese oficio y la penetré directamente. Me temo que me lo hice tan mal como los anteriores, pero el virgo me lo llevé por delante, y en venideras actuaciones pensaba quedar mejor. Yo creo que el incidente con la monja había llenado a Mafalda de santa indignación y decidió empezar desde aquel mismo día una vida de orgía, desenfreno y Neogynona. Por eso conmigo sí y con los otros no.

—Ya sabía yo que contigo sería diferente. ¿Me alcanzas otro limón?

Mafalda, cuando se quitó sus atalajes de progre de la Boutique Vaquera, o sea desnuda, resultó que era efectivamente una tía buenísima, y tan joven. Sólo su saludable juventud, alimentada de limones, podía apuntalar tantos excesos. Tenía los pechos enormes y un poco tontos, el vientre redondo, los muslos babilónicos, el culo directamente gordo, un poco escocido de tan abundante, nalga contra nalga, y la vulva infantil, ajena a los desodorantes de coño que tanto se anunciaban entonces por la tele, ¿es que esta tía no ve la tele?, prefiero comerme una perfumería a ese barniz de armarios.

Después del limón, Mafalda se puso a hacerse un porro de maría.

—Lo voy a hacer gordo, para los dos.

—No, gracias, Mafalda, yo es que no gasto.

—Le darás a cosas peores.

—Cada generación tiene sus pecados.

—Eso te ha quedado bonito, Umbralillo.

Pero temí lanzarme a un discurso paternalista sobre los peligros de la droga, de la marihuana se pasa a otras cosas peores, etc. De modo que pedí un whisky por teléfono y me lo fui bebiendo lentamente, silenciosamente, como de vuelta a mí mismo. Miraba a la ninfa, o ex, de reojo (el porro la había adormecido un poco), y la verdad es que aquello era un cuerpo con porvenir, con ésta tengo que pegarme yo mis buenos homenajes, te lo prometo. Mafalda no era un Greco precisamente, uno de aquellos ángeles de El Greco, tan follables, con sus riquezas podían hacerse cinco Grecos, qué falta de respeto para don Manuel Bartolomé Cossío, don José Martínez Ruiz y don José Camón Aznar, que en paz descansen todos ellos. *El entierro del conde de Orgaz* es como un cruce de *La divina comedia* y *A la busca del tiempo perdido*, un cuadro para quedarse a vivir en él. A El Greco es que los obispos, los caballeros con gola y los condes se le daban muy bien, como hay fotografías en el Retiro que se les dan bien las fotos de niñeras.

—También hay quien dice, Mafalda, que el mote de El Greco, a El Greco se lo pusieron ya aquí en España, que los españoles tenemos mucho tino para los motes.

—Siempre me alfabetizas, Umbralillo.

—Por si te sirve para tu tesis.

—Y ahora me alfabetizas por arriba y por abajo.

Alargué una mano hacia ella, para acariciarla por el cumplido, pero me pasó el nuevo porro que se había hecho. Mafalda tenía unas manos gordas, feas, rojas y con anillitos y sortijitas de criada.

Carrousel, Paddington, Oliver, etc. eran sitios que estaban entonces muy de moda, por las noches. Allí podías ver a los famosos y hasta ligar un poco. Encima de Carrousel tenía un apartamento un amigo mío, director de un periódico en provincias, para cuando venía a Madrid a aliviarse un poco de ingre. En aquel apartamento me follé a Mafalda concienzudamente, por delante y por detrás, violentamente, siniestramente. Lo que más me gustaba era tenerla a gatas en la cama, penetrarle así la vulva, que seguía siendo infantil y deseable (salvo el olor). No es un número nada nuevo, pero me permitía dominar aquel mapamundi de su culo, un culo/Rubens mucho más que un culo/Greco. Si ella hubiese pensado con el culo, habría hecho la tesis sobre Rubens.

Fue el verano de su mejari, largos viajes por los pueblos y los pantanos de Franco, alegres tardes de música y velocidad, de geografía y los cuarenta principales de Radio Madrid (Mafalda llevaba siempre un transistor colgado del espejo retrovisor). Merendábamos melón, sandía, lo que hubiera en cada pueblo, y ella le ponía limón a todo. Yo le compraba limones de vez en cuando, pero ya sin la gracia del primer día. Es lo que tiene el amor de moviola, que los actos empiezan a repetirse y son ya la parodia del anterior, empezando por el acto amoroso.

Mafalda estaba cada día más sana. Se conoce que el joder le sentaba. Por las noches, Paddington o Carrousel, y luego al apartamento a follar, en esa larga, malformada y un poco siniestra calle Valverde, bajo la sombra grande y dura de la Telefónica. Mafalda fumaba cada día más, y me pareció que iba pasando de la maría a otros materiales más duros. Se pintaba estrellitas en la cara y se ponía cintas en la frente. Era una moderna. La casa de El Greco en Toledo es una vil falsificación. Aquel hombre enigmático, de alma ojival, se inventa varios siglos de pintura, hasta ahora mismo. No es místico por los temas, sino por la manera de pintarlos. Es la suya una mística maldita que tiende siempre al gótico, como el fuego. Mafalda, con la droga y el sexo, se iba estilizando, pero nunca llegaría a ser un Greco, claro.

Ya entrando el otoño, con sus pianos desgonzados y sus saraos de hojas secas, cuando el mundo empieza a oler a desván y el cielo pierde un ala, como un gran pájaro viejo, Mafalda me llevó una tarde en su mejari, habíamos comido juntos, a la carretera de La Coruña, y paró en un bar de gasolinera, uno de esos bares donde todo lo que tomes, café o coñac, sabe siempre a súper. Mafalda no dejaba de fumar has.

—Perdona, Umbralillo, pero te he utilizado para lo que ya sabes, y luego las cosas se han ido liando. Yo ya me voy a drogar siempre.

—Eso me parece que se lo he oído a otras.

—Además he terminado la tesis y me voy a la India.

—Pero la India es ya un tópico.

—También lo nuestro es un tópico, Umbralillo.

A la luz impersonal y como de estraza de las cuatro de la tarde, en otoño y sin sol, Mafalda estaba demacrada, adelgazada, triste no sé de qué, cansada a sus diecinueve años. Me dio un último beso de piquito (los odio) y se fue en su mejari con gran revuelo de todos los lienzos rojos del coche, que parecían despedirme.

Me quedé allí largo rato, tan tranquilo, pensando en el conde de Orgaz (soy buen amigo del actual conde de Orgaz) y tomando despacio un delicioso coñac Torres Diez con sabor a gasolina súper. El mundo, el amor, la propia vida, no aciertan a tomar nunca la forma mística y ascensional de un Greco. Nunca.

# CAPITULO ONCE

## Papá Hemingway

Estaba yo escribiendo mi columna, como todas las mañanas, a fuerza de whisky, optalidones, gripe, inspiración, chismes, rumores, cosas que robaba en el frigorífico, bocatas de nocilla, coca-cola, mala leche política, anfetaminas (Leodín), coñac, antiinflamatorios, antipiréticos, antibióticos, bronquitis, vocación, urgencia y mecanografía. Estaba yo escribiendo mi columna cuando llamaron a la puerta. Llamaban mucho toda la mañana, todas las mañanas: carteros, motoristas de los periódicos, libros de las editoriales, giros de Barcelona, la enfermera con la inyección, el portero con una caja de vinos Olarra y en este plan. De modo que salí a abrir de prisa, pensando largar a quien fuera. Era una chica rubia, una adolescente espigadita y mona con un libro dentro de un sobre.

—Toma, de papá, ya sabes. Te lo ha dedicado.

Y cogió al vuelo el ascensor de bajada. Sólo miré la dedicatoria y la firma, para en seguida seguir escribiendo. Era un viejo escritor del exilio, venido a España por entonces, o sea cuando la Santa Transición. Vivía enfrente de casa y nos veíamos de vez en cuando por los bares del barrio, que era un barrio bueno, entre residencial y golfo, pero caro, muy caro, en todo caso.

Aquel hombre, a quien yo había leído como a todo el exilio, en Losada y el Fondo de Cultura Económica de Méjico, era un segundón como tantos a quienes la guerra, la política, la distancia y los libreros de viejo habían otorgado un prestigio, una aureola, una cosa que luego resulta que no era nada. Franco les había quitado España, pero en cambio les había dado, inopinadamente, una suplencia de gloria que en una España sin Guerra Civil, republicana y consuetudinaria, no habrían tenido nunca. Mi amigo el viejo escritor era un hermoso tipo hemingwaiano que se paseaba mucho por el barrio con su melena blanca, su pipa y su conversación entre orteguiana y argentina, esa cosa de todos los regresados por entonces.

—Mira, Umbral, qué cosa es Francisco Ayala, por ejemplo. Cuarenta años de exilio para acabar escribiendo en *ABC*. ¿Es novelista, sociólogo, profesor, qué coños es? Pero allá ganó mucha plata. Más que ninguno.

Yo no tenía nada, ni lo tengo, contra don Francisco Ayala, a quien además he tratado poco (alguna entrevista cuando llegó), y leído lo imprescindible. Pero mi amigo Hemingway pagaba la cerveza, el whisky, lo que fuera, y había que asentir en silencio. Yo al que paga siempre le doy la razón.

En cuanto yo cruzaba la calle para comprar whisky en el híper, que estaba enfrente, o una barra de pan o friskies para los gatos (friskies de perro, que les gusta más que el suyo), me cogía Ernest (le gustaba que le llamasen Ernest, por su asombroso parecido con aquel señor que ganó el Nobel cazando elefantes y enamorándose de los toreros españoles). Ernest andaba siempre como paseando un inexistente perro, con esas paradas que hacen los paseantes de perro, y que son las del perro.

Por otra parte, Ernest, conversador interminable, cuando no tenía con quien hablar, hablaba solo, y entonces parecía que hablaba con un perro, como suelen hacer los paseantes de perros. Ernest yo creo que le contaba al invisible perro lo malo que era Francisco Ayala y cómo le habían hecho académico nada más llegar. Pero los perros saben poco de lo que pasa en la Academia, y menos cuando son perros que no existen.

Así era la soledad de mi amigo Ernest.

Una mañana cruzaba yo la calle, hacia el quiosco, cuando un coche viejo y pequeño, verde, vino hacia mí, persiguiéndome. Era un coche con cara de atropellarme. No pongo la marca porque no entiendo de eso, aunque me he fijado que en otros escritores (los americanos) lo primero es explicar la marca de un coche, el año y la matrícula. Por el coche explican el alma del personaje. Salté a la acera y el coche paró

en el bordillo. Se bajó una chica joven, rubia, adolescente, espigadita, mona:

—¿No me conoces?

—Sí. Eres una asesina frustrada.

—Soy Lutecia.

—Ah.

—¿No sabes quién es Lutecia?

—No.

—Un día te llevé un libro de papá a tu casa. Soy la hija de Ernest.

—Claro. Perdona. Es que creces por días. Estás más alta y más guapa. ¿Tomamos algo en Cerebro?

Cerebro era el bar más familiar para todos los del barrio (luego hubo por el centro una disco que se llamó igual). Provisto de periódicos y revistas, ella con las llaves del coche en la mano (llevaba vaqueros, un suéter negro, muy ajustado, y cola de caballo), tomamos Chivas con coca-cola, que es una manera de estropear el Chivas.

—¿Lees todos los periódicos y revistas? —me dijo.

—Sólo aquéllos en los que escribo yo. A quienes no tienen la gentileza de pedirme una colaboración, no tengo la gentileza de comprarles su engendro.

—A papá le gusta mucho cómo escribes.

—Sí, eso me dice.

El padre, papá Ernest, solía ir mucho por aquel bar, pero más tarde.

—A mí no. A mí no me gusta nada cómo escribes.

—A mí tampoco. Sólo que tú puedes prescindir de leerme, pero yo no puedo prescindir de escribirme.

—Yo también soy escritora. Me gustaría un día que me invitases a tu apartamento para leerte algunas cosas. (Lutecia sí que era un Botticelli, y no un Leonardo, como Alma, Alma. Y yo quería ya mismo tener aquel Botticelli en mi apartamento, a solas, aunque temo más a los cuernos de padre que a los cuernos de marido. Son más peligrosos y complicados.) ¿Y Rosa Chacel? ¿Qué mierda es eso de Rosa Chacel? La Virginia Woolf de la *Revista de Occidente*, una lesbiana como María Zambrano. Si es que el exilio ha creado mucho mito. Rosa Chacel es un coñazo. Ernest era mono temático por días. Tenía el día de Rosa Chacel, el día de Francisco Ayala o Alejandro Casona. Según. Paseando por nuestro arbolado barrio, paseando su invisible perro (Ernest era de éstos que se paran mucho en el paseo, como a esperar que mee el perro), paseando o tomando copas en Cerebro, Ernest iba ensuciándome el alma con su resentimiento de segundón que, a la vuelta y al cambio, como tantos, se había quedado aún en menos. Tenía una prosa llena de un vigor inútil, de una épica poco convincente. Las novelas le nacían ya muertas y sólo algunas cosas de la guerra habían triunfado un poco, ya que Ernest fue siempre confusamente comunista, desde la República. Y, sobre todo, estaba anticuado, sus libros olían a viejo recién salidos, como les ha pasado a tantos de aquellos escritores e intelectuales del exilio, con el reloj oxidado por el tiempo, la prosa y las ideas color sepia, color años treinta, color Segunda República. Lo de Rosa Chacel, Umbral, este whisky lo pago yo, es que es un invento de Ortega o de quien fuera. ¿Pero es que alguien ha leído a Rosa Chacel? Lutecia tenía los pechos grandes y canela, el talle largo y ligero, el culo pictórico, un culo como pintado por un buen pintor de culos, las piernas largas, delgadas, rubias y sinfónicas. Lutecia tenía el coño de oro, un coño juvenil y muy penetrable, una vagina larga y sabia, unos orgasmos fáciles, delicados y obscenos. Lutecia me la mamaba mucho.

El hígado es delicada y cumplidora herramienta. El hígado aguanta lo que puede, hasta que no puede más. El hígado avisa, porque no es traidor, de modo que uno puede parar a tiempo. La historia de las literaturas comparadas es compleja y amena ciencia, algo mentirosa. La Historia misma es mentirosa, hace sus hombres y los gasta, de modo que los mitos del exilio se han ido gastando en seguida, salvo los que eran

realmente buenos ya en la dictadura de Primo de Rivera, y que son los que todos sabemos. Ernest estaba mal del hígado, muy mal, pero se lo curaba con más whisky. Tenía el hígado conservado en whisky, como algunas señoras conservan un feto en formol o lo que sea. ¿Y la prosa de Manuel Andújar? ¿Adónde va Andújar con ese realismo malo, galdosiano y viejo? Y encima Andújar es cojo. No veía yo la relación de la cojera de Andújar con la calidad de su prosa, pero aquel día es que tocaba Andújar. Ernest estaba mal del hígado, muy mal, y se le veía en los ojos. Ahora hacen trasplantes, pero yo creo que Ernest estaba más allá del trasplante. Su profundo resentimiento olía a miel, o sea el olor de su pipa, y a mí siempre me ha gustado charlar con los fumadores de pipa porque así parece que me fumo yo un poco ese olor tan rico. Ernest era viejo, hermoso y erguido. Ernest confundía su belleza personal con su prestigio literario, cosa que le puede pasar a cualquiera. La primera vez que invité a Lutecia a mi casa lo hice en grupo, pensando en Ernest. Uno es discreto, paciente, silente, y le gusta llevar estas cosas por sus pasos contados. O sea que estuvieron hasta muy tarde la escritora madura y su joven chulo alcohólico, la otra escritora madura y rubia, bella, con la que yo había tenido un algo una vez, y más gente que no recuerdo. Cenamos de lata, bebimos de todo, hablamos de literatura y al final, cuando se fueron, Lutecia se quedó sentada, como la señora de la casa, y les despidió muy cortés. Yo con el chulo de la otra casi me había peleado.

—¿Te importa que me quede a dormir?

—Es lo que esperaba.

(No lo esperaba en absoluto.)

—Es tan tarde para ir a casa...

Estaba borracha y se le había olvidado que vivía enfrente. Alcoholicada ya, tan joven. Esperé que su hígado fuera de hierro, como el de papá Ernest. Nos pasamos la noche follando y estas noches se repitieron, claro.

—¿Y en tu casa?

—Papá está en la finca, empezando otro libro.

Mamá y mis hermanos están en París. Así que otro día pasamos a mi casa.

Pero yo sólo le había preguntado si en su casa le permitían pasar la noche fuera. Solía tenderme en la cama, desnudo, y la dejaba actuar, pues Lutecia, que era una pequeña pedante, tenía el convencimiento de que los viejos no sabíamos nada de follar. Pero el repertorio sexual es limitado y eterno. La boca de Lutecia, fina y sensible, afilada y caliente, me besaba los párpados, los pequeños pezones masculinos, los huevos y el ojo del culo, metía su lengua en mi ombligo:

—Me gustaría que tuvieses un gran tripón, como papá.

«Otra freudiana, otra edípica: se está tirando a su padre en estos momentos, y yo aquí de gilipollas, de cuerpo presente.»

Y tuve celos del padre, del grandioso Ernest, unos celos inesperados y raros. Seguro que ella le secaba con una gran toalla, desnudo, cuando él se bañaba. Hubiera dado cualquier cosa por tener yo una hija así. «Eso vale más que la gloria literaria, pero él no lo sabe.»

De todos modos, yo me corría dentro de Lutecia, con ella encima, de una manera larga, profunda, sucesiva y absoluta. Luego hablábamos de la Antología del Palatinado, que era su tema favorito, y Lutecia seguía bebiendo, fumando, no sé si esnifando, no recuerdo, ¿pero es que esta criatura no duerme nunca?

—A papá a veces se lo digo.

—¿Qué le dices?

—Que lo suyo ya no interesa, que está pasado, que se olvide, que lo deje, que se vaya a la finca a criar cerdos.

—¿Esas cosas le dices a tu padre?

—Un día le hice llorar.

—Yo te hubiera dado unas hostias.

—Luego me dio mucha pena y estuve toda la tarde dándole besos. Yo nací en América, ya sabes, y mi primer polvo lo eché con un amigo de papá.

El cuadro freudiano estaba tan elementalmente claro que ahora me da como vergüenza contarlo. Dirán ustedes que si no se me ocurre nada más original, pero es que la realidad es así de tonta, y ahora no quiero inventar cosas, *mejorar* la realidad, que es lo que creemos hacer los escritores.

—O sea que yo soy el segundo amigo de papá que te tiras.

Pero Lutecia tenía arcadas, me vomitó toda la cena en la moqueta y al fin se quedó dormida y pude dormir yo también, a esa hora en que los traperos de Fuencarral pasan por la Castellana, los últimos traperos, llenando el alba de andrajos, perros, nomadismo y olor a tribu.

Pues ahí tienes a María Zambrano (todavía no se había muerto). Qué me dices de María Zambrano. Otro lesbianón. Estas marquesas de la República son todas lesbianas, te lo digo yo, Umbral, que las traté entonces y las he seguido tratando en América, en Buenos Aires, en Méjico, en Caracas. ¿María Zambrano es un pensador? María Zambrano es un camelo liricoide que hace pasar por ideas sus poemas en prosa. Sus malos poemas en prosa, porque es que es ilegible, la tía, tiene una prosa que marea. Y *El País* venga de hablar de María Zambrano. *El País* se ha convertido en el Boletín Oficial de los exiliados. Como Madariaga, el mierda de Madariaga, que no paraba de escribir contra Franco y luego se hizo de De Gaulle. También le hicieron académico en cuanto llegó, le estaban esperando. ¿No fuiste a la sesión de ingreso? Yo fui por reírme un poco. Papá Ernest se dejaba ver por la Academia de vez en cuando, a ver si se acordaban de él para un sillón. Lutecia comía y bebía mucho, de modo que yo la llevaba a los grandes restaurantes y Lutecia, habiendo sido siempre rica (de familia, no por la literatura de papá), comía con voracidad, como jodía con voracidad. Era como un Botticelli, sí, pero un Botticelli pensado por Rabelais.

Luego íbamos a mi apartamento a follar, pero a ella le entraba la vomitona (mi moqueta parecía ya una alfombra persa), después se quedaba dormida y es cuando yo aprovechaba para darle también por el culito, que ella medio se enteraba y gemía en sueños. Madariaga, qué me vas a contar a mí de Madariaga, ya lo dijo Ortega, tonto en cinco idiomas, Cary (Cary era el camarero), otro par de whiskies, Madariaga, el europeísta, vendido a un dictador como De Gaulle, el hígado es un delicado apero digestivo donde los griegos situaban el alma, me parece, Ernest se había puesto muy enfermo del hígado y lo internaron en una clínica cara. La mujer (no se hablaban más que para reñir) estuvo todo el tiempo con él, y los otros hijos no volvieron de París.

Lutecia me llevó un día a verle a la clínica. Estaba inconsciente, desnudo, enchufado. Lutecia le pasó la mano por el rostro de semidiós (era más bello que Hemingway, al menos ahora), por el pecho, por el tripón que ella tanto amaba, por los muslos, y lloró mucho sobre él. Ernest me pareció hermoso e inútil como un palo mayor derribado, con todas las cicatrices y los tatuajes de la sal y los astros en su gran envergadura marinera.

La llevé a casa en un taxi y por primera vez hicimos el amor en su apartamento, sobre la alfombra. «¿Y por qué no aprovecha para vomitar en su alfombra?», pensé. El viejo se iba agravando, hablaban de un imposible trasplante y Lutecia me lo dijo un día en Cerebro:

—Papá se muere y yo no puedo soportarlo. Te agradezco que hayas sido bueno con él y le hayas hecho compañía. Sé que a ti tampoco te gustaban sus libros. Ahora tengo que dedicarme a él, no puedo pensar en otra cosa. No sé cuándo nos veremos.

Como yo principiaba a estar cansado del asunto y, por otra parte, los cuernos de padre me los había puesto el viejo a mí (a él sí que le amaba Lutecia), decidí aprovechar para no volver a verla. No iría ni al entierro del viejo, para darle a Lutecia un motivo de

disgusto, de humillación, y que me dejase en paz.

Pero no hubo entierro, sino boda. Lutecia se casó con un arquitecto recién salido de una facultad del Opus y ya ni nos saludábamos en los sitios cuando nos veíamos. Amigos de amigos me dijeron que al del Opus le engañaba con otros.

—Teniendo un marido del Opus se comprende —dije, disculpándola.

Aprovechando un premio mandé cambiar toda la moqueta y puse una color crema, casi blanca, que es lo que me gusta (la otra era marrón, color que odio: el marrón es el pariente pobre del verde). A mí toda la literatura del exilio me parece maravillosa, fascinante, riquísima, magistral, única, una edad de oro de nuestras letras. Papá Ernest sigue paseando por el barrio un invisible perro, fumando su pipa y bebiendo su whisky en Cerebro, donde a veces coincidimos. A mí ya se me han curado los cuernos, no sé a él.

En todo caso no me saluda. El perro, aunque no existe, debe ser un pastor alemán. Es lo que le va.

## CAPITULO DOCE

### Los Kennedy

No recuerdo ahora si lo de Childe fue en mi primer viaje a Nueva York o en alguno de los posteriores. Pero pienso que lo mejor de unas memorias es la desmemoria, de modo que sigo adelante sin demasiado respeto por el rigor cronológico, que precisamente es lo que puede «secar» unas confesiones. Proust descubrió la memoria involuntaria y el invento está ahí para algo. Hay que ir sujetando jirones del pasado según surgen o se nos cruzan, como hojas de periódico volando al viento. En esa hoja anónima está escrita nuestra vida. Por eso estas memorias son como hojas sueltas del calendario de mi vida. Cada capítulo, cada mujer, una hoja. (Un calendario que jamás he conseguido ordenar.)

Sea como fuere, yo me encontraba especialmente perdido (más que otras veces) en la ciudad de los rascacielos. Agustín de Foxá dijo que los rascacielos son el gótico de nuestro tiempo. A don José Camón Aznar no le gustaba nada esta frase. Yo creo que no le gustaba porque no se le había ocurrido a él. A Childe la había conocido yo en Madrid, un verano, en el Museo del Prado, o mejor en el bar del museo, que es donde se va a ligar turistas en verano (algunos todo el año). Childe me gustó porque tenía un nombre baironiano, porque era la yanqui/piso piloto, la americana tópica, pero dentro de ese tópico rubio, respingón, hermoso, saludable, juvenil y como doméstico, había una personalidad de niña inteligente, de inteligencia prematura, de prodigiosas adivinaciones que me parecían un milagro en su edad y en su cultura (la cultura media americana, me refiero).

La última y principal cosa por la que me gustó Childe es porque se acostó conmigo en seguida, con naturalidad y sin avidez. Ella no era una histérica que de un hombre se hiciera un problema metafísico (y entonces hay que esperar mucho a que resuelvan el problema), pero tampoco era el bárbaro invasor o el imperio dominador, voraz, que le hace sentirse a uno parte del botín.

Cuando volvió a América me dejó el teléfono y todas sus complicadas direcciones en Nueva York, que yo guardé más como un *souvenir* (ah su letra zurda y sincera, igual a la de todas las yanquis, pero tan suya, tan mía) que como algo útil, ya que no creía yo que volviésemos a vernos jamás. Pero en aquella soledad de la Quinta Avenida (no se sabe cuándo la gran calle está más vacía, si cuando un tornado la deja desierta o cuando, a las cinco de la tarde, la arteria se vuelve loca de coches, bocinas, gritos, anuncios y gente), en aquella soledad, digo, que es como la cumbre populosa y vacía del siglo xx, necesité urgentemente ver a Childe, encontrar a Childe, y entonces volví al hotel para buscar entre mis papeles —¿estaría allí su teléfono?— y llamarla desde la habitación. El negro del bar era un negrazo bembón que había descubierto mi pasión por la coca-cola, mi vicio, mi pecado de entonces, y mayormente por la coca-cola americana, que nada tiene que ver con el jarabe que nos dan en España. En América la botella media es más grande y el sabor más profundo, dulce, peligroso y lento. Es como estarse bebiendo el coño de una negra joven del Missouri, una negra un poco puta. Y, sobre todo, aquel negrazo bembón y calvo había descubierto la largueza de mis propinas, que no eran tal largueza, sino desconocimiento de la moneda y miedo a pecar por defecto. De modo que en cuanto me vio entrar en el hall, aquel hall siempre populoso y variado, levantó una botella de coca como el símbolo de América. Tuve que acercarme, charlar un poco con él, pagarle y añadir la larga propina:

—Pero no me la abra. Me la voy a tomar en la habitación.

Ni coca-cola ni mierda. Dejé la botella en cualquier sitio y me convertí en el egiptólogo minucioso de mi propio Egipto personal de palimpsestos cotidianos: recortes de periódico, notas al vuelo, poemas escritos en el avión, páginas arrancadas de los libros (arranco las que me gustan), trozos de papel higiénico con ideas para artículos y cartas de mujeres, de *otras* mujeres, ay.

Allí estaba, en una hojita de pequeño block cuadriculado, la escritura ya arrugada, adorable y tópica de Childe, una caligrafía de niña media de la América media. Nueva York no es una ciudad, claro, sino una adunación de células urbanas que se entienden entre sí como pueden, y generalmente no pueden. Y esto no lo digo, obviamente, por la peculiar y artificial geografía de la ciudad (aunque también), sino por la peculiar psicología de cada distrito, zona, calle, barrio, edificio e incluso apartamento. La ciudad serial y seriada es, en realidad, una infinita sucesión de personalidades, de individualidades, de particularidades, de diferencias. Por eso Nueva York, pese a su citada *serialización*, no es una ciudad monótona, sino todo lo contrario. Monótona es Ponferrada. Childe tenía un joder voluntarioso, sanísimo (aquí el recuerdo de la irrecordable Georgia, mi amor, mi niña), educado, americano, un joder de manual, pero pronto aprendí, entre Madrid y Nueva York, que había que esperar a que ella se saliese del manual. Esperar, a lo mejor, toda una noche. Entonces es cuando desaparecía la alumna de sexualidad (el sexo como asignatura) y aparecía la hembra natural, universal y follatriz.

Después de varias llamadas y equívocos, la encontré, hablé directamente con ella (su voz: cómo era, Dios mío, cómo era), y mostró el mismo asombro infantil por mi agudeza para discernirla en Nueva York que Kitty K. había mostrado por mi agudeza para encontrarla en Amsterdam. ¿No son en el fondo la misma raza rubia que tanto amo? Quedamos en seguida. Childe era de Boston, y así había salido de fina. En Boston había trabajado como una más de las abejas de oro en la inmensa colmena de los Kennedy, hasta que empezaron los magnicidios, los asesinatos, las mentiras, las Marilines, los Oswald, los Onassis, los puentes de muchas consonantes por donde se caían las secretarias, las Mary Jo, y entonces Childe se fue a Nueva York y se buscó otro trabajo. Siempre me había contado muchas cosas de los Kennedy y me las siguió contando, después de los polvos.

—Tú tendrías que haber escrito un libro sobre los Kennedy, Childe —le decía yo, tendido en la cama, cuando ella andaba por su apartamento, ilustrado de numerosos recuerdos europeos, españoles, con su desnudo dorado, un desnudo de pechos breves y poco hechos, como manzanas antes de tiempo, y no mucho más grandes, un desnudo de ingenuidad y culo gimnástico, un desnudo de piernas largas y fuertes, muslos como dos acumulaciones de oro por desbastar, manos de uñas mordidas y pies de chico que juega al fútbol.

—Oh, eso no sería honesto.

—Todo el mundo escribe sobre los Kennedy. Tú me dijiste que el modelo de John Kennedy era Ivanhoe. Eso a la gente le gusta saberlo.

—Pero no sería honesto.

Los yanquis son un poco repetitivos. La dialéctica no ha llegado a ellos y por eso Hegel despreciaba un poco América. Childe se paseaba desnuda, entraba o salía de la ducha, buscaba ropa o un periódico, todo con naturalidad, siempre con naturalidad, de una manera hogareña, casi. La española, la latina, cuando está desnuda delante de un hombre, peinándose o haciéndose las uñas, *está* en función del hombre, es consciente de su cuerpo. A las americanas las han enseñado, o ni siquiera se lo han enseñado, que el desnudo (cuando hay desnudo) es tan natural como el vestido, y al decir natural quiero decir «social». Y no sé explicarlo mejor. Pero uno, *voyeur* ante todo, como quizá se va viendo por estas memorias eróticas, disfruta con el desnudo inocente de sí mismo, *funcional*, mucho más que con el desnudo/exhibición. Lo que más nos sigue gustando es verle las ligas a la criada cuando está fregando.

Nueva York es una ciudad que la gente identifica con Manhattan. Pero Manhattan, ya saben ustedes, es sólo «La Gran Manzana». He visto Nueva York desde lo más alto (salvo verlo en avión), desde lo alto de una de esas dos torres gemelas que salen ya en todas las películas, y que han dejado convertido el Empire State Building en una cosa

kitsch y casi provinciana, como en Madrid nos ocurre con algunos tramos de la Gran Vía.

—Pero esto se mueve, Childe —le dije con espanto. Me había llevado ella, claro, y el movimiento interrumpió nuestro beso, su lengua infantil y de sabor rojo dentro de mi boca:

—Naturalmente que se mueve. Es que si no se moviese, se partiría. El viento lo arrancarían como un árbol.

—Claro, tienes razón.

Y volvimos a lo de la lengua. Desde allá arriba no se ve Nueva York. Esos paisajes que llaman a vista de pájaro no sé si les dirán algo a los pájaros. Yo prefiero los paisajes a vista de hombre. ¿Nueva York es el sueño alemán de Gropius? ¿Nueva York es la aberración de una Bauhaus emigrada y loca? Así parece sostenerlo Tom Wolfe en su libro sobre el tema. Yo creo más bien que Nueva York ha crecido como un bosque, no se sabe cuándo ni por qué (aunque sí se sepa), y por eso el corazón de la ciudad sigue siendo salvajemente fiel a su nombre indio: Manhattan. Hay una avena piel roja, una semilla cobriza creciendo siempre en el sexo de Nueva York, y por eso Nueva York es una ciudad y no un caos.

El negro bembón era un hombre inmenso, maduro y calvo, ya está dicho. El negro bembón del bar del hotel era un negro como de película (cuánto ha aprendido Hollywood de Nueva York), un negro directamente simpático. Mi vicio (luego abandonado) por la coca-cola americana debía hacerle pensar sintéticamente, que es como piensan los camareros, que yo era un fanático de los Estados Unidos. Lamentablemente, ay, no era así, pero eso tampoco iba a explicárselo. Cuando nos lo hacíamos en la habitación de mi hotel, una habitación roja y sombría, como la antesala de un abogado viejo o un médico enfermo, yo le metía a Childe las coca-colas por el coño, como antes se las había metido a Alma, Alma, y más que nada lo hacía por romper su erotismo de manual, ya digo, y por beber luego en su vagina aquel licor dulce y picante, largo y negro, alegre y sombrío, que es la sangre y el secreto de América.

Motherwell (ha muerto hace poco) es el pintor de América, tanto o más que Pollock. En el Village, por aquellos tiempos (Childe me llevaba algunas noches al Village), el mundo se dividía en dos hemisferios: el hemisferio negro de Motherwell y el hemisferio rojo de Pollock. En el Village, los artistas se compran un inmueble completo, una casa, no un piso, y lo tiran todo: escaleras, pisos, pasillos, tabiques, ascensores, retretes, hasta dejar el edificio hueco, con lo cual tienen un inmenso estudio, y de esos inmensos estudios ha salido la monumental pintura neoyorkina, toda una escuela: de contar con un gran espacio para desplegar grandes sábanas, y no de las razones metafísicas o sociológicas que explican los críticos de arte. Childe y yo follamos primero en el universo blanco y negro de Motherwell, follamos de una manera cruda, dura, fuerte, americana, como jugando al rugby, en las orgías del Village, adonde alguna vez nos invitaban (bueno, la invitaban).

Yo estaba llegando en Nueva York a descubrir una Childe mucho más profunda, compleja y americana que la del Museo del Prado, claro. Cuando ella jodía en plan rugby a mí me dolía dulcemente todo el cuerpo, acababa con la picha como partida, más que floja, la cabeza golpeada, los huevos tensos, el pecho herido y las piernas de un corredor de fondo extenuado para siempre. Hay un polvo/rugby donde sale toda la violencia originaria de esta raza, que son mil razas, y si no mueres en la refriega, al final te sientes como un campeón, el campeón de algo que acaba de ganar una medalla, y la medalla era el pubis dorado de Childe que, montada sobre mí, me lo acercaba hasta la boca para que lo besase, para que lo mordiese.

Así era la escuela/Motherwell, seca y fuerte, ascética y agotadora, blanca y negra. Fuimos pasando de la época/Motherwell a la época/Pollock, o a la inversa, como

Picasso de la época azul a la rosa. También hacíamos viajes vaginales de ida y vuelta, claro. En la escuela/Pollock se follaba en plan alucine, psicodélicamente, quiero decir, eran unos polvos LSD, aunque no tomásemos aquello, que por otra parte ya no se tomaba. Las fornicaciones/Pollock, en un estudio que no era el de la semana anterior, claro, tenían menos violencia y más imaginación, eran un concierto de jazz más que un partido de rugby, un jazz rojo y lineal, ondulante y alegre, con una alegría feroz, grandiosa, trágica y a veces piel roja. La vagina de Childe era entonces una vagina púrpura, la rosa rubia de Tejas, un grito de sangre, un crimen lleno de placer, un mundo serpentino que me apretaba y acariciaba el falo con sus anillos de colores, su musculatura joven, sus líquidos profundos y sus orgasmos mortuorios, como un corazón femenino y obsceno cubierto de magnolias de semen.

—A mí me gusta más el Prado —decía Childe.

—Pero estos tíos se lo hacen muy bien, oyes. En Europa ya no hacemos más que imitarles.

—Claro. Porque somos el Imperio invasor. Pero América no ha dado un Velázquez.

—España y toda Europa sólo dieron uno, amor.

—Bueno, quiero decir que no entiendo esta pintura.

—Pero la vives.

—Contigo.

—Eres americana y esto es lo que llevas dentro.

—Soy americana, que es como no ser nada, y tengo abuelos europeos. Mis abuelos europeos, irlandeses, tenían el proyecto de viajar a España en un *tour* para ver el Prado, pero se murieron antes.

—Los abuelos siempre se mueren antes.

—Eso no lo entiendo, Umbral.

—Ni puta falta.

—¿Te parece que soy una viciosa, una ninfómana?

—No, por qué dices eso. (Pero me parecía que sí, después de todas aquellas experiencias.) Sin embargo —añadí—, yo creía que las yanquis siempre hacíais un sexo de manual.

—Es lo que nos enseñan. Luego una tiene que aprender el resto por sí misma.

—¿Y todas lo aprenden?

—La mayoría se casan con un pastor episcopaliano y se van a vivir al Medio Oeste.

—Qué pena, ¿no?

—Así es América, Umbral. América no es Pollock ni el negro de tu hotel.

Yo le había presentado al negrazo bombón, que era ya un poco el Celestino de nuestro amor, y la había fascinado, como a mí.

—Hay miles de negros en Nueva York y has sabido encontrar al más maravilloso de todos. Oh el periodista, oh el escritor, oh Umbral.

Recordé aquello que observaba Juan Ramón: en Europa exclamamos «ah» y en América exclaman «oh». Childe me estaba devolviendo la América *serial* que yo me negaba a ver.

—Childe, ¿has jugado alguna vez al rugby?

—Las chicas no jugamos a eso. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque follar contigo, a veces, es como follar con un jugador de rugby.

—¿Te has tirado a muchos?

Childe, a veces, era adorable. Más adorable que de costumbre, quiero decir.

Los Kennedy son una de esas familias que constituyen lo que don José María Pemán y Pemartín habría llamado «el tirón dinástico de las democracias». Grandes clanes endogámicos que han tendido a perpetuarse en el poder, la política, el dinero, la tradición, las finanzas o el mero prestigio familiar hereditario. Hay bastantes familias así en Estados Unidos y, si lo pensamos bien, ocurre que de manera no muy diferente se

acuñaron las grandes monarquías y noblezas de Europa: mediante la violencia, el crimen, la ambición, el incesto, la sangre y, sobre todo, un acendrado y contradictorio sentido familiar, o espíritu de estirpe, desde el primer Plantagenet hasta hoy. Childe, como era zurda, me hacía las pajas con la izquierda, y era como si me las estuviese haciendo otra. Todos hemos probado, de pequeños, a masturbarnos con la mano izquierda, aun no siendo zurdos, claro, y efectivamente la sensación es rara y placentera. No soy un profesional de la masturbación (prefiero masturbar a una mujer, quizá no amo demasiado mi cuerpo), y nunca se me ocurre pedirle a una mujer que me masturbe, salvo cuando ella toma la iniciativa. A algunas les gusta hacerlo con la mano, derecha o izquierda (encontré una burra que lo hacía a dos manos, como si estuviese sacando agua), y a otras con la boca, que eso ya me distrae más. Childe es que lo hacía todo. Mi semen, desbordado en su boca párvula y sabia, adquiriría un aspecto cándido de alimento infantil. «El semen es bueno tragárselo, Umbral, está lleno de proteínas y además embellece la piel de la mujer.» A ver si esta niña resulta que me ha tomado por un economato. Los Kennedy están marcados por enfermedades casi todos ellos, como las grandezas europeas suelen estar llenas de hemofílicos. Yo creo que a Rainer María Rilke le contagió la hemofilia, aunque la hemofilia no se contagie, alguna de aquellas princesas con quienes andaba pendoneando por el Duino, la de Turn und Taxis o alguna otra.

—Amo Europa, Umbral. Princesas, reyes enfermos, reyes locos como Luis de Baviera, poetas viviendo en castillos, los Plantagenet, los grandes de España, Rilke...

—¿Por qué no te quitas las bragas, hija?

—Porque tengo la menstruación.

—La menstruación es un prejuicio católico. Sabes que a mí me da igual.

—Es la higiene, amor.

—Follamos dentro de un manual, Childe. Así no puede ser.

—Bueno, pues si se te enferma la polla, es tu problema.

—Mi problema es lo mal que hablas el castellano, cada día peor. Y mi polla no es la Dama de las Camelias. Mi polla resiste.

—¿Margarita Gautier?

—Eso.

Le hizo mucha gracia. Desde ahora la voy a llamar Margarita Gautier.

—Eso, y me llevas a que un piel roja me grave el nombre en la mismísima polla.

—Pienso que todas debieran tener nombre. Cada una es tan personal...

—No me cuentes tu vida, Childe, amor. Ya sé que aquí, en este disparate de ciudad, no paráis de joder desde los catorce años.

—Yo empecé a los doce.

Y se bajó las bragas, que eran mínimas, blancas y con lunarcitos.

El sesenta y nueve tampoco es acontecimiento nuevo en las viejas ciencias del joder, pero hay las que quieren y las que no quieren. Hay las que quieren encima, las que quieren debajo y las que quieren de costadillo. Childe quería de todas las maneras (aquí sí que evitábamos los días menstruales, claro). El sesenta y nueve siempre me ha parecido una manera profunda, barroca y muy intensa de conocerse una pareja. En el sesenta y nueve no hay posesión del uno por el otro, sino una devoración recíproca, mística, un canibalismo espiritual, una antropofagia del alma, que naturalmente reside en el sexo (los griegos la sitúan en el hígado por aproximación).

El sesenta y nueve es más religioso y menos violento que la cópula, el sesenta y nueve es la reciprocidad absoluta, en el sesenta y nueve se cierra el círculo de la sexualidad, o bien la sexualidad se hace circular, se hace circunferencia, y esos dos cuerpos circunferenciales, la bestia de dos espaldas inversas, la bestia rosa, son ya la plenitud de todo conocimiento, un quietismo a lo Miguel de Molinos, pero un falso quietismo, y una hostia consagrada, hecha de dos cuerpos, como en algunos medallones, que

asciende a los cielos de eso que los cursis llamamos erotismo o a los techos sombríos y húmedos de mi apartamento neoyorquino. En la Bowery, los borrachos queman su propio abrigo para calentarse. En la Bowery hay una larga perspectiva nocturna de hogueras, en cualquier acera, pequeñas hogueras en torno a las cuales un grupo de alcohólicos, entre la niebla, bebe y bebe, pasa la noche, y siempre hay el que se priva de unas gotas de ginebra para echarlas al fuego y avivarlo. Childe y yo estuvimos en la Bowery varias noches, en un grupo de whisky (se agrupan por bebidas, me pareció), en cuclillas entre los otros. Childe hablaba mucho con ellos en inglés, yo me limitaba a beber lo más profesionalmente posible, de las botellas de whisky que me iban pasando (también nosotros aportamos algunas), y pronto comprobé que allí se hablaban todos los idiomas, que el alcohol era un pentecostés que otorga el don de las lenguas, aunque lo que más se oía era griego.

Los bebedores de la Bowery no cantan ni hablan demasiado. Quiero decir que no cuentan historias largas ni van allí a llorar sus penas, sino que se bebe y se habla de la bebida, que es toda una cultura. (Si éstos supieran que yo le pongo coca-cola al whisky.) Por una cosa así te pueden dar un navajazo en la Bowery, aunque estos bebedores terminales son más bien pacíficos. Otra forma de quietismo. No hay otro misticismo que la inmersión absoluta en el pecado más profundo de uno. Nuestro pecado más profundo somos nosotros, claro. No somos otra cosa que nuestros pecados, y eso lo ha visto bien el cristianismo. A mí se me cansaban las piernas de estar en cuclillas toda una noche, pero Childe, con su cosa de jugador de rugby, aguantaba bien. En cambio yo bebía más que ella, y más profesionalmente. Era una pequeña hoguera que olía a rata quemada. Aquellos caballeros mendigos extendían las manos hacia el fuego, las metían dentro del fuego, se las lavaban en llamas como en agua, quizá esto era el faquirismo del alcohol. Había mujeres y hombres. Una rueda, una corona de manos gruesas y finas, manos como los pies de Cristo y manos de vendedora de mercado, manos de griego antiguo y manos de puta con las uñas largas pintadas de negro. Manos enjoyadas por la llama, con anillos de hoguera entre los dedos.

Y allí las manos párvulas de Childe y mis manos que tenían todavía entre las uñas sangre del coño de ella. Las botellas iban pasando de uno en uno, sin ritual, pero con toda la solemnidad de la borrachera bien llevada, y todos bebíamos a morro. Aquello era la comunión de los santos y el perdón de los pecados. Botellas viejas y nobles, botellas de bourbon, pequeños botellines robados en algún hotel, botellas de vidrio trabajado por un Benvenuto Cellini del alcohol y botellas de supermercado. Sabores negros del whisky malo, alegres e inesperados alcoholes de oro barato, licores que sólo sabían a la boca de otro, una ronda interminable de sabores en la que nuestras almas iban trasminando de unos a otros, eucarísticamente, en una gran calle interminable, bajo el cielo mediocre y derrumbado de la niebla, como un cielo con todo el vigamen podrido. A veces se oían trenes lejanos o barcos cercanos, las bestias inmensas y aullantes de la noche neoyorquina. Aprendí a distinguir el gemido ronco de un barco del chillido femenino de un tren, siempre un poco histérico. Childe me cogía una mano y me la besaba o la ponía sobre uno de sus pequeños pechos.

Yo tenía una borrachera inédita, insólita, pero pacífica, beatífica, feliz, y el dolor de las piernas se iba haciendo casi placentero. Las sirenas de la policía, a veces, le ponían a la noche un filo de navaja loca, de cuchillo urgente, que la noche en sí no tiene. Pero todos estos ruidos eran como la respiración inmensa, enferma y poderosa de la ciudad dormida.

Al alba, con miedo o asco de mirarnos unos a otros, yo caminaba unas manzanas apoyado en Childe hasta que llegábamos a su coche. Su coche solíamos dejarlo un poco distante, un poco escondido, porque era un Cadillac rosa de los cincuenta (ya no se fabrican), largo como un yate, sólido como un avión y viejo como un cocodrilo.

—Se lo compré a papá de segunda mano. Era el coche de su época.

—Yo sólo lo he visto en las películas.

—Pero mi pobre Cadillac sólo tiene la carrocería. Todo lo demás está cambiado, trucado.

—O sea que no es un Cadillac.

—Ya no se encuentran motores ni piezas de Cadillac. Se lo puse todo nuevo por dentro, como a papá le pusieron dos válvulas en el corazón y sigue siendo papá.

—Y lo pintaste de rosa.

—¿A papá?

—¿A papá también? Yo decía al Cadillac.

Cadillac o no, el auto servía para joder. Todo lo tenía abatible, pero la pieza más abatible de aquel coche era yo mismo. Childe me tumbaba en el suelo del vehículo, entre cajas de toallas de papel, cajas de preservativos, llaves inglesas, bragas sucias de la dueña, muérdago seco de alguna Navidad y un zapato femenino y solitario, impar. En mitad de la noche, en el arcén de una autopista, en un callejón sin salida, Childe me follaba en el fondo del coche y eran tiempos en que yo respondía siempre y no pegaba nunca un gatillazo. En aquel Cadillac rosa viajamos por el puente de Brookling y por Brookling (antes se escribía así, con una *g* al final, que es como se debe hacer, porque esa *g* está para cortar la vibración de la *n*; luego la *g* se ha perdido, pero yo lo sigo escribiendo como lo aprendí). En Brookling vi muchas sastrerías baratas y, en los muelles de Brookling, los mismos lugares del crimen que había leído en mis novelas adolescentes. En aquel Cadillac rosa viajamos por el Bronx, entre negros y curas. En aquel Cadillac rosa cruzamos en todas direcciones el puente de Brookling, el puente George Washington, el puente Abraham Lincoln y otros que yo no conocía. Nueva York es una cosa roja y parda.

Chinatown es una verbena de pueblo con fumadores de opio. Harlem me pareció que se había aburguesado, con las casitas pintadas de colores, como en Holanda, y los negros muy formales, tocando la armónica o follándose a una puta rubia en un semáforo.

—¿Y cómo dices que se llama este coche?

—John F. Kennedy.

—Me lo temía.

(Los americanos siempre les ponen nombres a las cosas: les parece muy ingenioso, y la verdad es que a veces aciertan.)

—Pues yo hubiera preferido Dillinger.

—¿Que mi Cadillac se llamase Dillinger?

—Sí.

—Oh, no.

Y me pareció que le había proporcionado la mayor decepción de su vida. Los Kennedy son una de esas familias que constituyen el tirón dinástico de las democracias. Grandes clanes endogámicos que han tendido a perpetuarse en el poder, la política, el dinero, la tradición, las finanzas o el mero prestigio industrial o familiar, hereditario. Otras familias americanas asientan su nobleza en una marca de sopa que ya tomaba Búfalo Bill. Andy Warhol (cuya *factory* no visitamos nunca, aunque alguna vez nos invitaron) ha ennoblecido un apellido para siempre pintando sus latas de tomates. El negro bembón de mi hotel creía que yo era un fanático de los Estados Unidos y seguramente lo sigue creyendo. Tengo que enviarle un día una postal mandándole a la mierda. Childe tenía la nariz chatilla, aunque odio esta palabra, el pelo de trigo y la vagina suave y afectuosa como una gata rubia de un mes (no digo como la vagina de la gata, hay que joderse con la sintaxis). Gropius o su gente llegaron aquí e hicieron lo que pudieron. Los rascacielos eran el gótico de nuestro tiempo, querido conde, cuando los hacían en pico. Ahora los hacen rectangulares y ya no vale la frase. Juan Ramón

llamó a esta ciudad «el marimacho de las uñas sucias». El tren elevado es como el Lejano Oeste pasando por encima del siglo xx.

Manhattan es un sitio que huele como París, una cosa entre París y piel roja. Warhol era la única religión que no ofrecía nada a cambio. Llevaba nota en una libretita de lo que le costaba cada cosa, un taxi, unas flores, una copa. Había un bar con antorchas donde algunas noches iba a cenar Frank Sinatra. Sinatra dijo aquello de «yo no vendo voz, vendo estilo», y me lo apropié en seguida, porque me parecía que me iba. La letra zurda de Childe todavía me conmueve cuando entre los papeles sale una carta suya (hace tiempo que dejamos de escribirnos), pero he olvidado, ay, el sabor de su coño.

# CAPITULO TRECE

## El séptimo arte

Irene Dunne estaba muy propia en aquella película con Charles Boyer, no recuerdo ahora el título, hombre, y es una actriz que hoy está olvidada, no sé por qué. Cary Grant hacía siempre unos papeles de cínico elegante que me gustaban mucho, y sobre todo me gustaba su vestuario, unas chaquetas con las hombreras bien puestas y unos cuellos de camisa altos, muy bien hechos. *Doble vida* (*Double Life*, o sea, Dubel Laif), con Douglas Fairbanks Jr. (yo no había alcanzado al padre, claro), fue una película que me impresionó mucho y de la que hoy no recuerdo nada. O *El misterio de Fiske Manor* o *Las perlas de la corona*. James Stewart también era elegante a su manera, quizá demasiado alto, *Historias de Filadelfia*, *Caballero sin espada*, ya no se hacen aquellas películas, *Casablanca*, bueno, si vamos a hablar de *Casablanca*, qué te voy a decir. A Clarissa la conocí en un cineclub, naturalmente, durante mi pasajera vocación cinematográfica, mera pasión de espectador, pues que nunca pensaba dedicarme al cine, quizá como crítico. Clarissa, de hecho, hacía crítica de cine, con pseudónimo, en una revista progre. La tarde en que ponían *Eran cinco hermanos* sentí una mano en la mía, a media proyección, y decidí en seguida llevarme a Clarissa a Barcelona en el puente aéreo. Hay que pasarlas por la prueba del puente aéreo.

Barcelona es el adulterio. Barcelona es el *test*. Para los madrileños, me refiero. Quizá con Clarissa no hubiera hecho falta, pero lo de Barcelona era una fijación que tenía yo entonces, aparte que colaboraba mucho en revistas y periódicos catalanes. En Barcelona yo era «alguien».

—¿Y Orson Welles en *El tercer hombre*? Welles es el mejor director del mundo.

—A ti es que te apasiona la forma. Eres un esteticista.

—Sí. Incluso un barroco. ¿Y eso es malo?

—No es muy ortodoxo.

—Eisenstein es ortodoxo y *El acorazado Potemkin* es una película formalmente maravillosa. El expresionismo alemán, todo eso.

Clarissa, como todo el mundo por aquellos tiempos, cuando hablaba de la ortodoxia se refería a la ortodoxia comunista, claro. Clarissa era comunista y yo le andaba cerca. Clarissa era comunista, guapa y soltera de vocación. Tenía la cabeza en la URSS y el corazón en el sentimentalismo de Hollywood, o sea que estaba hecha un lío, como todas por entonces, como todos, pero no nos lo planteábamos. Yo a las tías es que soy partidario de seguirles la corriente. Se pierde menos tiempo y se gana terreno. Orson Welles me sigue pareciendo el genio del cine. Estuve tres veces con él, en Valladolid, en el Eurobuilding, aquí en Madrid, haciéndole una entrevista, y en El Rastro, un domingo. Siempre iba acorazado de tripón, largo puro y tía buena, generalmente rubia y muy joven. Lo de Barcelona no salió ni bien ni mal, igual nos lo habríamos hecho en Madrid. Anduvimos por los drugstores barceloneses robando libros de cine y viendo películas.

Incluso localizamos, en un pequeño cine del Barrio Gótico, *Carne*, de Andy Warhol:

—Esto es una mariconada, Clarissa —dije a la salida.

—Lo tuyo es que es machismo, Umbral. Y fascismo.

—Stalin manda a los maricones a Siberia.

—Ya estamos con Stalin.

—Sí, y con Siberia.

—¿Y todo eso por qué no lo escribes?

—Porque no hay que hacerle el juego a Franco. Pero a ti puedo decírtelo.

En esta simonía vivíamos. Pura contradicción y una cierta hipocresía. *Lo que el viento se llevó* es la película que más detesto del mundo. Clarissa tenía un cuerpo proporcionado y perfecto, bello y sólido, practicable, follador y un poco frustrado sexualmente. Clarissa tenía algo de solterona voluntaria de la Revolución. Había

entrado, por otra parte, en la religión del sexo. *Lo que el viento se llevó* viene de una novela de Margaret Mitchel que fue un *best seller* infecto. A Margaret Mitchel la mató un autobús cuando estaba en pleno éxito.

—¿Y tú no la mamabas, Clarissa?

—No, déjalo, son traumas de adolescencia.

Para ella escribí aquello de «te miro en tu provincia de tedio y plateresco», que luego tanto he repetido y han repetido (generalmente sin citarme). Es un alejandrino perfecto, o a mí me lo parece. Clarissa tenía traumas de adolescencia.

—¿Y me vas a dejar a mí que te coma el coño?

—Tampoco. Son traumas de adolescencia.

La progre, la liberada, la que me había cogido una mano en el cineclub viendo *Eran cinco hermanos*, ocurre que era una estrecha. Hoy creo más bien que era una semifrígida que buscaba la solución a su problema mediante el psicologismo y el análisis. Los marxistas/leninistas, como los católicos, lo explicaban todo por el alma. Jorge Fiestas era un homosexual feo y simpático que tenía un club adonde iba gente de cine, un club que estaba decorado con fotos y posters de artistas y contaba incluso con una pequeña biblioteca exclusivamente cinematográfica. Clarissa no la mamaba ni se dejaba comer el coño. Clarissa era reacia a la *fellatio* y el *cunnilingus*. Clarissa, o sea, no gustaba de follar en latín.

—¿Recuerdas a James Masón en *Larga es la noche*?

—Recuerdo *Larga es la noche*. El gran cine inglés de Carol Reed.

—Otro barroco, otro esteticista. Siempre vuelves a lo mismo, Umbral.

—¿Pues a ti qué coños es lo que te interesa de las películas?

—La historia que cuentan, los personajes.

—O sea el psicologismo. El psicologismo está pasado y es muy poco marxista. Es reaccionario.

Clarissa encendía un cigarrillo (fumaba mucho, yo gustaba del sabor del tabaco en su boca de labios abultados, excesivos, sexuales, ah si hubiera tenido el coño tan propicio como los labios).

—Me agotas, amor. Me agotas, Umbral. Anda, llévame a la cama.

Pero me llevaba ella a mí, ya que nos lo hacíamos en su piso de mujer sola (andaba por los treinta), que era un piso grande, un poco triste, con una tristeza en verde y una gran cama matrimonial que llenaba todo el dormitorio. Ya la cama en sí, muy hecha y compuesta, era una cosa obscena. A la tertulia nocturna y cinematográfica de Jorge Fiestas acudíamos como a misa. Jorge escribía en las revistas de cine y contaba muchas cosas, muchos chismes de Hollywood, y él era quien definía si Travolta era hortera o no era hortera, si Sara Montiel era estrella o no era estrella (algunas noches acudía la propia Sara, que luego ha sido y es tan amiga mía). Clarissa tenía un cuerpo sólido, ya lo he dicho, un cuerpo preciso, todo en su sitio, todo en su punto, un cuerpo como pensado por ella misma, que era absolutamente racional, con todas las contradicciones que aquí se han apuntado, y que ella asumía como «propias de un pensamiento dialéctico».

—¿Y Gloria Swanson en *Sunset Boulevard*?

(Se citaban siempre las películas por su título inglés: lo de *El crepúsculo de los dioses* era un invento comercial y hortera de los exhibidores o los dobladores.)

—Dice Jorgito Fiestas que Gloria Swanson es una choriza.

Jorgito Fiestas siempre estaba citado para el otoño en Nueva York, para tomar el té con Claudette Colbert o Katharine Hepburn. Luego publicaba largas entrevistas con ellas. Sentía la misma fascinación por las grandes mujeres inaccesibles que todos los homosexuales: Proust/Sarah Bernhardt. Con el cuerpo de Clarissa creo que hice un trabajo de orfebrería y tiempo. Sus anteriores amantes no la habían entendido. Ella tampoco se entendía sexualmente.

- Hubo uno que me obligaba a mamársela en los portales.
- Yo no había caído en lo de los portales, pero es una idea.
- Vete a la mierda.

Hay muchas mujeres que viven el conflicto de una sexualidad (mental, digamos) muy intensa, y luego el cuerpo no les responde (supongo que a otros tantos hombres les pasará lo mismo, pero es que yo no me acuesto con hombres). Estas mujeres, generalmente (era el caso de Clarissa), buscan la polla de oro, algo tan mítico como el vellocino de oro, que al fin y al cabo no es sino un coño, en su origen histórico. Tardan en aprender, o no lo aprenden nunca, que mejor que la multiplicidad de los hombres es un buen amante, paciente y seguro, que vaya pulsando su cuerpo durante años, si hace falta, hasta dar con la nota. Al fin encontramos una forma: yo la masturbaba con la mano, largamente, y cuando le venía el orgasmo (tardío y débil) la penetraba urgentemente. Así es como parece que le gustaba. A una mujer semifrígida (no existe la frígida total) no conviene hablarle de las mujeres fáciles, de respuesta sexual inmediata y orgasmos múltiples y encadenados. No saben lo que es eso ni lo entienden, y les irrita. El día que fuimos a ver *El último tango en París* me dijo por la noche:

—Quiero que me sodomices, amor.

—¿Con mantequilla o con margarina?

Mantequilla o margarina, le dolía mucho y decidió dejarlo. Vivía orgasmos cinematográficos. En el cine siempre jode la gente bien y rápido, y por eso el cine es mentira. Jorge Fiestas se puso enfermo y fuimos alguna vez a verle a su chalé de Mirasierra, por donde también me parece que vivía Massiel, casada con Carlos Zayas, un socialista que había entonces. Al principio pasó por el chalé de Jorgito todo el mundo del cine, pero como la cosa se prolongaba empezamos a ralear. Es lo que pasa siempre con las enfermedades. Al principio son un acontecimiento social y luego un largo olvido que termina en otro acontecimiento social, en el Funeral House.

—¿Y Bogart en *Casablanca*?

—¿Y Rita Hayworth en *Gilda*?

La noche en que retransmitían los Oscars de Hollywood nos quedábamos en su casa a verlo. Venían otros compañeros de su revista y había orgasmos masculinos y femeninos cuando Sinatra insinuaba tres notas de *Extraños en la noche*. Heleno era un pintor vasco, bajo, remoreno, cenceño, renegrado, ni tosco ni fino, al que vi llegar al Café Gijón, una noche, muy dispuesto a follarse Madrid y ganar dinero. El caso es que con el tiempo lo consiguió. Para celebrar una de las enfermedades de Franco, o cuando el tiro que se pegó en la mano, cazando, no recuerdo, Heleno, que tenía mujer y niños, dio una gran cena en su casa/estudio, todo comida vasca. Allí estuvimos Clarissa y yo. Había pintores, chicas monas y de todo. Los mismos de siempre. Los mismos con las mismas. A medianoche, Heleno salió del baño completamente desnudo (había estado un rato ausente). Era un hombre bajo, mal hecho, cubierto de vello negro y con una polla muy grande. Nos invitó a desnudarnos a todos. Clarissa fue de las primeras, e incluso sospeché que contaba con aquello, pues le vi quitarse una lencería recién estrenada, desconocida. Y no me había dicho nada. La polla de Heleno tenía fama entre las mujeres y todas habían acudido expectantes. Íbamos a follar todos con todos porque Franco se había volado un dedo cazando. Me fui de la casa sin que nadie reparase demasiado, ni siquiera Clarissa, aunque había alguna maestrilla trotskista muy guapa y enigmática a la que me hubiera gustado follar, o por lo menos ver desnuda (se la beneficiaba el poeta Carlos Oroza).

—¿Por qué te fuiste la otra noche?

—Porque siempre me escapo de las trampas.

—La maestrilla estaba preguntando por ti.

—Qué mona.

—Fue todo muy normal.

—Fue todo un homenaje a la polla de Heleno, y yo sólo rindo homenaje a mi propia polla. No soy maricón.

Barruntaba yo, no sé por qué, que a quien se había tirado el pintor era a Clarissa, mientras le dejaba su temulenta esposa a una lesbiana. Como por entonces era cuando había aparecido en mi vida Mafalda, me parece, o alguien así, estuve un tiempo sin ver a Clarissa, ni ir al cineclub ni visitar a Jorgito Fiestas, que lo que tenía era cáncer de estómago. Se pasaba el día en la cama delante de una pantalla viendo vídeos. Ahora les ponen la bomba de morfina y no sufren nada, lo pasan muy bien, y encima con vídeos.

El llamado séptimo arte es una pasión de juventud que se pasa con la edad. Es una enfermedad infantil. Sólo siguen en eso los profesionales, cuando ya la pasión se les ha transformado en oficio. Era un reposo para mí, un reencuentro conmigo mismo, una delicia, volver a mis hospitalarios libros, releer de nuevo todo Proust y todo Baudelaire y todo Quevedo y todo Valle-Inclán. El escritor se reconoce siempre en otro escritor.

Hasta que un día me llamó Clarissa, naturalmente. Era para invitarme a una de Antonioni. Entonces me parece que se llevaba Antonioni:

—He sacado dos entradas. Una para ti. Sé que te gusta Antonioni. Ése sí que es un esteta.

—Justo. Pero a ti no te gusta.

—¿Sabes que estoy empezando a entender tu esteticismo? Ya lo explico muy bien. Me has educado el gusto y no lo sabía.

Me ganó por la vía del halago, que eso las mujeres lo hacen muy fino con los vanidosos como yo, y qué hombre no es vanidoso. Sólo se puede ser vanidoso o hijoputa, o sea resentido. No recuerdo si la película era *La notte* (siempre el título sin traducir), o *El deserto rosso* o *Blow Up* (la verdad es que Antonioni me sigue gustando hoy día, cuando lo echan por la tele: fue un barroco de la línea recta, un retórico de los espacios vacíos). Clarissa era más bien monocorde en el joder, o sea conservadora, pero esto no convenía decirselo, y menos en una reconciliación, de modo que volvimos a hacer el amor como siempre, como a ella le gustaba, y me pareció que había engordado un poco, pero asimismo me callé esto. Eran unos polvos casi matrimoniales, pero de las buenas épocas de un matrimonio, que no son necesariamente las primeras.

—Lástima que Antonioni se haya pasado.

—El cine es fugaz, Clarissa. La que no se ha pasado es ella, Mónica Vitti, le ha sentado bien la separación. Él la estaba vampirizando.

—Siempre que una tía os gusta decís que el otro la está vampirizando.

—Algo hay que decir.

Clarissa se iba adentrando en la edad entre mis brazos. Ya no tenía los pechos tan agresivos, y el culo había perdido su forma pura para ser un hermoso culo, que es otra cosa. Pero jodíamos mejor que nunca, técnicamente, sólo que yo ya no la quería, creo que alguna vez la quise. Las orgías en casa del pintor parece que se repetían de vez en cuando, con o sin enfermedad de Franco, y Clarissa, naturalmente, había optado por no decirme nada. De modo que lo fuimos dejando y un año más tarde me llamó:

—Que se ha muerto Jorge Fiestas. ¿Vas a escribir algo?

—Sí, supongo que sí. Aunque no se me dan los muertos.

—¿Nos veremos en el entierro?

—Claro.

Pero no fui al entierro y creo que, metido como estaba ya en un periodismo muy político, tampoco escribí nada. Las épocas de una vida se van cerrando solas, y mi época/séptimo arte se había cerrado hacía mucho. A lo mejor, Katharine Hepburn, hecha un homínido, sigue yendo al mismo salón de té neoyorquino donde se veía con

Jorge Fiestas.

# CAPITULO CATORCE

## El tardofranquismo

Pía Rosa, marquesa de Santa Pía, es algo así como la Melina Mercouri del tardofranquismo, cabeza alta y un poco mitológica, melena gris y un aura de Moët Chandon. En el Ministerio de Obras Públicas hay muchos jóvenes comunistas que hacen versos, poesía lírica. En la Ciudad Universitaria, los jóvenes estudiantes y las jóvenes estudiantes discuten todos los días, a hostia viva, con los caballos de Franco. A alguno le atropella un caballo y se queda cojo para toda la vida, mientras los grises azotan con su porra de goma el culo de las chicas que corren por el campus, el joven y ceñido y gimnástico culo de las estudiantes que corren por el campus. James Parkinson (1755-1824), médico y geólogo inglés, nacido en Hoxton y muerto en Londres, efectuó estudios sobre la parálisis agitante, que desde entonces es designada con el nombre de enfermedad de parkinson. Por las noches nos reuníamos en Oliver, el club de Adolfo Marsillach, y allí estaba la *gauche divine*, la izquierda festiva, que dijo Manolo Summers, allí estaba María Asquerino, trasnochatriz, princesa triste de los metales nocturnos, allí estaba Gabriel Celaya, con su melena blanca, vicaria de la melena que lucía Alberti en el exilio, y en el sótano tocaban el piano, y bailaban entre ellos, las dulces y resentidas mariconas del cine y el teatro, cantando bajo la lluvia, bésame, bésame mucho, los últimos de Filipinas, beguin de beguin, noche y día, música cinematográfica, mayormente. Yo hacía entrevistas a todo cristo y don Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de los Ejércitos, no tocaba el piano porque empezaba a tener parkinson en una mano y porque no lo había tocado nunca, tenía mejor pulso para el rifle de matar rojos y ciervos vulnerados.

—Mi marido me quiere quitar el título y los niños. Bueno, los niños ya me los ha quitado, pero yo me estoy defendiendo como un puma.

—Tu marido lo que no tiene es conciencia.

—Mi marido yo creo que es un cabrón y encima un poco cornudo, ¿no crees?

—Eso, quién como tú, Pía Rosa.

Nos encontrábamos en la gran tertulia de Oliver, ella de melena loca y gafas negras, en un innecesario incógnito de marquesa roja o falsa Melina. Pía Rosa bebía whisky Chivas Regal, fue la que me enseñó a beber whisky Chivas Regal, «he tardado muchos años en coger una copa con naturalidad», escribió mi amigo el poeta José García Nieto. Después de iniciarme en el whisky, Pía Rosa, marquesa de Santa Pía, quiso iniciarme en el amor de las maduras, en el sexo de las marquesas que han salido un poco putas. En Oliver, por las noches, y en Commodore por las tardes, tenía su Corte de poetas comunistas, periodistas de *Mundo Obrero*, chicos de Emilio Romero, actores y homosexuales. Con su modelazo y su visonazo, llegaba algunas noches hecha un bellezón. Paseábamos ella y yo por toda la manzana de casas en la que estaba Oliver, entre los ciegos de la ONCE, que ven por la noche, como los gatos, y se estaban sentados en las aceras cantando cosas de su pueblo, bebiendo vino o, separados por parejas, follando un ciego con una ciega. Había menos inseguridad ciudadana. Ni siquiera se conocía la palabra.

Al doctor Parkinson le dio también por la geología. Fundó la Sociedad Geológica de Londres. En su honor lleva el nombre de parkinsonia un género de amonites. Lo que no le dio nunca fue por investigar la ceguera, agitante o no.

—Umbral, yo sólo soy mi melena y el riñón que me falta.

—Esto te ha quedado muy bonito, Pía.

Seguramente se lo había escrito en un verso algún poetilla comunista de los que ella colocaba en los ministerios donde tenía mano, pues Pía Rosa, marquesa de Santa Pía, llegó a tener alguna mano en el tardofranquismo. Como que estaba de barragana con un ministro de Franco, del cual tenía un hijo, con el que vivía en Azca, que todavía no era Azca, sino una confusión de ovejas, chabolas y rascacielos.

—El señor ministro me pasa todos los meses quinientas mil pesetas con cargo al presupuesto.

—¿Y el coche oficial?

—El coche oficial también lo uso mucho para mandar el niño al colegio. Bueno, y para cuando tengo alguna emergencia.

La verdad es que en el coche oficial del señor ministro nos dábamos nuestros dulces y perfumados paseos matinales por la Casa de Campo y por la Ciudad Universitaria, entre el cafarnáun de los estudiantes, los caballos y los guardias. Íbamos hacia el Club de Golf o el Club de Campo, según, a tomar el vermú, que ella decía el aperitivo. Se ponía ciega de vermús.

—¿Otro *vermouth*, Umbral?

—No, que me empalaga. Prefiero el Chivas.

—No son horas, pero tú verás.

En el Ministerio de Obras Públicas, los jóvenes comunistas han terminado de hacer sus deberes, o sea la poesía social, y a la hora de irse a comer se comentan unos a otros lo de todos los días: que Carrillo y Semprún preparan para esta primavera la Huelga Nacional, que Franco tiene parkinson, que vienen los nuestros. En la Ciudad Universitaria ha habido un estudiante herido grave, lo ingresan en una clínica y Ruiz Giménez le lleva agua de Lourdes para la curación. Yo veo por la ventanilla del coche ministerial (nunca le quitamos la capucha al banderín nacional, en estas excursiones) cómo los grises pegan con su porra en el culo beligerante y duro de las estudiantes y la verdad es que me gusta un poco, me excita, apetece pegar en uno de esos culos jóvenes, combativos, saludables y olímpicos.

—Qué miras, guarro. ¿Te gustan esas rojillas?

—No creas, Pía Rosa. Se ponen muy pesadas con la revolución.

—Pero joden como descosidas.

—Yo estoy servido, amor.

Y Pía me agradece el cumplido cogiéndome una mano con sus manos de reina vieja, con sus manos de puta cara, con sus manos anilladas de artrosis, anilladas de oros y platas, anilladas de piedras verdes y rojas que no sé distinguir. O sea que yo trabajé una temporada de macarra con la marquesa de Santa Pía, no es que me vayan las maduras ni las marquesas, pero un polvo se le echa a un pobre, como decía el poeta del Gijón Eladio Cabañero. Trabajé de macarra para una aristócrata y siempre lo cuento, como la que estuvo de modista con una señora marquesa de la Castellana. Estas cosas me parece a mí que dan seriedad a unas memorias. La enfermedad de parkinson también la tenía don José María Pemán, que había sido amigo de Franco y ahora era enemigo, en el tardofranquismo. El almirante y poeta Jesús Juan Garcés, garcilasista, me contó que Franco se aferraba al trono, o sea el sillón, con la mano parkinsoniana, «una mano de águila», decía él, una mano como una garra.

Con Gabriel Celaya, Paco Rabal y todos los demás, o sea los legitimistas de la noche, nos íbamos de Oliver a Bourbon Street, un club de jazz que había en Diego de León. Allí se hacía buen jazz, se conspiraba un poco, se hablaba del último libro de Aleixandre y Pía Rosa me cogía las manos o me besaba borracha, con unos besos grandes, gratos, dulces, alcohólicos e incestuosos, esta noche te folio, Umbral, esta noche te folio. La melena viva de Celaya era el aldearán de aquellas noches blancas del tardofranquismo, cuando dábamos gritos subversivos y solitarios contra la cellisca del Guadarrama y la dictadura.

—Me gustan tus manos, Paco. Te voy a regalar una sortija.

—La empeño al día siguiente.

—Eres un macarra sin estilo.

—Pero te gusto.

—Un disparate.

Lo que sí me regaló fue una pequeña paloma de plata maciza que en realidad era un salero, y con la que yo siempre jugaba durante sus cenas de diplomáticos, porque a veces daba cenas de diplomáticos. Los diplomáticos sabían que la marquesa tenía mano con el señor ministro, y un buen diplomático no debe despreciar ninguna vía, bien sea la legal o la alternativa:

—Me ponen una vela a mí y otra a la mujer del ministro, que tiene cáncer de mama. Incluso algunos vienen de espías. Toma la paloma, te la regalo, que sé que te ha hecho gracia.

Y me la metió en el puño.

En los bajos de Oliver, las fieras y resentidas mariconas, las melancólicas carrozas del cine y del teatro, bailaban con los jovencitos de provincias, con los actorcillos que habían venido a conquistar Madrid, extraños en la noche, Colé Porter, sabor a mí, Sinatra, y mayormente aquello de *Casablanca*, los tiempos cambiarán de forma y de color y no variará mi amor, Sam, tócala otra vez. El apartamento de Pía Rosa era claro, amplio, moderno, lujoso, pero no dejaba de tener algo del piso de una entretenida. Yo me pasaba allí días enteros, o noches enteras, el señor ministro tenía días y horas fijas de visita, y además siempre avisaba antes por teléfono:

—¿Es que teme encontrarme aquí?

—No te sientas importante. Ni sabe que existes. Teme encontrarse a cualquiera, un diplomático, un pariente, otra marquesa.

El Generalísimo Franco movía con su mano parkinsoniana las piezas del juego, las familias del régimen, como toda la vida, aquí el Opus, aquí la Falange, o sea el Movimiento, aquí los tecnócratas, aquí Jorge Vigón, aquí López-Rodó, y en este plan. Por las calles de Postas y de la Cruz hay algunas casas de empeño, algunos zaquizamís de prestamistas y empeñistas, algunos chiscones donde se puede empeñar una paloma de plata maciza, una pequeña y graciosa y valiosa palomita/salero.

—¿Qué le parece a usted la pieza?

—Curiosita.

—¿Sólo curiosita? Es plata maciza.

—No se fíe. ¿Dónde la ha robado, joven?

—Es un regalo.

—Si está muy necesitado, se la compro.

—Ya le digo que es un regalo y quiero recuperarla. Ahora es que estoy en un apuro.

El judío de la calle Postas era un hombre calvo, un vampiro inverso, ya que lo único que le faltaba eran los colmillos, y al sonreír mostraba dos huecos como dos colmillos de sombra. El empeñista de la calle Postas tenía algo de labriego honrado, olía a verdura fresca más que a joyas empeñadas y dinero, pero se nace prestamista como se nace teólogo, eso nunca se sabe.

—Quinientas pesetas y pierdo dinero.

—Ya le digo que vuelvo a por la paloma. Necesito mil.

—Quinientas y le firmo la papeleta. Les das mil y luego no les vuelves a ver.

De pronto había empezado a hablarme en tercera persona del plural. Quizá eso formaba parte de su dialéctica de prestamista. A mí me parecía que empeñar la paloma/salero era menos canalla que venderla. Siempre podría recuperarla, quizá con dinero de la propia Pía. Me fui con las quinientas pesetas y la papeleta. El prestamista tenía firma de notario. A lo mejor era un notario que un día lo dejó todo y le dio la vocación de prestamista. En un bar de la Plaza Mayor me tomé dos bocadillos de calamares con vino tinto y me jugué unos futbolines (perdiendo).

Lo de la Universitaria parecía que no tenía arreglo. Cada día se producían mayores incidentes, la universidad era un caos y todos los niños bien de Madrid se habían hecho comunistas (se volverían de derechas en cuanto muriese el Generalísimo). Pía

tiene un cuerpo hermoso, grande, un cuerpo que llamaríamos grandioso, blanco, enfermo, fuerte y follador. Contra lo que yo esperaba, Pía no es una mujer de jodienda complicada, sino que, tras un largo prólogo de whisky y conversación social, te lleva a la cama y te folla como una madre, como la tía marquesa que hay en todas las familias, como la hermana marquesa de tu madre, y yo veía debajo de mi cara su cara bella y patética, y disfrutaba sus pechos grandes y blandos, sus muslos largos, sus orgasmos rápidos y verticales, su perfume Lanvin o lo que coños fuese aquello, debajo del cual Pía huele a mujer muerta, a tabaco rancio, alcohol podrido y sanatorio. Había en todo ello un algo incestuoso que era el mayor encanto de nuestra relación. Pía es como si se beneficiase los hombres en serie. Cuatro revolcones, un polvo y ya está. Que pase el siguiente. Pero el que pasaba era el valet, Mario, con unas copas en una bandeja, entraba sin avisar y casi siempre me veía el culo, cosa que no me gustaba nada. Sin duda estaba escuchando, por indicación de Pía, y en cuanto cesaba el jadeo entraba con el whisky y la bandeja, ya preparados.

—Gracias, Mario.

Era muy deferente con el servicio, como toda la gente bien. Pía, tendida boca arriba, relajada después del «polvo alegre», como los llamaba ella, fumaba y bebía despacio, incorporándose un poco, y me hablaba de cómo iban las cosas por el ministerio y por El Pardo, y de cómo iba el cáncer de mama de la señora ministra, nada, metástasis, se nos muere en seguida, por la casa andaba el hijo que ella había tenido con el señor ministro, unos diez años, o sea que la relación venía de largo, la misma cara que el padre en los periódicos, pero el niño no molestaba nada ni daba un ruido.

—¿Y el parkinson de Franco?

—Nada, eso siempre va muy lento, así puede estar otros cuarenta años, por ahí no hay cuidado, estamos tranquilos.

—¿Y por qué le llamas a lo nuestro un polvo alegre?

—No querrás que me ponga trágica. Pero sabes que te amo. Te quiero muy en serio.

—¿Entre polvo alegre y polvo alegre?

—¿Está celoso mi guapo macarra?

—Ni soy guapo ni soy un macarra.

—Seguro que ya has empeñado la paloma de plata.

(Era bruja, claro, como todas.)

—Vete a la mierda.

—Te quiero, joven poeta. ¿Me quieres tú un poco?

—Si no fueses tan puta, marquesa.

—Sólo lo imprescindible, Umbral. Lo que pasa es que soy muy mayor para ti.

Y se ponía triste, amarga, sombría. Yo creo que el whisky la deprimía.

—Yo creo que el whisky te deprime un poco, Pía.

—No es nada, es la tristeza *post-coitum*.

Tocó el timbre de llamar a Mario.

—Mario, otros dos whiskies.

Los ciegos de la ONCE, una vez voceado el premio del día, se quedaban en la acera de la calle Prim, sentados en el suelo, bebiendo vino y metiendo mano a la ciega. Los ciegos ven de noche, como los gatos, y tienen muy fino oído para la música, como las serpientes. El Club de Golf era un sitio heráldico y aburrido, luminoso y repetitivo, nortes de Madrid. En el bar del Club había muchos escudos, medallas, oros, platas que cantaban en el sol de la mañana, y algunos caballeros y damas que iban allí a tomar el vermú (el aperitivo, decían ellos), casi todos los días, formando varias tertulias y mirando distraídamente las extensiones del golf, con su verde monótono, educado y anglosajón. Eran los que jamás iban a bajar a darle a la pelotita, y hacían bien. Pía tenía allí una tertulia de mediodía, por la que caíamos de vez en cuando. Todo el mundo sabe en Madrid que la amante de un ministro tiene mucha más fuerza que la

esposa (con o sin cáncer de mama), de modo que allí se rendían honores al negro y largo coche ministerial (con el banderín nacional enfundado), se rendían honores a la belleza y la personalidad de Pía Rosa, se rendían honores a los novios jóvenes y raros de la marquesa de Santa Pía, ya sabéis que mi marido me quiere quitar el título, es un impresentable.

Cuando el coche oficial del ministro, con el chófer uniformado (se llamaba Calasanz y era muy discreto), paraba a la puerta de mi pensión, para recogerme, había un cierto cachondeo entre los huéspedes y el personal de la casa:

—Que aquí el Umbral se tira a una ministra.

—A lo mejor es una nieta de Franco.

—Pues ya van estando ricas.

—Umbral, macho, cómo te lo montas.

—¿Es que te has hecho del Opus?

—Umbral, colócanos a todos.

Y en este plan.

Algunas mañanas, algunas tardes, Pía Rosa enviaba el coche oficial a recogerme. «Es que si no, luego llegas oliendo a tranvía o a metro.» Esta observación me molestaba un poco, porque yo ya había empezado a usar colonias de ésas que venden a granel, pero me dejaba querer. Alguna que otra vez, el automóvil vino en misión más grave:

—Que hay que internar a la señora —me dijo el fiel Calasanz.

La señora se drogaba, claro, la señora se colocaba, la señora vivía de la coca, el caballo, el alcohol y otros alivios, aunque en sus citas conmigo procuraba aparecer limpia, sólo nuestro compartido Chivas, que era ya como el agua de Lourdes que les llevaba Ruiz Giménez a los estudiantes quebrados por su antiguo Caudillo. La señora se estaba trabajando su hígado de hierro y su riñón impar con ejemplar eficacia, pero a veces le fallaba el corazón, o la tensión, o yo qué sé, y había que internarla. Este episodio se repitió varias veces. A la señora la íbamos a buscar Calasanz y yo a su apartamento y la arrastrábamos como podíamos al coche, ayudados por Mario, el valet y el portero de la casa, «perdona, mi pequeño poeta, pero esta vieja carrocería ya no me aguanta nada, ni un capricho, no sé cómo puedes quererme, además de vieja estoy muerta». Moribunda, diría yo.

La clínica estaba por Puerta de Hierro, era una clínica misteriosa y elegante, escondida y cara, adonde iba la gente bien del tardofranquismo a hacerse de todo, desde una desintoxicación a un aborto. Dicen que era de un prestigioso médico del régimen, muy cristiano y muy amigo de Franco, que creía evitar así «los inevitables deslices, las inevitables caídas de una clase social obligada al magisterio de costumbres», como me dijo en una entrevista que luego prohibiría la censura. Naturalmente, el doctor se estaba haciendo multimillonario con su eficaz colaboración al magisterio de costumbres (joseantoniano) de las clases altas, pero esto sólo era el inevitable reconocimiento social a su labor científica y moralizadora (que corroboraba con su presencia en rosarios masivos, en el Retiro y así).

Tras los primeros días de crisis, yo iba a visitar a Pía Rosa al sanatorio, cuando el coche oficial volvía a buscarme a la pensión:

—Que aquí el Umbral se tira a una ministra.

—A lo mejor es una nieta de Franco.

—O de López-Rodó.

—¿López-Rodó tiene nietas?

—Yo diría que López-Rodó es virgo.

—Umbral, cabrón, cómo te lo haces.

—Será que se ha hecho del Opus.

—¿Cuándo te mudas al Palace? Esto es poco para ti.

—Anda, Paco, colócanos a todos.

Don Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de los Ejércitos, sabía que se conspiraba contra él, que incluso los más franquistas veían ya que el sistema no tenía salida en el mundo moderno, tras la distensión Kennedy/Krushev. De modo que Franco organizaba todas las mañanas la estrategia, con su mano de águila, con su mano parkinsoniana, e iba jugando con lo que la Prensa llamaba ya «las familias ideológicas del Régimen».

No decían «familias políticas» porque Franco odiaba la palabra *política*, pero entre los intelectuales de la resistencia de Oliver, entre los golfistas del Club de Golf y hasta entre los ciegos de la ONCE, había como un élitro vibrante, una esperanza, un borbollón de futuro que nos refrescaba a todos un poco. El viejo no podría mantener su juego por mucho tiempo.

—Ya no hace más que ver la televisión y despachar con Carrero.

—A lo mejor nos esperan otros cuarenta años de Carrero.

—No jodas, piti, no te pongas en lo último.

Esto es lo que se escuchaba por los bares y tranvías. Pía Rosa, en su habitación de la clínica, se había montado una tertulia de amigos, comunistas y poetas. Ella estaba sentada en la cama, bella en su demacración (la convalecencia espiritualiza mucho a las mujeres).

Al señor ministro le decía, naturalmente, que se internaba para un chequeo, mujer troceada como era, pero bien conocía el señor ministro la naturaleza de aquella clínica (aparte de pagar la fastuosa cuenta final), de modo que jamás aparecía por allí a ver a su *otra* enferma, «sólo me llama a primera hora, nada más llegar al despacho, una llamada de trámite, casi, y yo aprovecho para preguntarle cómo están las cosas por El Pardo, ya sabéis que andan rumores».

Comprendí que Pía Rosa temía por la destitución, antes o después, de su ministro. Al fin y al cabo, ella estaba viviendo del presupuesto. Y también comprendí, por las palabras y la conducta de Calasanz para conmigo, que el señor ministro contaba con mi existencia o, más bien, contaba siempre con la existencia de alguien en la vida de su amor. «El señor ministro me ha dicho que te ayude alguien de sus amistades y me la llevas a la clínica, ya sabes, donde siempre, y la mayor discreción posible.» O sea que yo era alguna de sus amistades y era el propio señor ministro quien ordenaba el internamiento de Pía Rosa, quizá respondiendo a un SOS de ella. Aparte de que le debía tranquilizar quitársela de en medio una temporada, como nos ocurre a todos con las amantes, aunque no seamos ministros.

La tertulia en el cuarto de la clínica era una cosa cordial, íntima, cálida y casi conspiratoria. Pía Rosa, una vez repuesta de sus agonías, volvía a la vida más ingeniosa, más divertida, más hermosa, con su hambre inextinguible de vivir. Allí los amigos íntimos eran chicos bien, señoritos perdis de las mejores familias. Los comunistillas de ministerio eran los de siempre, alopécicos, barbuditos y gramscianos. A Pía Rosa le interesaba mucho escucharles, pues de ellos venían noticias sobre la estabilidad del tardofranquismo y las manipulaciones del Generalísimo, que tanto la preocupaban. Ellos eran los informados, la *intelligentzia* particular de Pía. Los poetas y periodistas me eran todos muy conocidos de Oliver y el Gijón. Contemplaba yo aquel paisaje masculino y me preguntaba, con unos celos fuera de lugar y época, a cuántos de aquéllos se habría tirado Pía. «Seguramente a todos.» Y esta idea de totalidad, curiosamente, me relajaba mucho. Todos eran ninguno. Por otra parte, estaba claro que yo, en aquellos momentos, era el delfín, el valido, el que estaba en alza, el elegido, y todos entraban en ese juego. La Montespan y la Pompadour también tuvieron una Corte fiel, como las propias reinas.

En aquellas tardes de clínica y conversación se bebía y se fumaba de todo, aunque lo que circulaba ante las enfermeras era sólo nescafé. Yo me sentaba al borde de la cama (en esto se notaba que era el elegido) y Pía gustaba de prepararme por sí misma un

café, un whisky, lo que fuese. Se daba por supuesto que yo me iba a quedar un rato cuando se hubieran ido todos, y me quedaba. Ella me lo pedía en algún aparte. Pía Rosa era la que más consumía de todo, con esa avidez por la vida que tienen los muertos.

—No os preocupéis por mi salud. Me lo ha dicho el doctor. Yo ahora empiezo a partir de cero, como una adolescente, y dentro de un año tengo que volver aquí, pero hay un año por delante para irse matando alegremente con los amigos.

Y me apretaba una mano.

Los niños bien, los señoritos perdidos del Club de Golf, incluso algún maduro, mítico y lacónico terrateniente, esperaban la caída del franquismo como una apertura a la democracia europea, que para ellos suponía más libertad de ganar dinero y más libertad en general.

—El problema de Franco, Pía, es que dura tanto que ha llegado a aburrir al personal —le decía yo.

Pero a ella le convenía mucho la perduración del Caudillo. A su edad, y con sus vísceras en tal estado, no iba a encontrar otro ministro. Los comunistillas de ministerio y poesía social lo esperaban todo de la muerte de Franco o de la caída del sistema. Yo sólo era allí el hombre objeto, pues que todavía no hacía periodismo político (y luego haría tanto). Cuando todos se iban yendo, Pía apartaba la ropa de la cama, se quedaba desnuda y hacíamos el amor en aquel lecho de enferma.

Quizá fueran nuestros polvos más intensos, felices, profundos, *diferentes*. Yo me follaba entonces una hermosa muerta con cabeza de Melina Mercouri (ya sé que la definición de personajes por alusiones culturales es kitsch, según la Sontag, pero me la suda y tengo prisa), una hermosa muerta con el cuerpo perfumado aún de medicinas, guantes de goma y quirófano. Pía Rosa, trabajada por las saludes artificiales de la clínica, por las drogas benéficas del piadoso doctor, por el sufrimiento y la decadencia, tenía ahora un joder más humano, era un cristo femenino entregado a mis penetraciones, y con respuestas más urgentes, honradas y directas.

Se nota mucho cuando una mujer se está corriendo *personalmente* contigo y cuando lo está haciendo en serie, cosa muy propia de Pía. Aquéllas de la clínica, a puerta cerrada y sin el intolerable Mario con su bandeja, mirándome el culo, fueron nuestras fornicaciones más alegres, más tristes, más bellas, y cuando creí profundizar en aquel coño grande, maternal, incestuoso. Nuestros orgasmos se encontraban entre la vida y la muerte, coincidían entre la angustia y el deseo, y mis eyaculaciones tenían la trascendencia de una entrega espiritual al santuario de la vagina, y sus orgasmos tenían la hermosa desesperación hembra de una mujer que se hace transparente de tan ofrendada. La carne, en otoño, dice, transparente, que no había más en ella, que ella puede ser el más que ella se quita. Estos versos son del Juan Ramón Jiménez tardío (el mejor en verso, el peor en prosa).

La carne otoñal de Pía se hace transparente para decirme que no hay más en ella, ni más deseo ni más amor, que la he vaciado, pero que ella aún puede ser para mí el *más* (más placer, más amor) que ella se quita (de su vida, de su muerte).

Los ciegos cantan el cupón por todas las esquinas. Lo dijo Luis Martín Santos en *Tiempo de silencio*, libro del que una temporada se habló mucho, y que no era sino el *Ulises* local que todo país tercermundista necesita hacer para no perder el tren de la modernidad: ¿quién ha echado a la calle a todos los ciegos de Madrid en el día más crudo del año? Pía, para celebrar su vuelta a la vida, organizó una fiesta nocturna en el Wellington, hotel de toreros y poetas, donde tenía reservada una suite permanente. Fue una fiesta flamenca, porque en el franquismo el flamenco se llevaba mucho, eran las esencias. Contratamos el cuadro de Los Canasteros, que había sido de mi difunto amigo Manolo Caracol, quien a veces cantaba profundo para el pintor Viola y para mí. Los palmeros vinieron por libre, los *habitués*, a veinte duros por noche y finolaina por

libre. Entre ellos contraté a mi querido Pepito Quereda, el mayor poeta de Albacete, luego millonario en Las Rozas y hoy difunto con mucho decoro.

Pía Rosa bebió y bailó hasta la madrugada. A Pepito Quereda, que llevaba alzas en los zapatos porque era bajito, y siempre un palillo en la boca, le di otros veinte duros de añadido, que aún no era millonario en Las Rozas, y vivía y bebía de las palmas y de un enchufe ministerial, como todos. Tuve la idea de meter a los ciegos de la ONCE en la fiesta, y unos cuantos ciegos que le pegaban al flamenco hicieron muy buen papel con las palmas, que los ciegos, ya se ha dicho en estas verídicas memorias, tienen un oído de serpiente para la música, tocaron el culo a las marquesas con su mano tonta de ciegos y alguno cantó los sonidos negros de don Manuel Torres, el maestro de García Lorca, con todo el sentido de lo negro que puede tener un ciego. Fue una velada muy distraída. Cuando se fueron todos, a las siete y media de la mañana, yo me quedé con Pía Rosa, pero no hicimos otra cosa que dormir.

La resistencia era una cosa cada día más evidente en la calle, en la prensa y en Oliver. Luis Apostúa, gran amigo mío, Apostúa Palos, para ser más exactos, amigo y vecino que paseaba por el barrio sus dos galgos afganos, con algo de cisnes (el galgo afgano es el cisne del perro, el cisne de la perridad), escribió en su recuadro diario del *Ya* que «el rumor es el florón de las sociedades silenciosas». Eramos una sociedad silenciosa a gritos.

—Mi pequeño poeta, estoy pensando que después de mi último percance debiéramos retirarnos tú y yo a Marbella para siempre. Allí puedes escribir tranquilo y vamos a ser felices.

Pía Rosa tenía una casa en Marbella, eso ya lo sabía yo.

—Pero yo tengo que hacer mi Obra.

Qué pedantes son los jóvenes escritores y los jóvenes en general.

—Tengo dinero suficiente para prescindir del ministro, he ido ahorrando, como comprenderás, y mi marido me pasa una renta, el muy cabrón, aunque pequeña. Al ministro lo cesan cualquier día.

Ava Gardner es una de las mujeres más bellas de Hollywood. A mí la belleza de Ava Gardner me parece fría, aunque ella sea una cachonda, o sea que no me va. Prefiero a mi inolvidable Rita Hayworth. Con Ava Gardner, Pía Rosa y otras gentes hacíamos tertulia algunas tardes en Commodore, plaza de la República Argentina, hoy, popularmente, «de los delfines», por los que le puso a la fuente mi viejo amigo del Gijón Cristino Mallo, hermano de la ramoniana Maruja Mallo. A Cristino le engañó el Ayuntamiento. Le encargaron un delfín, le pagaron un delfín y luego reprodujeron media docena. Parecen variados, pero, si usted se fija, todos son el mismo. Ava se levantaba mucho al teléfono para llamar a Sinatra a Nueva York. Ava, en Madrid, gorda y madura, hinchada de whisky y años, se tiraba toreros y guitarristas. Pía me dijo una tarde, en aquella tertulia: «Que el ministro y su señora han merendado ayer en El Pardo con el Generalísimo y doña Carmen, los cuatro solos, o sea que no hay cuidado, han tomado chocolate.» Al día siguiente, muy de mañana, el motorista de Franco le llevaba el cese a nuestro ministro. La merienda a cuatro había sido una despedida cordial, pero el ministro no había sabido entenderlo. Con el cese se vino abajo Pía Rosa, se vino abajo todo, me vine abajo yo y desaparecí. El periodismo me iba bien y tenía algunas novias entre la progresía con las que follaba en plan revolución. A Franco nos lo íbamos a cargar de un momento a otro.

Por la calle de Postas, a por la paloma de plata, no volví nunca.

## CAPITULO QUINCE

### Rilke y Federico

Munich, que ellos dicen München y pronuncian Minchen, o así, es ciudad de muchos tranvías y muchos conciertos. En Munich, München o Minchen, la gente se te va al concierto en cuanto miras para otro lado. La música es el fútbol de los alemanes, y en esto se advierte que no somos alemanes.

A Rosa de Lima, galleguiña cosmopolita, la conocí en Correos, o sea en Cibeles, cuando la gran plaza era un jaleo de trolebuses; yo estaba sentado en las escaleras de piedra, ojeando el mujerío. Rosa de Lima era dulce, complicada y enferma. Munich es la ciudad sagrada del nazismo, la flor bávara que se abre a mediodía en un reloj con figuras, dando las doce; cosa que asombra a los muniqueses toda su vida, aunque lo ven a diario, mientras se toman su salchicha de Frankfurt con cerveza negra. Porque las buenas salchichas de Frankfurt, naturalmente, las hacen en Munich. En Frankfurt encontré poetas españoles, poetas alemanes, especialistas en Rilke y profesores exiliados. Lo que jamás conseguí encontrar en Frankfurt es una sencilla y nutritiva salchicha de Frankfurt, con su pan y su mostaza. Es como si usted busca en Sevilla una sevillana vestida de faralaes y que baile sevillanas. Imposible. En Sevilla lo que se baila es el rock.

Me paseaba yo, tan hombre, por la Leopoldesstrassen de Munich, entre parques, casas y nieve, cuando una de las numerosas ciclistas que cruzaban la calle paró junto a mí. El pasamontañas me impidió reconocerla, pero la voz la cogí en seguida:

—Que soy Rosa de Lima. ¿Pero qué haces tú aquí?

—Ya lo ves, pasear por la Leopoldesstrassen, que es una calle muy bonita.

Rosa de Lima se sacó el pasamontañas y seguimos hablando.

—Pero aquí hace mucho frío. Vamos mejor a un café. Qué alegría que hayas venido.

—Mucha alegría.

—Y haberte encontrado en Munich, que es tan grande.

—Yo a ti te encontré en Madrid, que tampoco es pequeño.

El café era grande, caluroso y noble. Ella tomó café y yo cerveza negra de Munich, que me gusta mucho y en Madrid no la encuentro, coño. También comimos la ritual salchicha con pan. Rosa de Lima me cogió las manos y en el reloj de figuras dieron las doce del mediodía. Bach, Mozart y Beethoven conviven con la gente, en Munich, tan vivos como estuvieron, entran y salen de las cervecerías y a la noche van al teatro a dar un concierto. Rosa de Lima es una belleza a lo Ingrid Bergman, pero en galaico, con la cara guapa y sentimental, el cuerpo cotidiano, los pechos grandes, abandonados, y siempre su desnudo sudoroso, Rosa de Lima está enferma, siempre tiene febrícula, cosas de la matriz, dice ella, yo pienso si no estará tísica, que eso se pega. En Madrid, Rosa de Lima vivía en un piso viejo de la calle Factor, traseras de la Plaza de Oriente, con otras chicas, y allí había ido yo a acostarme con ella. Rosa de Lima tenía unos orgasmos líricos, sentimentales, galaicos, era esa clase de chica que nunca sabes si te estás follando una vagina o un arpa. Le echan tanto sentimentalismo al polvo que uno no sabe si lo suyo es orgasmo o poesía lírica.

Yo había llegado a Alemania en un atardecer de invierno, con retraso de la Lufthansa (era mi primera visita). Yo iba a Munich a dar una conferencia, pero el avión se había desviado por el temporal y aterrizamos en Stuttgart. El tío de la gorra, en el aeropuerto, como el tío de la estación, en el ferrocarril, eran tipos autoritarios, con pito en la boca y ademanes hitlerianos, que mandaban a cada uno a su sitio. Comprendí que a cualquier alemán basta con ponerle una gorra de plato para que se sienta Hitler. Como comprendí que un pueblo que toma el té todas las tardes con Bach y Mozart es un pueblo superior, o sea Europa, yo estaba en el corazón de Europa con una española cosmopolita que había dedicado su vida a los idiomas y los viajes, al cosmopolitismo por el cosmopolitismo. Rosa de Lima vivía Europa como otras viven una religión y

hasta se meten a monjas. En Stuttgart, que se parece a Madrid por los atascos de coches (en Munich la circulación es fluida), busqué la estación y me metí en un tren donde todo el mundo iba leyendo *Bild* y *Der Spiegel*, volvían del trabajo, sin duda, era la estabilidad europea, el paraíso socialdemócrata en vivo y con nieve de noviembre. En Munich busqué a mis escritores amigos (los de la conferencia) por la guía de teléfonos, y les dije que me presentaría en el sitio, día, hora y lugar indicados.

—Que tengo novio alemán, oyes.

—Si es alemán no hay problema.

—¿Desprecias a los alemanes?

—Desprecio a los novios oficiales.

La cervecería donde Hitler daba sus mítines, en Munich, es un sitio grande, lleno de vigas y maderamen, un sitio popular y espacioso donde te ponen la trucha con una banderita alemana clavada en la cabeza. Entre Stuttgart y Frankfurt (hablé también en las dos ciudades), andaban Eugenio de Nora, el poeta leonés, hoy más recordado por su estudio sobre la novela que por sus poemas, y Ferreiro Alemparte, un especialista en Rilke a quien inevitablemente llamábamos Rilkeiro, en el Gijón.

Eugenio de Nora me presentó en una conferencia, pero con quien yo trasegué más cervezas y conversación fue con Ferreiro Alemparte, Rilkeiro, gallego gordo, bueno y sabio. Sólo que era católico y se tomaba demasiado en serio los poemas de Rilke a la Virgen:

—No te lo tomes demasiado en serio, oye. Los poetas buscan su motivo donde quieren y Rilke hace lirismo con la Virgen, pero sólo lirismo.

Pero Rilkeiro se había entregado a la noble tarea de catolizar a Rilke. Frankfurt es una ciudad de libros, estatuas de hierro, parques y cafés con orquesta donde todas las viejas de la Comunidad Europea meriendan tarta a media tarde. O sea la prosperidad. A mí tanta prosperidad empezaba a darme un poco de asco y añoraba volver a la ilustre miseria de España. Stuttgart es una ciudad reconstruida a lo moderno, con rascacielos y muchos coches. Yo en todas partes hablé de García Lorca, que a los alemanes les interesa mucho más que Rilke, y lo siento por mi entrañable Rilkeiro. De la mano del afedericado Federico tuve éxitos que Rilkeiro nunca había tenido con Rainer María Rilke. Rosa de Lima estaba fascinada y me presentó a su novio. Su novio era un chico de pelo negro y bigotillo que no parecía alemán. Rosa de Lima le dijo unas cuantas mentiras alemanas para explicar su amistad conmigo, aparte de que a él le daba igual.

—¿Y tú crees que Rilke no llegó nunca a sentir el catolicismo?

—Pues claro, Rilkeiro. Rilke sólo buscaba temas, como todo el mundo.

—Desoladiño me dejas.

Y seguíamos bebiendo cerveza. Rosa de Lima no ha cambiado nada desde Madrid, salvo que suda menos o no suda nada. A lo mejor el aire puro de la nieve la ha curado. En su apartamento tiene esa cama/edredón de toda Alemania, que sirve para envolverse, taparse y lo que haga falta, que sirve incluso de almohada. A mí me parece un invento siniestro y nunca lo utilicé, sino que me echaba sobre el edredón, para dormir, y me tapaba con el abrigo. Dados los fríos de Alemania en noviembre, casi siempre dormía vestido. Rosa de Lima follaba mejor que en Madrid, con más iniciativas y entusiasmo, había aprendido cosas (a lo mejor yo también), de modo que besaba su boca bella y doliente, gozaba sus pechos más abundantes que sugerentes, y penetraba con mi pene de turista las grutas wagnerianas de aquella vagina maternal, entregada, hospitalaria. Siempre sospeché que Rosa de Lima disfrutaba más con la entrega en sí misma que con el orgasmo, o sea con el placer físico. Hay bastantes mujeres así, y entonces lo que tienes que hacer es potenciar en ellas ese sentimiento de entrega, esa sensación victimaría, que tanto les gusta, para que al menos tengan un orgasmo mental. (Y creo que estos humildes consejos de cama no están de más en unas

memorias eróticas: cada mujer es un manual de sexualidad diferente de los anteriores.) Era la época de *Hair* y los hippies, de modo que, como yo me resistía a los conciertos, Rosa de Lima me llevó a ver *Hair*.

—Es que tú no sabes cómo tocan aquí a Bach.

—A mí Bach me la suda. Eso es como ir a misa.

—Bueno, pues mañana probamos con Mozart. Ya veo que eres más bien mozartiano.

—No soy mozartiano para nada. Mozart y Bach me dan lo mismo, no los distingo. Ni quiero.

—Beethoven sí te llegará. Es más sonoro.

—No es un problema de sordera. Es que la música clásica, o sinfónica, o como coños se llame, me da mucho sueño. Y si me duermo en un concierto, los alemanes me mandan a Dachau. Buenos son.

—¿Entonces qué coños es lo que te gusta?

—*Hair*.

—¿Y eso qué es? ¿Una cosa de hippies?

—Mira la cartelera y te enteras. Yo he sido hippy. Este pueblo, con tanta música, ya ha hecho dos guerras mundiales.

El teatro estaba a tope. Yo vivía por entonces la mística hippy, que era la mística de los setenta. La versión alemana de *Hair* era una maravilla. Los chicos y las chicas desnudos, que jamás habríamos visto en España, me produjeron una sensación que podríamos llamar de provincias. Yo era el provinciano de Europa. Aquellas adolescentes desnudas, en un clima de marihuana y flores frescas, en un mundo de paz, juventud y sexo, me recordaron *Los ejércitos de la noche* de Norman Mailer. Sentí ganas de desnudarme y subir al escenario. Porque aquéllos sólo eran actores que hacían de hippies (un éxito mundial de Broadway), pero luego, en su vida real, no eran otra cosa que hippies.

—Tenías razón, Umbral, es un espectáculo nuevo y maravilloso.

—Ni nuevo ni maravilloso. Es nuestra generación, nuestro tiempo, nuestra vida. Y aquí siguen fijos en el reloj bávaro con figuras, que da las horas.

O sea que me puse un poco insoportable.

He vuelto mucho a Alemania, no sé por qué. Me parece un país doméstico y acogedor al que la música, como una droga, le ha llevado a graves excesos. Wagner viene de Nietzsche y luego viene el fascismo. Mis conferencias sobre García Lorca tenían un moderado éxito académico. Con Lorca de la mano se puede ir por el mundo entero. Más que un poeta, Lorca es ya un visado. Rosa de Lima, en su germanismo de postal y concierto, en su idioma alemán de academia, quizá comprendió de pronto que el mundo y la libertad iban por otros caminos. Pero los enamorados suelen referir exclusivamente a la persona amada todo lo que van descubriendo de grato o nuevo en el mundo, y Rosa de Lima estaba un poco enamorada. Hacíamos el amor a primera hora de la tarde, en su apartamento, con más eficacia y erudición que en Madrid, y luego yo me iba a mi hotel a preparar la conferencia y ella estaba allí siempre, en primera fila de la sala, con su novio, un alemán que parecía latino y que me aplaudía mucho. Uno ha ido siempre de tercer hombre, pero hoy todo esto me parece pueril (hay que decirlo en unas memorias/confesiones), y nadie estamos libres de estos mediocres equívocos del amor, que sólo han dado mal teatro, incluso en los clásicos. Prefería yo la libertad y la promiscuidad de los hippies, el mensaje de *Hair*.

Rosa de Lima, con todo su cosmopolitismo, seguía siendo una provinciana galaica y políglota que hacía el amor como una esposa. Ferreiro Alemparte, Rilkeiro, trabajaba todos los días en sus traducciones del poeta, daba clases de Rilke a los alemanes y me llamaba desde donde estuviese para tomar juntos una cerveza negra. El exilio es siempre peor que la muerte, pero exiliarse voluntariamente me parece una gilipollez. Aunque sea por Rilke. Eugenio de Nora fue muy tenido en cuenta por la poesía social,

pero hoy nadie le recuerda. Era un leonés hermético y germanizado. Su grueso libro sobre la novela española también se ha pasado. Escribir sobre la novela es como escribir sobre el agua. No hay género más mudadizo y fluente. Las cenas con los embajadores y cónsules eran muy aburridas (aunque luego la noticia de todo eso quede muy bien en la prensa madrileña). Rosa de Lima quería que follásemos todas las tardes, pero yo no me sentía tan atraído por ella como para eso.

Quedábamos en el café de nuestro primer encuentro. Ella llegaba en su bicicleta y su pasamontañas, tan enamorada, tan española, pese a todo, tan dócil y feliz. Dejaba la bici atada a un poste con una cadenita y nos íbamos en un taxi a su apartamento.

—Si te quedas en Alemania para siempre me caso contigo.

—Yo sólo escribo en español.

—Que te den una corresponsalía.

—Mi Alemania está en Madrid. Gracias, amor.

Era un follar clandestino y melancólico, con la nieve en la ventana y la sangre de las menstruaciones de Rosa en mi polla de hombre de paso. Me gustaba la intimidad alemana con una española (me hubiera gustado menos con una alemana, porque odio los equívocos del idioma). Otro con menos impaciencias vitales y profesionales que yo se habría quedado para siempre. Alemania es un país de acero y Bach, de nieve y militares. Alemania es lo mejor y lo peor de Europa. La música y la guerra.

La música y la guerra suelen ir unidas en la Historia. Volví otras veces a Alemania, como ya se ha dicho, pero no busqué ni encontré a Rosa de Lima. Allí, un hombre como Rilkeiro, enterrado en el corazón caliente y desconocido de Europa, entregado a una vocación que él mismo se había impuesto. No deja de ser una delicada forma de suicidio. Claro que el marco alemán siempre está alto y eso gusta a la gente.

Yo cobraba mis conferencias en marcos alemanes, pero esperaba llegar a España para enterarme de lo que había ganado. Uno sólo puede imaginar la riqueza en pesetas. Lo demás es una abstracción, como que el dinero es sólo un concepto fenicio. Sus noches para el novio y sus tardes para mí. Las mujeres siempre te salen un poco putas, por mucho que las cambies de geografía. Federico García Lorca, el Federico de Gregorio Prieto, amujerado y dócil, era mi sombra fiel en Alemania (también lo fue en Suiza y Bélgica), era mi amigo y confidente cuando yo preparaba, por la noche, la conferencia de la mañana o de la tarde, del otro día. Mira, Federico, son unos pesados y no entienden nada, les gusta que hables de los gitanos y que estés muerto por el fascismo (que ellos crearon), perdona que te chulee de esta forma, nunca habíamos viajado juntos, Federico, pero ya ves que hago lo que puedo.

Federico asistía a nuestras fornicaciones, como un ángel de nieve o un espía del cielo, y yo le veía allí, cuando me tendía boca arriba, en el impersonal apartamento de Rosa de Lima, cuando él me decía, con palabras cristianas, Umbral, Umbral, por qué me persigues. Federico era el otro yo que me permitía verme haciendo la farsa de la nostalgia con una aventura madrileña. Federico siempre fue más honesto, directo y valiente en sus amores.

Perdona, Federico, pero ya estamos de vuelta.

# CAPITULO DIECISÉIS

## La judía

Las pérfidas espadas, los colores, paños de un rojo frío, los imparciales relojes como el latido viviente de otro siglo, y las policromías y los escudos, los escudos —¿alguien mató alguna vez, o murió tras ese escudo, bajo ese escudo de curvado oro?—, la lenta majestad de los tapices, los más privilegiados minerales, la Historia detenida por un hielo, todo revisitado por una silenciosa mano femenina, todo museal, todo irreal de tan bruñidamente conservado, lienzos en que se espesa un siglo, la cantidad azul de los metales, la belleza y el catálogo en el filo o bisel de la crueldad.

Así vive Benamor, así vivía. Así la judía Benamor, anticuaría y coleccionista, amante serpentina de los hombres caros de la ciudad, en su cartuja de difuntos lujos, donde todo estaba en venta y yo nunca compré nada. Los homosexuales más decorativos, los incurables académicos, los pretenciosos críticos de arte, eran su corte, la gente de sus cenas (Paseo de la Castellana), la mitología de su prestigio erótico y social de mujer sola, alta judía de mi Madrid mejor.

—En cultura precortesiana, Benamor lo ha tenido todo, y lo supo ver antes que nadie.

Las pérfidas espadas, los colores, paños de un rojo frío, los imparciales relojes, etc. Benamor tiene un joder limpio y exigente, silencioso y sabio, profundísimo y callado (Benamor, digamos, jodía en *yiddish*). Su cuerpo es como sus piezas de arte, su cuerpo tiene la perfección implacable de sus espadas, la belleza cerrada y aristocrática de su raza. Benamor, adentrada en la edad y los hombres, tiene un rostro de judía corregido por la imaginería cristiana, digamos, un rostro de Virgen María lacerada, la nariz perfecta y los ojos con toda la anchura de lo negro, toda la profundidad del saber y toda la gravedad del deseo.

Me hacía unas cenas judías que me sabían a cuscús (esto nunca llegué a decírselo), a un cuscús sublimado por las secretas especias (y especies) de su pueblo. Pienso que uno, sin duda, se habrá acostado con otras judías (la famosa «judía pobre» de los primeros sesenta, que no me cabe en este libro), pero Benamor era y *hacía* tan de judía que eso presidió nuestro amor durante meses. Cuando las cenas eran colectivas (el académico, el homosexual, el hombre de teatro, el crítico de arte, el millonario por libre, etc.), Benamor encargaba el menú a un restaurante, y luego yo me iba con los demás. Benamor imponía a lo nuestro una clandestinidad que nunca he entendido ni justificado. Quizá era, sencillamente, la manera de amar de una judía.

—¿Y por qué andamos siempre escondidos?

—¿Quieres presumir de mí?

—Digo que podíamos ir juntos a algún estreno.

—¿No estás aquí bien, en casa?

En público sólo se la veía con homosexuales. Nos escondía, a sus amantes, como si también fuésemos antigüedades o piezas en venta, revalorizadas con el incógnito. Benamor tenía unos pechos pequeños y maduros, bellos y sentimentales, Benamor tenía un cuerpo ni grande ni pequeño, proporcionado y moreno, Benamor tenía unos muslos más esbeltos que largos y unas manos de elegante rapiña, de anillada sombra, de sabia y lenta caricia, que de pronto se hacía urgente en el coito. Benamor fue (y no hace tanto) mi profundización lenta y eficaz en el sexo y el sentimiento de la raza judía, que yo había conseguido despertar con la entrega dulce y dura de mi capullo, con la intención adoratriz y firme de mi falo.

Así fue todo.

Ni siquiera recuerdo cómo nos conocimos. Quizá ella misma se ha encargado de borrar en mi mente las huellas del origen. Pero era natural que coincidiésemos en aquel pequeño o gran mundo que era el nuestro, que nos era común, quiero decir. El académico, amante póstumo, digamos, de Benamor, se ponía elocuente después de la cena:

—Federico es la profundidad hacia afuera. Federico da siempre una imagen mejor que una idea.

—Eso ya lo dijo Francis Ponge.

—Federico es lo andaluz esencial pasado por lo contemporáneo circunstancial.

—Bueno, esa frase vale para todo.

—Federico es «tierra puesta en pie», como hubiera dicho Juan Ramón.

—Pero no lo dijo de él. Lo dijo del hombre en general.

El académico incurable pretendía sentar cátedra después de las cenas, en la tertulia de Benamor, pero el personal, estimulado por la picazón de los sabores y la condición discutidora del alcohol, prefería la controversia a la conferencia, en esa hora relajada en que los finos relojes de la casa, más que horas, daban siglos.

—Aquel reloj acaba de marcar el siglo XVIII —decía yo, greguerizante.

—Eso lo voy a apuntar ahora mismo y si me permites lo utilizo en un artículo.

—Siempre que me cites.

Así llegábamos a la hora de marcharnos. Cuando me citaba a mí solo, para cenar, me servía un whisky en la cocina y charlaba conmigo mientras hacía la cena. En su locuacidad había como una liberación femenina del hermetismo de la raza, como si se quitase un velo de la cara. Guisaba desnuda en la pequeña cocina y los sabores de la exótica cena me iban llegando como olores, confundidos con su conversación, mientras yo bebía despacio mi whisky con agua, sin hielo. Tenía la tienda abajo y la vivienda arriba. Me gustaba mirar su cuerpo desnudo, toda aquella perfección de glúteos, tan pulcros de línea, aquel culo ni grande ni pequeño, ni alto ni bajo, un culo de museo, si existiera el gran Museo de los Culos, desde los griegos hasta Rubens y hoy mismo (y debiera existir). De modo que apenas me enteraba de su conversación, que desvariaba entre lo social y lo artístico, dando siempre por supuesto mi asentimiento. Contra todos los tópicos, Benamor era una conversadora imparable, más bien una monologante, como si estuviera liberando los seculares silencios femeninos de su raza.

Cenábamos en el comedor, que era como cenar en el Museo del Prado, entre candelabros de siete brazos, separados por una larga mesa de una madera profunda, encerada, antigua y fuerte. Era como cenar sobre el cadáver de un caballero medieval.

Benamor, para cenar, se ponía «cualquier cosa», como decía ella, y cualquier cosa era una bata de seda fenicia sobre su cuerpo desnudo.

El académico incurable, el incurable académico, era un hombre poderoso y grande, orgulloso y bueno, del que siempre se aprendían cosas. Sólo que el alcohol le daba didáctico y acababa explicándote el eneasílabo en Rubén Darío y otras lecciones de segunda enseñanza. De todos modos era un maestro.

El pintor homosexual tenía conversación más amena que el académico, repuntes de maricones culta y amenidad de señorito que ha vivido de tertulia en tertulia.

El crítico de arte era discípulo de D'Ors y Camón Aznar:

—Ortega no sabía una palabra de pintura. A Velázquez no lo entiende y a Goya lo entiende a su manera. Dice que España no es un país de pintores, sino de excepciones, cuando no somos otra cosa que pintores, incluso los que no pintamos, claro, porque el sentido plástico lo da la luz de este país y la pupila castellana o andaluza o levantina, educada en esa luz.

El crítico de arte era el que tenía más razón y yo se la daba. Lo que más recuerdo del cuerpo de Benamor es su piel de seda, o más bien ese papel de seda que se pone entre lámina y lámina, en los libros de arte (ella tenía tantos), una cosa que parece que se va a desgarrar entre los dedos, pero que luego resiste mucho. Ramón Gómez de la Serna, en París, entraba en las librerías y se metía entre los libros de arte, no para mirar las láminas o leer a los pedantes críticos franceses, sino para tocar ese papel de seda femenina, que es lo más parecido a tocar la piel de un culo de mujer (judío, me atrevo a decir ahora).

Uno ha encontrado mujeres maduras con esa piel que parece desgarrarse con la uña, pero lo de Benamor no era la edad, tampoco era tan vieja, sino la raza, una seda bíblica, un papel/Biblia para forrar el culo y los pechos. Estuve muy enamorado de aquella piel, de aquel contacto baudeleriano, así como de su melena negra y fina, ondulante y libre, caída a veces como un pájaro aristocrático y vencido, y por ahí se veía lo desvalido de su raza.

—¿Estás muy enamorada del académico incurable?

—Vete a la mierda.

—¿Estás muy enamorada del millonario gilipollas que te ha puesto la tienda?

—Vete a la mierda.

—¿Estás muy enamorada de mí?

—Vente a la cama.

Porque un millonario, playboy provinciano, le había ayudado bastante a montar su gran tienda de antigüedades, que para mí era la mejor de Madrid. Por la casa sólo había fotos del académico.

—¿Y cuándo pones una foto mía, aunque no sea académico?

—Todavía no me la has dado.

—Todavía no me la has pedido. Además, no quiero que andes escondiendo mis fotos bajo la cama cada vez que viene alguien, como me escondes a mí.

—Es que tienes mala fama, Umbral.

—Cierto. Los judíos cuidáis mejor vuestra fama.

Me arrepentí en seguida de haber dicho esto, y ella hizo como que no lo había oído. La piel de Benamor, la piel de Benamor (aparte del hechizo caliente de su nombre), aquella piel judía, aquel contacto nuevo en mi vida, que me afinaba no sólo el sentido del tacto, sino todos los sentidos, y me llevaba a follarla con los cinco sentidos, más ese sentido misterioso y poderoso que se desarrolla en el coito, que nace y muere con el coito, y que nadie ha definido nunca. Con ese sentido misterioso y espiritual es con el que se folla, estoy seguro.

Había acariciado yo, y hasta mordido, como se cuenta en estas verídicas memorias, epidermis populares como la de Lola, o el blanco contacto de la piel de Alma, o la grata y suave aspereza de las pieles americanas y nordeuropeas (Childe, Kitty K., etc.), la piel adolescente y nenuco de María del Té, la piel ilustre y cansada de Pía Rosa, toda una geografía del tacto, el contacto moreno de la piel de niñas madrileñas cuyo nombre no recuerdo. Pero aquello era nuevo, distinto, caliente y valiente, un satén oriental, un vaso espiritual por el que discurría mi mano o mi polla como por un cielo caído y judío. Carne de papel/Biblia, inolvidable carne, lírica y vieja piel de mujer, Benamor, Benamor, con la antigüedad enhechizante de la raza sobre el cansancio bello de la edad de una mujer.

Ni el melocotón americano, ni el terciopelo europeo, ni la piel gitana de todas las españolas, sino un tafetán secreto, un deslizamiento profundo de su cuerpo sobre el mío, hasta encajar dulcísicamente la vagina en la picha, como una consecuencia natural de la vida, como el amor de los delfines o el celo de las madrêporas.

—Mi padre lo pasó muy mal después de la guerra, Paco, mi padre era un judío mal visto en nuestra provincia, mi padre se dedicaba al comercio, qué remedio, y yo le he visto morir sin violencia, pero morir del acoso de aquellos años en que el fascismo se hacía vengativo y sucio en las pequeñas ciudades, como era la nuestra.

Pienso, tendido boca abajo en la cama, mientras ella me besa la espalda y el culo, que Benamor se está vengando de todo lo que pasó, que Benamor ha iniciado desde abajo la conquista del mundo godo (a eso vino a Madrid), y que sus *antiquités* no son sino la revancha con buenos modales de una judía que no perdona.

—Benamor, tienes un culo *antiquité*.

—¿Me estás llamando vieja?

—Te estoy llamando eterna. Como tu pueblo.

—Olvídate de mi pueblo y quíereme por mí misma.

Un día le llevé un pequeño ramo de rosas rojas, a deshora, y se emocionó tanto que no supe nunca si era la reacción de un pueblo sentimental o de una mujer enamorada. Lo que en otra habría sido recibido como un cumplido de trámite, en ella desencadenó una deflagración de gratitud y sentimiento que no guardaba relación con la pequeña ofrenda. Comprendí una vez más que me estaba entendiendo con una cultura distinta, con una sensibilidad antigua, noble y diferente, con una mujer inédita.

Sus fiestas en la tienda, a media tarde, fiestas que daba para presentar una colección de porcelanas Ming o un bellissimo bargueño sefardí, que tenía algo de Arca de Noé, como si estuviera hecho con madera del Arca, cuando menos, eran siempre unas fiestas con los justos, los mejores, los elegidos, los primordiales y los principales. Ella aparecía de túnica judía, melena lisa, obsesivamente negra —¿se teñía las canas?—, con raya al medio, y algunas joyas en las muñecas y los tobillos, joyas simples y carísimas que ilustraban el dorado oscuro, el moreno aceitunado y sutilísimo de su piel, la calidad inconsútil de su carne. Me invitaba a estas fiestas, pero apenas me hacía caso. Había mucha gente que atender y, por otra parte, no era bueno desvelar al «favorito».

En cualquier caso, eran las fiestas más entonadas y bien tenidas de la *intelligentzia* madrileña. Creo que sigue dando alguna de vez en cuando, pero ya no voy.

Lo nuestro no terminó, sino que se disipó en el tiempo, en la intemporalidad de sus relojes del XVIII y sus Delacroix con texto de Baudelaire. Jamás olvidaré, viejo ya como soy, la dulzura sefardí de aquel amor, el suavísimo *yiddish* en que me hablaba en la cama, sólo música para mí. Nunca mi picha, quizá, ascendiera a tan esmerados paraísos y tan limpias fornicaciones.

Benamor, en la cópula, era primero demorada y dulce, silenciosa, acariciante y como distraída. Luego pasaba sin transición a una urgencia sexual violenta y viva, y los jugos de su vagina eran en mi boca menos frescos —ay— que los de las muchachas en flor, pero nuestras penetraciones eran gimientes, dolientes, vivientes y agotadoras, en su cama castellana y extensa, siglo XVI según el catálogo.

Jamás olvida un godo, en esta corta vida, un bello, intenso y límpido polvo sefardí. La polla se me hizo judía en una semana.

# CAPITULO DIECISIETE

## La polisaria

Joaquín Garrigues Walker, el hombre brillante de los Kennedy madrileños, fumaba irónicamente dentro de su esmoquin de muerto. Era un muerto sonriente y despeinado que se tendía, casi, en los sofás, porque los muertos aguantan poco, y menos de madrugada. Carmen Tamames, espectacular, altísima y con zapatos de oro, bailaba esa música árabe que suena como lo andaluz, y que propiamente se llama «andaluz»: alguien había puesto el disco, quizá la misma Fátima, la polisaria.

Massiel, la Massielona, la tanqueta de Leganitos, con su hombre de temporada, también se daba a aquel flamenco moro, y algunas otras damas. La noche, en La Florida, nortes de Madrid, entre comunistas de élite y actrices maoístas y un poco pasadas, era una fiesta que se abría, como una flor de mujeres y música, a la luna descendente del jardín, donde las grandes palmeras horizontales pusieran una africanía ignota y tan a la mano. Yo, tendido en el césped, sobre una capa árabe de Fátima, la polisaria, por la humedad y el céfiro, conversaba con el otro Garrigues, Antonio, que, deportivo y compacto, se había tumbado en el suelo mojado:

—Umbral, hoy he cubierto ocho horas de trabajo, ocho de deporte y ocho de política.

—¿Y tú cuándo duermes? Porque no me sale la cuenta.

—Pues tienes razón. Ahora caigo en que se me olvida dormir, y me está entrando el sueño.

Y se dormía un rato.

Las cenas de Fátima, la árabe hermosa que hablaba un francés *piéd noir*, la millonaria del petróleo, la polisaria sentimental, eran una fiesta grata y periódica, en invierno y en verano, un asalto de la *jet* madrileña al africanismo más vivo y profundo de la ciudad. Carlos Saura, sentado en el suelo, miraba cómo Mónica Randall se pintaba las uñas de los pies, primor muy erótico que a los fanáticos de la mujer nos tenía en un vilo. En aquellas noches árabes y transicionales, Luis González Seara se enamoró de Carmela García Moreno, y Joaquín Garrigues, el muerto, se paseaba entre nosotros como si estuviera vivo, aunque los grandes espejos no le reflejaban, prueba evidente de que ya no existía.

Los espejos son los únicos que no mienten en estas cosas. Fátima era oscura y hermética, bella y compacta, profunda y revolucionaria, rica y misteriosa. Fátima, en la cama, era enérgica y dulce, se quitaba las bragas como si se estuviese quitando un velo (para los árabes son la misma cosa), y su cuerpo moreno, su piel mate, su lujuria sombría me iba ganando lentamente. No es la negra de Baudelaire, coño, me decía yo, pero después de todo es una negra. Fátima lo sabía todo del follar, pero había llegado a esa mecanización de las mujeres muy de cama: se les nota demasiado el oficio, como a las putas, y esto le quita cierta intimidad a la cópula, aunque le ponga eficacia al orgasmo. Me llamaba algunas tardes a su chalé solitario de La Florida y nos metíamos en un cuarto que parecía el de la plancha a hacer el amor.

En algún lugar de Oriente Medio, árabes y judíos, blancos y negros, morían por defender el petróleo sagrado de Fátima. El petróleo es la beatificación del siglo xx, Fátima era la diosa remota y perdurable de muchos árabes que jamás se acostarían con ella, qué profanación.

—¿No te gusta acostarte conmigo?

—Ya ves que la cosa funciona.

—No eres el amante ideal, pero me gustas mucho y me enamoro de ti cuando te veo en las cenas, tan distinguido y tan tímido.

—Gracias. Nos dais un cuscús muy bueno.

—El tuyo lo preparo yo personalmente.

—Debí imaginarlo.

—¿Te gustan los dátiles?

—Claro.

—Pero tú no conoces los dátiles de mi país. Mañana te mando una cesta.

Y echábamos otro polvo. Dijo André Maurois que Marruecos es «noble y sucio como todo el Oriente». Fátima era noble y sucia como todo el Oriente. Su cuerpo hermoso, firme y maduro tenía como un drapeado de mierda y oro que yo advertía de alguna forma. Creo que el único incesto está en el cambio de raza. No hay otra transgresión que entrar con la picha pálida y decidida en el coño de una piel roja, de una judía, de una mora, de una rusa. Yo qué sé. La africanía profunda del útero de Fátima salía a mi encuentro con una avidez desconocida, nueva para mí, con una gravedad legendaria y litúrgica, pues aunque ella se hubiese «liberado» con la cabeza, su cuerpo seguía siendo un cuerpo de Alá y ella tenía unos orgasmos mahometanos.

Pese a que por este libro pueda parecer otra cosa, no ha sido uno muy dado al cosmopolitismo sexual (lo que pasa es que aquí, en función de la amenidad y huyendo de la natural monotonía del tema, he recreado algunos de los recuerdos más insólitos de mi vida amorosa). Lo que más le interesa a uno del polvo, a estas alturas de la competición, es la conversación que viene después, y yo no soporto una conversación extranjera. No es por el idioma, claro, sino por esa comunicación fluente y profunda que corre por debajo de la palabra «idioma».

María Cuadra nos contaba su próximo y aplazado estreno. Su marido, Eduardo de Santis, nos contaba su última producción en Italia. Los Segrelles nos contaban su último viaje. A veces aparecían los primeros y jóvenes periodistas del nuevo socialismo español y triunfante, y se veía en seguida que Fátima había tenido comercio carnal con la mayoría.

—Pero tú no eres uno más.

—Me encanta ser uno más.

—No entiendes lo que me pasa contigo.

—A lo mejor no te pasa nada.

—Tu cinismo es irritante y está bien para los periódicos, pero quiero que me entiendas.

—Para follar no es preciso entenderse. Basta con calentarse.

El negrazo de corbata, el chófer negro se presentaba a media mañana con una gran caja de dátiles del desierto, dulces, espesos, lentos y bíblicos como los besos de Fátima.

En invierno, nos reuníamos en torno de las varias chimeneas de la casa, y allí recuerdo a María Teresa Azpiazu, luminosa e irónica como a los veinte años, cuando la conocí. Joaquín Garrigues era un muerto que no acababa de morir y nos sonreía, desde su diván cansado, la mano colgante con el cigarrillo entre los dedos, mientras los obreros nocturnos le hacían la M-30 que él había diseñado como un cinturón de velocidad y eficacia alrededor de Madrid. Fátima me enviaba su gran coche azul a recogerme, como antes me lo había enviado Pía Rosa —ay—, y el mecánico, el mismo de los dátiles, me llevaba al restaurante inesperado donde ella había elegido un reservado. Jesús Lezama (o Luis Lezama, no recuerdo), cura y fondista, nos daba cobijo en aquellos almuerzos de hacer manitas, como dos adolescentes.

—¿Y tú por qué eres polisaria?

—Como tú, porque me parece justo.

—Pero te limitas a firmar manifiestos. Tu petróleo y tus dólares les ayudarían más, Fátima.

—No creas. Están tan desvalidos que eso se perdería como en el mar.

(El desierto no es sino el mar, el mar del que el mar ha volado como la gran mariposa que es.)

—Pero conviene que los niños coman.

Yo había visto a «los legendarios niños polisarios», como decía mi entrañable Ramón Tamames, sobrevolando las fiestas del pecé en la Casa de Campo, como los angelitos

negros de Machín.

—Claro. Pero es más eficaz conseguir que el pueblo polisario alcance sus derechos, su dignidad, tan abandonados y traicionados por el Gobierno español, que los saharauis se hagan realidad política ante el mundo y tengan una patria.

La mora era todo un político.

—Fátima, eres todo un político.

—El petróleo no vale nada si no tienes una política del petróleo detrás. Si yo legase todo mi petróleo a la causa polisaria, mañana se lo quitaría Hassan o cualquiera.

—Así, en cambio, tu autoridad y tu dinero te sirven para defender la causa a nivel internacional.

—Ya me ha salido el columnista.

—Vete a la mierda.

—Ven a darme un beso.

Los dátiles de Fátima habían sido primero un anticipo de su dulzura femenina, mora y antigua. Los dátiles de Fátima eran ahora como el recuerdo matutino de sus besos de la noche anterior. Luis Lezama (creo que es Luis) se gastaba el dinero del restaurante en promocionar toreros adolescentes y sin suerte, capas de pueblo, como el Bormujano. Los toreros y los curas siempre se han llevado muy bien en España, son dos especies exóticas que da el país con abundancia y lucimiento.

—Que digo, Fátima, que los toreros y los curas siempre se han llevado muy bien en España.

—A ver, explícame eso, seguro que es una de tus brillantes teorías.

—Si te lo explico no tiene gracia. Es como te digo y ya está.

Vivíamos la Santa Transición y Fátima tenía un cierto prestigio por su adhesión a la causa polisaria, tan abandonada por España. Pero Fátima era sobre todo un jeque femenino del petróleo, un «barón» del oro negro, y de esto íbamos comiendo todos, o cuando menos cenando. Jamás conseguí (racista que debo ser) perder mis prejuicios cuando me acostaba con Fátima. «Noble y sucia como todo el Oriente», sí, de Maurois en *Climas*, y aunque Maurois ya no se lleve, había viajado y algo sabía.

Fátima no era ni noble ni sucia, sino una profesional de los hombres que aquella temporada me había elegido. A uno le jode sentirse elegido, pero, por otra parte, mi cosmopolitismo sexual (que ya he dicho que es escaso) me llevaba a profundizar en la lujuria milenaria y violenta de Fátima. Sus ojos estaban recargados de mirada, su nariz salvaje me respiraba, su boca de negra comía de mi pálido cuerpo, mientras yo añoraba las niñas rubias, sus pechos llegaban en los pezones a una negritud desesperada que tiraba ya a lo cárdeno, su vientre era sexual y como de la tónica danza del vientre, su coño era una manigua en negro, una profundidad devorante adonde yo entraba como un explorador blanco y desarmado. Nunca he tenido miedo de las mujeres en la cama, de ninguna mujer.

A las mujeres cuando hay que temerlas es luego, en la vida.

—Eres raro e inexplicable, por eso me gustas.

—Yo me encuentro muy sencillo y hasta algo tópico.

—También yo me llamo Fátima, que es un tópico, pero hay algo más.

—Sólo veo en ti una rica del petróleo y una devoradora de hombres.

—Ahora estás siendo muy vulgar, amor.

—Deliberadamente.

—¿Es que nunca nos entenderemos?

—Nos entendemos en lo que a ti te importa.

—Sigues siendo vulgar.

—Lo siento. Esperabas demasiado de mí.

—Es que hay *demasiado* en ti. Lo que quisiera es apropiarme de ello.

—El tiempo.

—Yo no tengo tiempo. Yo no soy joven y las mujeres de mi raza envejecemos pronto. Esto último me llenó de una inesperada ternura. La acaricié y volvimos a hacer el amor, como dos tuaregs, macho y hembra, bajo la tormenta del desierto, que no era otra que la lluvia de agosto en el tejado de la casa.

Ramón Tamames paseaba su comunismo de whisky y de teoría por los salones de la casa. Las noches de Fátima siempre terminaban en el sótano, con música arábigo-andaluza y conversaciones políticas. Germán Álvarez Blanco, luego amigo de Victoria Vera, me daba noticias de la cosa. Yo pensaba que, sin duda, Germán era otro hombre *imprescindible* en la vida de Fátima.

El Bormujano, el hombre, no acababa de hacerse un cartel, pese a la ayuda económica y los enredos taurinos del cura Lezama. Esto de la fiesta es oficio duro en el que hay que poner algunas pesetas y un par de cojones. A uno le hubiese gustado que triunfase el Bormujano, a quien no conocía de nada, pero la cosa no pudo ser. Tamames me atacaba siempre por el mismo flanco:

—Umbral, que tienes que leer a Baroja.

—Baroja es impresentable.

—Da el XIX, y su propia época, mejor que nadie.

—Tú es que a Baroja, Ramón, le haces una lectura política, como Marx a Balzac. Pero Baroja no es Balzac.

—¿Y Galdós?

—No me des la noche, Ramón, amor.

Los políticos siempre hacen una lectura política de los novelistas. Las cenas de Fátima iban teniendo algo de funeral por Joaquín Garrigues, el muerto más elegante de la fiesta, que no se reflejaba en los espejos. Luis Seara había sido ministro con Suárez y ahora lo tenía más difícil para volver. Paco Ordóñez, quizá más inventivo, se sacó en seguida un partido que iba a venderle como paquete electoral al PSOE. Venía a mi dacha con Eduardo García Rico para hablar del libro programático que estaba escribiendo. Hasta nos fuimos a Barcelona a presentar el libro, cuando salió. Y luego Paco ha llegado donde ya ven ustedes. El Bormujano, en cambio, no llegó a nada. Los toros, como la política, son fuerte y desagradecido oficio en el que te llenas de oro o te mueres de asco bebiendo vino por las tabernas.

Don Adolfo Suárez hizo la revolución pendiente, que no era precisamente lo que esperaban sus falangistas. Don Felipe González trajo un socialismo populista que no iba a socializar nada. Don Manuel Fraga montó una Santa Alianza que venía a ser la continuación del franquismo dentro de la democracia. Las Cortes estaban muy animadas, por la tarde, y por la noche les contaba yo cosas del Parlamento, en la gran tertulia de Fátima. Aquí todo dios iba para adelante, todo funcionaba, éramos el asombro del mundo. Todos menos el Bormujano, que no se logró. Tampoco se logró la libertad, independencia y nacionalidad del pueblo saharauí, que era un pueblo nómada. A mí me había hablado una de aquellas muchachas saharauis, en su español del desierto, y mi emoción fue inesperada, alegre, triste y polisaria. Nunca supe si Fátima hacía algo de verdad por el Polisario o utilizaba este movimiento para alternar con la izquierda divina de Madrid, que era una cosa que le gustaba mucho. Con Fátima nunca se sabía, claro. Fátima fue la puerta oscura de un Oriente en el que jamás quise profundizar. Entre Fátima y Maurois me quedé con Maurois, en el fondo uno es un poco de derechas. Mi relación sexual con la mora amiga se había institucionalizado, y ya me sentía yo como con Pía Rosa, pocos años atrás, haciendo de valido. Nunca he servido para Godoy. Uno es un Godoy menos semental, más esbelto y sin ninguna afición política. Pero uno ha tenido que hacer ese papel más de una vez en esta vida (sólo cuento una parte en estas memorias), y lo cierto es que siempre me he sentido bastante ridículo como valido de una cortesana, cuando ya todo el mundo lo sabe y te ven como el hombre/polla. Es como andar por la vida con la bragueta desabrochada.

Joaquín Garrigues advirtió que estaba muerto en que ya no le reflejaban los espejos, y entonces dejó de mirarse en los espejos. En su casa creo que los había tapado todos con esa tela blanca de las mudanzas, lienzo de amortajamiento de los muebles:

—Es que estamos de mudanza —decía a las visitas, con su humor finísimo—. Especialmente yo.

Estaba de mudanza hacia la muerte, que es la única mudanza que de verdad hacemos en esta vida, antes o después. André Maurois es escritor francés que en realidad se llamaba Emile Herzog, como nuestro socialista, a lo mejor va a resultar que son primos, estas cosas pasan en las familias. Ahora comprendo la vocación literaria de todos los Múgica, incluso de la mujer, que es de otra sangre. Maurois muere en París, 1967, fue académico de la Francesa, psicólogo y ensayista, cultivó mucho la biografía novelada (Shelley), que es un género que está muy bien cuando se hace bien, como todo en esta vida, claro. De modo que, por este procedimiento, el señor Herzog se despacha a Disraeli, Dickens, Byron (mi *Byron* no es sino una aplicada y reducida traducción del de Maurois, por eso es el libro mío que más me gusta), Voltaire, Chateaubriand, Turgueniev, Proust (libro que me gustó mucho hasta que salió el monumental de Painter), Víctor Hugo y más gente. Su novela *Climas* la leí de pequeño y me fascinó. Y ahí es donde dice de alguien, de algo, que es «noble y sucio como todo el Oriente». Esta asociación de dos adjetivos contrapuestos siempre me ha parecido muy eficaz, de mucho efecto y precisión, si los adjetivos se eligen bien, claro, y de hecho la he practicado bastante. Pero en general las novelas/novelas de Maurois son peores que lo otro, y en sus libros de Historia tiende ya abiertamente a la divulgación. Hoy, el señor Herzog no se lleva. Fátima tiene una cultura francesa, va mucho a París, después de haber luchado tanto contra Francia en las trincheras, fue guerrillera, y en la cama quería hacer el amor como una parisina.

Uno no se ha acostado con muchas parisinas, pero la diferencia siempre se nota, claro. Ramón Tamames era una de las jóvenes y brillantes promesas de la transición, pero es un hombre demasiado libre, independiente, inteligente (aunque le guste Baroja) y sabio como para tirar siempre por donde le da la gana. Ahora nos vemos mayormente para hablar de literatura y beber el vino de su pequeña y selecta cosecha.

—La época isabelina la cuenta mucho mejor Valle-Inclán, Ramón. Hay que leer a Valle.

—Ya sabes que Valle y Baroja se odiaban.

—Bueno, más bien Baroja odiaba a Valle, porque reconocía en él al escritor, al genio del idioma, secretamente, y esto le jodía mucho al vasco no romanizado. Valle viene del latín galaico, mientras que Baroja viene de un pueblo, el vasco, que jamás fue romanizado. Pero Valle habla muy poco de Baroja. Le ignora. Valle está a lo suyo con una fe que contrasta con la desgana y el descuido de Baroja. O se es escritor o no se es, coño.

Así como los pezones de Fátima llegaban a hacerse desesperadamente cárdenos, de tan negros, y entonces es cuando yo mamaba África de esos pezones, sus grandes y pequeños labios, o sea el coño, eran de un rosa inédito entre las mujeres blancas, algo así como una amapola pálida y grande crecida en el desierto. El cuerpo de Fátima, en todo caso, me brindaba los alimentos terrestres de André Gide (este André sí que es bueno, y no el otro), era un cuerpo nutritivo, dulce y amargo como sus dátiles, una carne oscura y fría, o clara y caliente, según, donde yo me perdía como en los paraísos de Alá, que por supuesto están en la tierra, digo yo.

—Que Joaquín se muere.

—Que Joaquín se ha internado.

—Que Joaquín se nos va.

—Que Joaquín era el liberalismo progresista, la democracia inteligente, la modernidad.

—Los espejos ya no le reflejaban —dije yo.

—¿Los espejos qué?

Nadie me había entendido, pero guardé silencio. Con Joaquín Garrigues, que murió escribiendo, como un escritor profesional, aunque sólo era un *amateur* que lo hacía muy bien, la Santa Transición perdió o dejó morir una de las corrientes más fructíferas e interesantes del nuevo mapa político español. Un liberalismo a la americana, transido de ironía europea y escepticismo leucémico. En el entierro estuvimos todos, incluso Luis Lezama, el cura mesonero.

—¿Y cómo dices que va la temporada del Bormujano, Luis?

—En Herencia, provincia de Ciudad Real, ha cortado oreja.

—Ese chico va a hacer carrera, Luis.

—Dios lo quiera, yo le dedico muchas misas.

—Ahora, a quien le tienes que dedicar una misa es a Joaquín.

—Ya lo he hecho esta mañana.

Los curas es que están en todo. En el tabernón esnob de Lezama cenaba todas las noches Bergamín, que vivía encima, arriba, y a quien hacían tertulia las jóvenes estudiantes, a las que el viejo ponía una mano en el muslo. Cuando Bergamín faltaba, era un honor que te dieran su mesa redonda con fotos del viejo. A mí Bergamín me parece un Unamuno que se ha vuelto loco. El método unamuniano de dar la vuelta a las frases, a ver qué sale, y a Unamuno siempre le salía algo, Bergamín lo convierte en una mecánica para hacer artículos y ensayos. Como poeta, siempre se quiso del 27 (y esto lo escribí a su muerte), pero no tiene nada que ver con la poesía pura ni con el surrealismo. Con el 27 sólo le une la cronología. Fátima, algunas noches, me llevaba a cenar con Bergamín, después de nuestro glorioso polvo en el cuarto de la plancha, y el viejo me dijo una cosa que luego ha circulado mucho:

—A Juan Pablo I lo han dormido en el Señor.

Jorgito Cela, maestro del relato corto, hermano de Camilo, era redactor/jefe de una revista donde colaboraba Bergamín. Y Jorgito me dijo una cosa que estaba muy bien:

—Como su caligrafía no se entiende y sus ideas tampoco, yo le he propuesto al director dar el artículo de Bergamín fotocopiado. Quedaría una página preciosa de ver.

A su revista *Cruz y Raya*, una pequeña imitación de la *Revista de Occidente*, pequeña por el formato, Juan Ramón la llamaba «revista del más y el menos», ya que exhibía en la portada estos dos signos aritméticos. Claro que Juan Ramón, lleno de una lírica mala leche malva, a la revista de Ortega la llamaba «revista del desorientado», y eso que se dijo siempre amigo del filósofo, a quien finalmente pone a parir en su *Política poética*, grandioso testamento en prosa de nuestro inmenso poeta, y le llama esnob por su afición a las marquesas. Dice así: «Ortega, hablando de la mujer, marquesa o no...»

—Que esta noche cenamos con Bergamín —me decía Fátima después del polvo en aquel cuartito que olía a ropa blanca recién planchada, y cuya castidad profanábamos nosotros con nuestra jodienda llena de olores, perfumes, líquidos y semen. Alguien me dijo alguna vez que a las mujeres sólo les sale «un liquidillo». En cambio nosotros lo damos todo, ese tocino fluyente que es la esperma o el esperma en la juventud.

*Voyeur* como soy, según se ha contado en estas memorias, lo que más me gustaba era asistir a la *toilette* de Fátima para la cena, nada menos que la *toilette* de una mora, una cosa que había sido secreta durante siglos, un rito de velos, alhajas, un diamante en el ombligo y otro en el coño (luego orinan en orinal de oro para recogerlo), mucho tatuaje negro para parecer blanca, mucho perfume francés para no parecer polisaria y, como dice Luis Berlanga, vestir a una mujer es más erótico que desnudarla, de modo que yo iba viendo cómo desaparecían sus pechos de sombra y nutrición, su cuello corto y fuerte, su culo grande y firme, culo de guerrillera que se ha sentado mucho sobre el cadáver de un francés muerto, para fumar un largo cigarro de has.

El entierro de JGW fue, ya digo, una auténtica manifestación de duelo. Más que la pérdida del amigo (no éramos muy amigos), yo sentí la pérdida de un líder que sin duda enriquecía la nueva democracia con una tendencia viable, inteligente y con

porvenir, el neoliberalismo murió con él. Abandonada para siempre la causa polisaria por el Gobierno español, Fátima se trasladó a París para dedicarse no sé a qué. A veces me llamaba, de paso por Madrid, pero nunca coincidimos. El Bormujano había tenido una cogida grave en Hoyo de Manzanares o Manzanares el Real, no recuerdo:

—¿Y cómo va el Bormujano del cornalón, Lezama?

Bergamín, como aquí no le hacían mucho caso, se fue a vivir al País Vasco.

—Mal. Yo creo que mal. Todas las mañanas aplico la misa por él.

—Pero coño, Lezama.

—Si sale de ésta, me parece que deja el toro.

Y el cura hostelero lloraba un poco al decírmelo.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

*Spleen de Madrid-2* (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.

## Notas

<sup>[1]</sup> Otros le dicen paja. Y los cultos masturbación. <<